

ALFAGUARA



© 2010, LUCÍA LARAGIONE Y ANA MARÍA SHUA

© De esta edición

2010, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-987-04-1389-9

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Libro de edición argentina

Impreso en Uruguay. *Printed in Uruguay*

Primera edición: febrero de 2010

Segunda reimpresión: abril de 2010

Edición:

VIOLETA NOETINGER

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil:

MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Diseño de la colección:

MANUEL ESTRADA

Una editorial del Grupo **Santillana** que edita en:

España • Argentina • Bolivia • Brasil • Colombia

Costa Rica • Chile • Ecuador • El Salvador • EE.UU.

Guatemala • Honduras • México • Panamá • Paraguay

Perú • Portugal • Puerto Rico • República Dominicana

Uruguay • Venezuela

Shua, Ana María...

Diario de un viaje imposible / Ana María Shua y Lucía Laragione

; ilustrado por Carlus Rodríguez. - 1a ed. 2a reimp. - Buenos Aires :

Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, 2010.

240 p. : il. ; 12x20 cm. - (Serie Azul)

ISBN 978-987-04-1389-9

I. Literatura Infantil y Juvenil Argentina. I. Laragione, Lucía II.

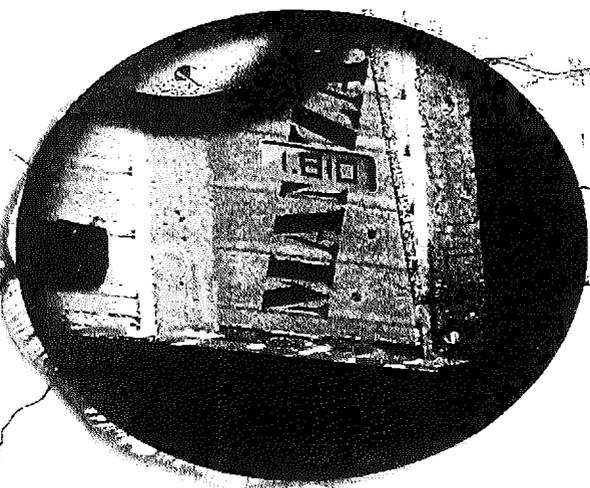
Rodríguez, Carlus, ilus. III. Título

CDD A863 928 2

Diario de un viaje imposible

Lucía Laragione
Ana María Shua

Ilustraciones de Carlus Rodríguez



ALFAGUARA


◀ DEL REGISTRO DE EMANUEL ▶

ÚLTIMO DÍA EN EL SIGLO XXI

Nunca pensé que alguna vez iba a estar tan contento de ser petiso. Nunca pensé que me iba a pasar horas estudiando historia porque sí, ¡sin tener prueba!

Pero no, tengo que empezar por el principio, porque así no se va a entender nada y esto es demasiado importante. Hay que dejar un registro, dice mi tío Francis, de todo lo que estamos haciendo. Él escribe, porque para eso es un científico. Yo lo estoy grabando en mi celular.

Mamá dice que tío Francis no es ningún científico y que es un vago irresponsable. Me parece que, hablando de historia, voy a tener que empezar por la de mi familia. Mejor empiezo otra vez. Ahí va.

Me llamo Emanuel Rizzo, soy petiso. No sé si queda bien que rime, mejor empiezo otra vez.

Me llamo Emanuel Rizzo, mi papá dice que soy un atropellado. Tengo doce años. A mi abuela se le ocurrió tener otro hijo cuando ya era bastante vieja, yo creo que a mi mamá no le gustó del todo, porque se la pasa criticando a su hermano menor, pero para mí tener un tío de veinte años es genial.

Soy muy petiso. No tengo que explicar qué clase de desgracia es esa, porque ya todos lo saben. En la escuela me dicen Elena, por "El-enano", y los grandotes me preguntan qué tal anda todo por ahí abajo y cosas así. Pero no se meten mucho conmigo porque tengo una especialidad, que es dar patadas de punta en las canillas del enemigo.

Otra vez me fui de tema. Vuelvo. Resulta que mi tío Francis estudia física y es un re-bocho. Le interesa tanto que nunca le dio bolilla a todo lo demás, entonces la familia no lo comprende y lo trata de vago, porque siempre le iba mal en las materias como historia, lengua, y cosas así. Las familias de uno son muy exigentes, a nadie le va bien en todo. Bueno, sí, a Zanelli le va bien en todo, pero no cuenta porque es un nerdongo.

Mejor la hago corta y lo digo con todas las letras: mi tío Francisco inventó una máquina del tiempo. Ya está. Ahora tengo que conseguir que

alguien me crea. Bueno, todavía no, porque dice Francis que tenemos que mantenerla en secreto hasta tener verdaderas evidencias.

Para mí que pruebas ya hay, porque a Francis se le daba por inventar desde chiquito. Inventó un abrelatas buenísimo, que casi andaba, un programa para espiar la computadora del vecino (los chicos del cole me dicen que ya estaba inventado, pero yo no lo creo), un minimotor a pila para hacer andar mi autito preferido y muchas otras cosas útiles.

Francis trató de explicarme cómo funciona la máquina del tiempo, pero cuando empezó con la termodinámica de las partículas cuánticas yo me quedé dormido. Bueno, me había pasado la tarde jugando al fútbol y no daba más. Igual ya quedamos en que él registra los datos científicos y yo registro la experiencia. Por ejemplo, esto que estoy haciendo ahora es registrar la experiencia.

Aquí viene la parte en que me pongo contento de ser petiso. Resulta que la máquina del tiempo tiene el tamaño de un cajón de frutas (en realidad, *es* un cajón de frutas forrado de plástico grueso). Dice Francis que por el momento sólo tiene energía para transportar un máximo de cuarenta y cuatro kilos, que es justo un kilo más de lo que peso yo.

No me da miedo porque ya mandó, primero, cosas y, después, una cotorrita y un hámster, y volvieron. Bueno, un poco de miedo sí que me da. Lo digo porque parece que cuando uno registra tiene que registrar todo lo más verdad que se pueda. La cotorrita y el hámster vinieron perfectos y con un papel de una persona de allá, porque... No, así no se entiende. Registrar es bastante difícil, siempre empiezo todo al revés.

Resulta que Francis está en contacto con un señor de allá. Allá es nada menos que el año 1810, que fue lo primero que se le ocurrió en cuanto armó la máquina. El señor es un tipo bastante viejo, tiene como cincuenta años, se llama Blas de Ulloa y tiene una nieta de mi edad que vive con él porque su hijo Diego murió en un accidente, un naufragio o algo así. ¡Seguro que el nombre Diego no se lo pusieron por Maradona! ¿Sería por El Zorro, Diego de la Vega? ¿El Zorro era de esa época? ¿El Zorro existió de verdad o es inventado? Lo voy a googlear.

¡Ahora se entiende por qué estoy estudiando historia? ¡Voy a ir a mil ochocientos diez! ¡Y nada menos que justo justito al mes de mayo! Bah, llego un poco antes, a fines de abril, así me voy adaptando a los cambios antes de que empiece

lo más interesante: yo mismo no lo puedo creer, voy a estar en la Revolución de Mayo.

Cosas que voy a llevar:

- 1) la ropa que tengo puesta
- 2) la mochila
- 3) una linterna a pila
- 4) un cuaderno y varias biromes para anotar
- 5) el súper celu tuneado
- 6) cuatro baterías y una memoria extra.

Francis dice que no tengo que mostrarle a nadie nada de computación, porque no van a entender un pepino y se van a volver locos. Pero quedamos en que el celular sí lo voy a llevar, aunque bien escondido, porque mi tío encontró la manera de hacer pasar los mensajes de texto por el agujero del tiempo. El celu, y cuatro baterías, considerando que allí no voy a poder cargar. Nos gastamos los ahorros de toda la vida en el mejor celular que existe, con grabador-reproductor y memoria y cámara de fotos. Bah, casi el mejor, porque para el mejor-mejor, con batería de recarga solar no nos alcanzó la plata... ¡Traer fotos de la época va a ser importantísimo! ¡Por fin nos vamos a enterar de si tenían o no tenían paraguas

cuando estaban en la plaza el 25 de mayo! Desde que sé que voy a viajar, me la paso mirando el famoso cuadro que tienen colgado en la escuela, en la sala de música. Ya averigué que no se pintó en 1810, pero igual es lo bastante viejo como para que me impresione: los sombreros, la ropa, las caras de la gente...

Además, necesito el súper celu por muchas razones. Eso de escribir en un cuaderno no me sale nada bien, Carolina (la seño) dice que tengo una ortografía desastrosa. Así que mejor grabo. Por lo menos una parte. Mientras tenga bastante batería.

Y la música, claro. Tengo que llevar bastante. Se supone que voy a volver al siglo XXI a los diez minutos de haberme ido, pero, mientras tanto, voy a estar meses enteros ahí. Me vuelvo loco de pensar lo que puede ser todo ese tiempo sin música, a menos que consiga alguien que toque un instrumento. Ni hablar de la música plomo que pueden llegar a tocar. Para no ponerlos nerviosos a los próceres (¡ojalá me encuentre con alguno!) y a la otra gente de esa época, voy a cargar solamente música bastante clásica, como los Beatles y los Stones.



Del diario de Margarita.

21 DE ABRIL DE 1810

—¡Niña Margarita! ¡Que ya son las siete! ¿No se va a levantar?

Remigia siempre me llama así. ¡Y no solo me llama! Me saca de las cobijas y me pone de pie, aunque a veces estoy tan dormida que me tambaleo y casi caigo de vuelta sobre la cama. Pero Remigia no afloja. A las siete y media, con la cara lavada y las trenzas hechas, ya estoy tomando el mate de leche, casi lista para ir a misa, llueva o truene.

Claro que no le puedo decir a Remigia que si me duermo, es porque me quedé leyendo hasta tarde a la luz de las velas que le robo de la despensa. ¡Buena se armaría si lo supiera!

Parece que ya la estoy oyendo hablar.

—¡Habrased visto! ¿Pero qué quiere? ¿Que se le sequen los sesos? ¿Que se le arrugue la cara? ¡Si ya ha cumplido los doce años! A su edad tendría que estar pensando en preparar el ajuar para casarse...

—Pero si ni siquiera tengo novio, —le digo siempre.

—Ni lo va a tener, si sigue con vicios y pretensiones de hombres. La culpa es de su abuelo —refunfuña en voz baja—. ¡Ay, si su pobre *mama* viviera, nunca hubiera consentido que la educara de esa forma! ¡Y pensar que yo le prometí cuidarla con mi vida cuando sus padres salieron para ese maldito viaje! ¿Pero qué puede hacer una pobre negra contra ese viejo loco?

Remigia es negra, eso sí. Y gorda. Con la cara brillante como el bronce bien lustrado, mullida como una almohada de plumas de ganso, hospitalaria como un brasero en pleno invierno, siempre lista para abrigar y consolar, aunque me haga levantar todos los días a las siete para ir a misa. Pero no tan “pobre negra” como ella dice. Manda en toda la casa: en las salas y los cuartos y los aposentos, en los tres patios, al cochero, a las lavanderas y fregonas, a los peones de huerta y de limpieza, a la cocinera, a la negrita cebadora de mate, a los huéspedes y familiares que ocupan los cuartos por temporadas y casi a mi abuelo. Don Blas de Ulloa come sin chistar todo lo que ella ordena y hasta se pone la ropa que le elige, aunque tiene un asistente para esos menesteres. Pero hay

un solo lugar adonde no llega el poder de Remigia y donde ella tiene prohibida la entrada. Ese reino, propiedad exclusiva de don Blas de Ulloa, se llama la Biblioteca. Allí es donde mi abuelo me instruye (según dicen Remigia y las amigas de mamita) a la manera de los varones, y allí me refugio cuando quiero escapar de sus mandatos, tal como los ladrones se meten en las iglesias para que no los alcance la justicia que los persigue...

De ahí, de la Biblioteca, salió hace pocas noches el mocito al que Remigia mira con tanta sospecha. Yo misma escuché un ruido como de explosión de pólvora y vi la luz que se filtraba por las rendijas de la puerta de la Biblioteca. Remigia no, porque su cuarto está muy lejos del reino de don Blas. Menos mal que el abuelo había cerrado y luego sacado la llave. El agujero de la cerradura es tan grande que pude verlo perfectamente: en medio del cuarto, parpadeando como una lechuzca asustada, había un muchachito chico, de pelo rojo, que se sacudía el polvo de las piernas y de los brazos como si acabara de caerse de alguna parte. Cargaba a la espalda una especie de bolsa de color anaranjado, y estaba vestido de una manera muy rara. Un pantalón que casi le colgaba, de tela que parecía gruesa, ordinario como el de un esclavo,

remendado y roto. Y, en vez de camisa fina, una especie de camiseta con carteles escritos en un idioma que no era ni el latín ni el francés, y que más bien semejaba el de los ingleses.

Al día siguiente, el abuelo me lo presentó en la mesa del almuerzo.

—Niña mía, este es el joven Manuel de los Rizos, hijo de unos buenos amigos, que ha venido a quedarse por unos días a Buenos Aires, bajo mi tutela. Muchacho, aquí tienes a mi nieta Margarita, de quien tanto te he hablado.

Remigia no le creyó una palabra.

Empezó a rezongar sola, según es su costumbre, mientras trajinaba ordenando la ropa blanca de mi cuarto.

—¿De dónde habrá sacado su abuelo ese renacuajo? ¡Doce años! Si no tiene estatura... ¿Y cómo llegó a esta casa? Nadie lo trajo y nadie lo ha visto entrar. Apareció una mañana como por arte de Belcebú. ¿No será un pordiosero que ha recogido de la calle para educarlo?

Claro que no le comenté nada a Remigia sobre lo que vi la otra noche en la Biblioteca. Habría creído que mi abuelo, además de loco, es un brujo que hace aparecer a la gente de la nada. Pero a mí no van a engañarme. Si pudiera encon-

trar la ropa con la que estaba vestido al llegar (o al caer), algo averiguaría. Quién sabe si Remigia dio en el clavo, porque esos trapos que traía puestos parecían de pordiosero mucho más que de caballero, y lo que ahora lleva encima son, si no me equivoco, unas prendas que se olvidó en un ropero mi primo Mateo, en su última visita.

Por el momento, el abuelo lo tiene tan ocupado al tal Manuel que casi no pude cruzar con él más que unas palabras. Entretanto, lo está paseando por la ciudad, mientras *monsieur* Clarmont viene a enseñarme francés, y el profesor Amundsen me hace exponer el Teorema de Pitágoras. Aunque me gustan las clases, me muero de curiosidad por saber lo que hablan el abuelo Blas y Manuelito de los Rizos en sus paseos. Hasta el nombre es gracioso y parece de comedia. Rizos, eso sí, no le faltan. Pelirrojo y todo, tiene casi tantos como si fuese africano.

A lo mejor es mulato, aunque no se le note en los colores. La otra tarde, cuando se creía solo, lo vi en uno de los patios al volver de sus paseos. Se contorsionaba y saltaba como un loco, o mejor, como los negros en los candombes, y tenía un cordón muy fino, plateado y brillante que, dividido en dos, por un lado le entraba en las orejas y por el otro extremo desaparecía en uno de los bolsillos.

22 DE ABRIL DE 1810

Decidí que a veces voy a grabar y otras veces voy a escribir. Quiero que las baterías del celu me duren lo más posible, aquí no tengo cómo recargar. De la ortografía, no me importa nada, después lo copio todo en la compu y le paso el corrector.

Don Blas quiere todo el tiempo hablar conmigo para que yo le cuente cómo va a ser el futuro. Ahí me di cuenta de lo poco que sé de cómo funcionan las cosas en mi época. Le mostré la linterna, pero ni eso le pude explicar.

—Todos esos aparatos que le cuento andan con electricidad —le dije una tarde, charlando en la Biblioteca.

—Cuéntame un poco más sobre eso. ¿A qué llaman ustedes “electricidad”?

—Es... es... es...

Eso me hizo tomar conciencia de lo burro que soy. Juro que cuando vuelva a mi casa me voy

a poner a estudiar a ver si consigo entender un poco más. De repente me acordé de un dibujo del manual de séptimo: está Franklin en medio de una tormenta, con un barrilete del que cuelga una llave y justo ahí le cae el rayo.

—La electricidad es como la fuerza que está en el rayo. Por eso, cuando a alguien le cae un rayo, se muere electrocutado.

—¡El poder del rayo! —se asombró don Blas—. Yo mismo vi caer un rayo sobre el campanario del Cabildo. Eso fue en 1779, hace unos treinta y un años. Se desbarató el reloj y hubo que repararlo.

—¿De verdad? ¡Genial! —dije yo, sin poder contenerme.

¡Igual que en la peli *Volver al futuro!*, pensé. Pero no dije nada por no ponerme a explicar qué es una peli.

—¡Entonces el hombre logrará domesticar el poder del rayo! —dijo don Blas.

—Algo parecido —le contesté yo, por no meterme en honduras—. Eso sí, mi mamá y mi hermana dicen que no hay que decir “el hombre” sino “la humanidad” o “el ser humano”, para que no se piense que se habla solamente de los varones.

—Veo que han domesticado al rayo, pero no a las mujeres. ¡En eso no adelantaron mucho! —dijo don Blas, riéndose.

—Imagínese que hasta llegamos a tener una presidenta, que ganó por el voto de la gente.

Apenas dije la palabra presidenta, la expresión de don Blas cambió por completo. En su ansiedad por enterarse de todo, me tomó de los hombros y me sacudió. Hasta me asustó un poco.

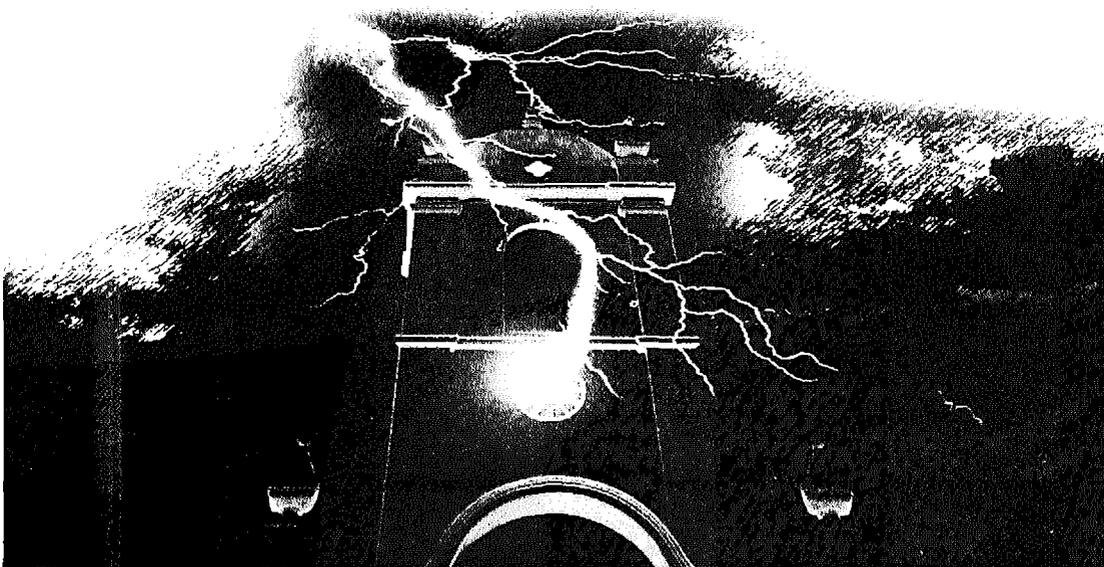
—¡Entonces seremos un país libre y soberano! Y, por lo que me cuentas, ¡una república! ¡Entonces no solo lograremos ser independientes, sino que triunfaremos sobre los que piensan que debemos obedecer a la emperatriz Carlota!

Eso ya fue demasiado para mí. Yo había estudiado todo lo de Fernando VII y la invasión de España por el ejército francés, pero de la emperatriz Carlota no sabía nada. Me parece que don Blas se compadeció de mi cara y por ese día me dejó en paz.

Resulta que Carlota es nada menos que la mismísima hermana de Fernando VII y es la Emperatriz de Portugal y del Brasil. Se ve que hay familias así: todos reyes. Como los franceses invadieron también Portugal, la corte completa se vino

para América y la Emperatriz está viviendo aquí nomás, en Río de Janeiro. Bueno, aquí nomás para mí, que pienso lo que tardaría en llegar en micro, o en avión. Pero, incluso para los de esta época, Río no es tan lejos, considerando lo que lleva el viaje en barco. Y parece que hay un montón de patriotas famosísimos (todos amigos de don Blas, que está muy metido en política) que prefieren quedar bajo las órdenes de Carlota con tal de librarse de España. Por suerte eso no es lo que va a pasar. Para mí, sería caer de la sartén al fuego.

Estas explicaciones me las dio, frunciendo bastante la nariz ante mi burrez, la nieta de don Blas, una chica de mi edad que se llama Margarita. Tengo la impresión de que le caigo bastante mal.





Del diario de Margarita

23 DE ABRIL DE 1810

¡Qué vergüenza, pero qué vergüenza pasé! Ahora mismo, al escribir estas líneas, siento que vuelve a subirme fuego por la cara y seguramente debo de estar poniéndome tan colorada como ayer cuando... ¡Lo odio! ¡Tiene razón Remigia cuando dice que es un renacuajo! ¡Un intruso, eso es lo que es! Acapara la atención de mi abuelo, que no parece tener ojos ni oídos más que para él. No sé qué puede interesarle tanto de ese enano. Y no exagero cuando digo enano, si a la silla del comedor hubo que ponerle un almohadón bien relleno de plumas para que él pudiera sentarse encima y llegar a la mesa sin que el plato le quedara a la altura de los ojos.

Nunca hasta ahora había pasado algo como lo que ocurrió ayer. Jamás se me había prohibido entrar a la Biblioteca. Sin embargo, cuando ayer lo intenté, me encontré con que la puerta estaba

cerrada con llave. Al golpear para que me abrieran, la voz del abuelo me advirtió que debía esperar porque él estaba hablando de un tema privado con Manuelito de los Rizos. ¡Manuelito de los Rizos, ja! ¡Manuelito de los Pisos debería llamarse ese, que apenas levanta dos palmos del suelo! De más está decir, que en cuanto oí esa respuesta, la curiosidad empezó a roerme por dentro como el gusano que devora lentamente pero sin parar la pulpa del durazno. Entonces, con fuertes zancadas simulé que me alejaba, y luego de esperar algunos minutos, regresé de puntillas para no ser oída y pegué mi oreja a la puerta. Alcancé a oír algunas palabras sueltas. Creí entender que en un momento hablaban de algo así como “electricidad”. La verdad es que no sé si escuché bien y, si lo hice, no tengo la menor idea de qué cosa estaban hablando. La otra palabra que me pareció oír fue “presidenta”. ¡Eso sí que es raro! Reinas y princesas, por supuesto que existen, pero ¿presidentas? En fin, quizá se pueda llamar así a la esposa del presidente de una asamblea o de un tribunal. En una novela francesa (prohibida, por supuesto, bastante libertina y muchísimo más divertida que Corneille) que me prestó mi amiga Bernardina, uno de los personajes era la presidenta Tourvel.

Y mientras pensaba en lo de “presidentita”, ocurrió lo peor de todo, lo que me llenó de vergüenza. Porque sin que yo oyera que se estaba acercando, Manuelito de los Pisos abrió de golpe la puerta de la Biblioteca y me descubrió fisgoneando como una criada. Y, como si esto fuera poco, en el mismo momento perdí el equilibrio y me caí encima del enano, que, con una sonrisa, alcanzó a atajarme antes de que me desparramara como leche hirviendo. Me habría encantado borrarle la sonrisa de la cara con la lejía que usan las lavanderas para la ropa sucia. Por suerte, el abuelo, que estaba consultando unos libros, no alcanzó a ver la humillante escena, aunque estoy segura de que el tal Manuelito debe de haber corrido a llevarle el cuento.

Como una verdadera dama, me repuse lo más rápido que pude y me encerré en mi cuarto, pero apenas me encontré a solas me eché a llorar de la rabia y la vergüenza. Después de un rato de desahogo, me lavé la cara con ese jabón suave y perfumado que me regaló doña Mercedes, una de las amigas de mamita. Ella dice que esos jabones tan delicados son una de las cosas buenas que dejaron los ingleses, porque, antes de que nos invadieran, el jabón era pura bola de sebo. Parece mentira,

pero el contacto con la espuma abundante y el aroma tan rico me hicieron sentir mucho mejor.

Por la tarde, tuve clase de francés con *monsieur* Clarmont y clase de piano con Celeste, la institutriz de mi amiga Clara. No me resultó difícil leer en voz alta los versos de Corneille mientras pensaba en otra cosa. *Monsieur* pone especial atención a la manera en que pronuncio más que a mi comprensión del texto. Pero la clase de piano fue un verdadero infierno. Es imposible concentrarse en las teclas para tocar un rigodón y tener la cabeza en otro lado. Y por supuesto que yo, empeñada como estaba en saber cuál es el interés tan grande que mi abuelo muestra por el intruso, tenía la cabeza en otro lado, como bien notó Celeste. Me costó disimular con ella, pero me doy cuenta de que no tengo que contar nada de las cosas rarísimas que están pasando en esta casa.

Un detalle más que me hace pensar en lo insólito de esta situación: el tal Manuelito me preguntó más tarde... ¿quién es la emperatriz Carlota! Ni los esclavos son tan ignorantes. Al menos no en esta casa. Me reí con desdén (eso me sale muy bien) y le di una pequeña lección acerca de lo que está pasando en el mundo y en nuestra Buenos Aires.

Fue de manera casual que descubrí que no soy la única interesada en averiguar la verdad sobre Manuelito. También Remigia lo está intentando y para eso utiliza sus propios y ocultos medios. Sucedió que me desperté en mitad de la noche porque estaba soñando algo feo; no sé exactamente qué, pero a veces tengo sueños relacionados con el viaje en que mis padres perdieron la vida. Cuando me pasa eso, corro a buscar a Remigia y me abrazo muy fuerte a ella, que me acompaña nuevamente al lecho y se queda conmigo mientras me canta en la lengua extraña de su tierra hasta que vuelvo a dormirme.

Pero esta vez pasó algo muy raro. Cuando fui a buscarla, un murmullo de voces salía de su cuarto. Intrigada, me detuve, creyendo que Remigia estaba con alguien. Me pareció identificar la voz gruesa de un hombre, luego la de un niño y enseguida la voz cascada de una vieja. Asustada, empujé la puerta y entonces, para mi sorpresa, descubrí que Remigia estaba sola y que era ella misma la que hacía las diferentes voces mientras daba vueltas en círculo alrededor de unos objetos depositados en el suelo.

—¡Niña Margarita! ¿Qué hace aquí? —se sobresaltó.

—¿Qué estás haciendo, vos? —pregunté, llena de curiosidad mientras me inclinaba para tomar uno de aquellos objetos.

—¡No, niña! ¡Deje eso! —ordenó ella.

La miré con sospecha.

—¿Qué eran esas voces que salían de aquí?

—No le cuente a su abuelo, niña.

—Si no querés que le cuente, tenés que decirme qué estabas haciendo.

Me miró resignada y luego me contó que se trataba de un antiguo ritual de adivinación de su tierra. Ella sabe tan bien como yo que los negros, convertidos a la religión católica, tienen prohibido practicar esta clase de ceremonias y son castigados si los descubren.

—Quiero saber de dónde salió el mocito ese, porque se me hace que lo trajo Mandinga —dijo bajando la voz.

De modo que era eso. Observé con atención los objetos y los reconocí uno por uno: el trozo de una boquilla que había sido del abuelo, un pedacito del mango de un abanico, y también espinas de pescado y un caracú pelado. En todo caso, siempre se trataba de pedacitos de hueso que, seguramente, Remigia había reunido con

paciencia y a escondidas para practicar el ritual. Pero había, además, un cuadradito muy pequeño de esa extraña tela azul, dura, ordinaria y un poco sucia, cortado del pantalón con el que apareció de la nada el tal Manuelito.

—Está bien, no voy a decir nada, pero a cambio vos tenés que prometerme que si averiguás algo me lo vas a contar.

Ella sacudió la cabeza diciendo que sí.

—Y ahora acompañame a la cama, que tuve un sueño muy feo y si no estás conmigo no voy a poder volver a dormirme.

Envuelta en su calor de brasero, regresé al lecho y dormí como un tronco hasta el día siguiente.

DEL REGISTRO DE EMANUEL

25 DE ABRIL DE 1810

¡Aquí Emanuel Rizzo registrando! Tengo que repetirme cada tanto mi propio nombre, porque aquí me dicen Manuel o Manuelito y no me quiero acostumbrar. Emanuel, Emanuel, Emanuel.

Hay un dato importante que me llamó mucho la atención: en 1810 la gente se habla de vos, igual que en mi época. Yo pensé que antes todos hablaban de tú, pero no es así. Los únicos que hablan solamente de tú son los españoles, que hay muchos: por ejemplo, montones de empleados públicos, sobre todo en los puestos más altos, militares y funcionarios del virreinato. Los mandan directamente de España, porque el rey nunca quiso darles puestos de mando a los criollos. Pero los que nacieron aquí usan el vos y cuando hablan, no distinguen la ese de la zeta o de la ce, igual que nosotros. A lo sumo la gente más ricachona mezcla

el tú con el vos, como hace mi amigo Wilson, que es uruguayo y ataja al arco como ninguno. ¿Lo volveré a ver a Wilson alguna vez? Mi máquina del tiempo está junto con mi ropa del siglo XXI, bien escondida en el ropero de don Blas de Ulloa. Pero por el momento no tengo ganas de volver, esto es muy interesante y divertido.

Tengo mucha suerte de haber venido a parar a la casa de don Blas, por muchas razones:

1. Es un tipo con la cabeza muy abierta y no se espanta de nada de lo que le cuento.

2. Tiene plata. Bueno, como en todas las épocas, eso hace que todo sea más cómodo y los problemas más fáciles de arreglar.

3. ¡Es un conspirador! Esa es la palabra que él mismo usó. Quiere decir que es justamente una de las personas que se juntan para hablar y pensar y decidir cómo el Virreinato del Río de la Plata se puede independizar de España.

Piensen que me podría haber tocado todo lo contrario. Un “godo” o “maturrango”, que así llaman aquí a los que están a favor de que sigamos siendo una colonia española. Hay que aclarar que algunos de los godos son españoles y otros no, así como hay españoles que quieren también la independencia.

Si me llegaba a tocar uno de los que no están de acuerdo con liberarse de España, o uno al que le da lo mismo (yo creo que de esos es de los que más hay), ¿qué oportunidad iba a tener de conocer un verdadero prócer? Uy, si lo veo a Belgrano, le pido que me firme un autógrafo.

Margarita, la nieta de don Blas, es un problema. Parece que estuviera enojada conmigo todo el tiempo y no entiendo por qué. Me parece que se ofendió por eso de que sin querer la descubrí espiando. ¿Por qué don Blas no querrá contarle nada? Sería mucho más fácil para mí no tener que mantener el secreto. Yo creo que está celosa, porque don Blas se la pasa charlando conmigo en la Biblioteca y no la deja entrar.

No se pueden imaginar lo mal que me estoy sintiendo. Por un lado estoy todo dolorido por culpa de mis lecciones de equitación. Yo había andado a caballo una sola vez, en Mar del Plata, y aquí me hacen montar todos los días. Pero lo peor es el problema de la panza. Esto es un desastre, tengo que ir al baño a cada rato y aquí ir al baño (al "común", dicen ellos) no es nada fácil. Yo no entiendo cómo se las arreglan las mujeres para ir a la letrina, con esos vestidos tan largos y todas las enaguas que se ponen abajo de la pollera. Debe de

ser que usan más los orinales, unas pelelas grandes que, en el mejor de los casos, se ponen debajo de una silla con un agujero en el asiento.

El baño no está dentro de la casa, hay que salir afuera y chupar frío. (Por eso de noche se usan tanto los orinales). Lo llaman común, y es un cuartito de madera que está en el fondo, en la huerta. Le plantaron alrededor lavandas y limoneros para disimular el olor del pozo ciego, que es bastante apestoso.

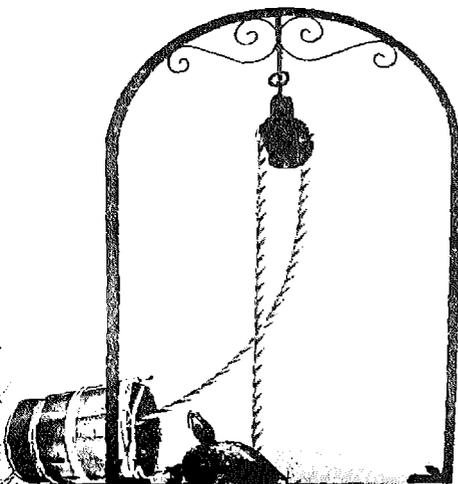
No creo que sea la comida lo que me está produciendo esta descompostura, porque aquí comen todo el rato sopa y puchero (le dicen “cocido”) de carne y de gallina, con papas, choclos y zapallo. Como gran variante, empanadas. Es una comida aburrida, pero que nunca me cayó mal. Bah, aunque puede ser también, porque la sopa se la toman toda llena de grasa de la carne; incluso, si les parece que el caldo no salió lo bastante pesadito, ¡le agregan un pedazo de grasa pura! Se nota que nunca oyeron hablar de colesterol. Y pensar que en casa hasta a los chicos nos dan leche descremada... Encima, la sal es tan cara que para condimentar mezclan un poquito de sal con un montón de ají molido. Eso sí puede ser que me haga mal, porque no estoy acostumbrado a comer

tan picante. Casi no usan tenedor, comen todo con cuchara y don Blas, que tiene costumbres más anticuadas, a veces agarra incluso la comida con los dedos. Eso sí, con tres dedos y con mucha elegancia. Por eso después de comer traen unas fuentecitas con agua para lavarse las manos.

Hablando de agua... me parece que lo de mi panza debe de andar por ahí. Claro, yo veía en las revistas y en internet los dibujos de los aguateros trayendo el agua del río para vender casa por casa, y me parecía de lo más simpático. Puf, puf y más puf. De simpático no tiene nada. No es un aguatero de vez en cuando. Hay siempre una larguísima fila de carros que van y vienen del río, porque toda el agua que se usa en la ciudad, para tomar, para cocinar, para bañarse, hay que traerla así. Y aquí viven cuarenta mil personas. Obvio que nadie se baña muy seguido. Encima, el agua del Río de Plata no se ve mucho más limpia en esta época. A lo mejor tiene menos porquerías químicas, pero es siempre la misma agua marronosa y barrosa. Entonces hay que ponerla en tinajas y dejarla decantar, el barro se va al fondo y se toman la parte de arriba, que queda más o menos transparente. ¡Qué asco!

Don Blas me mostró con mucho orgullo el aljibe, porque no todas las casas de Buenos Aires

lo tienen. En el aljibe se junta el agua de lluvia, y se saca con un balde. El agua sale con bichitos inmundos y aquí la gente se la sirve y se la toma como si fuera lo más exquisito. Podrían hervirla, por lo menos, pero se ve que no se les ocurre. Adentro del aljibe tienen una tortuga, para que se coma los bichos y los renacuajos. Yo no lo podía creer hasta que la ví, una tortuga de agua ahí en el fondo... Ese agua tan fresquita y deliciosa, ¡debe de tener pis y caca de tortuga! Para mí, por eso me dio semejante problema de panza. Ay, Francis, ¿por qué no me avisaste todo esto? Por lo menos me hubiera traído unos carbones.





Del diario de Margarita

26 DE ABRIL DE 1810

Todo se había compuesto bastante con Manuelito de los Rizos hasta que hoy, durante el almuerzo, volvió a descomponerse. Pero para que se entienda bien voy a contar ordenadamente lo que sucedió. En primer lugar, debo reconocer en honor a la verdad que el enano puede actuar, a veces, como un verdadero caballero. A pesar de lo que creí, me di cuenta de que no le había contado nada al abuelo sobre el incidente de la Biblioteca, cuando me descubrió fisgoneando. En agradecimiento, esta mañana, al regresar de misa, lo convidé con un panecillo de dulce de coco, una de las golosinas que más me gusta, comprada con mis propias monedas al negro Domingo. Manuelito lo aceptó con una sonrisa, pero cuando lo animé a probarlo dijo que prefería guardarlo para más tarde. Su cara se retorció en una expresión de dolor o incomodidad, se llevó la mano al

vientre y salió corriendo. El mocito, como lo llama Remigia, ¡es muy raro!

Algo más tarde, recibí una noticia importante. El abuelo esta vez dijo que sí al pedido de doña Mercedes, la amiga tan querida de mamita, ¡tendré mi profesor de baile! Empezaré por aprender el minué y el cielito, según me contó doña Mercedes cuando vino muy contenta a darme la buena nueva. Ella dice que tengo que estar preparada para lucirme en los salones que muy pronto frecuentaré. La que también se mostró feliz con la noticia fue Remigia. Aproveché para preguntarle si había podido averiguar algo sobre el tema que nos preocupa. Puso los ojos en blanco y lanzó un profundo suspiro. Le pregunté qué significaba eso, pero justo en el momento en que se disponía a contestarme, apareció el abuelo.

Y acá viene lo que volvió a descomponer mis asuntos con Manuelito. Durante el almuerzo, el enano quedó pasmado cuando le sirvieron, como siempre, el cocido. Parece que en la casa de su familia (dónde quedará eso) se come mucho más variado. Al parecer, extraña sobre todo una comida rarísima, que debe de ser italiana, inventada en Milán, porque se llama "milanesa". Mi abuelo me contó que los padres de Manuel nacieron

en Buenos Aires, pero después se fueron a vivir a Italia y lo criaron allí. Así se entiende por qué el renacuajo habla el castellano con un acento tan cantarino. Tengo que pedirle que me hable de sus experiencias en Italia.

Mientras comíamos el cocido, el abuelo comentó que había muchos rumores sobre lo que estaba pasando en España. Los rumores vienen del Brasil, adonde al parecer llegó un barco con noticias muy recientes, de hace apenas tres meses. Se habla de que en Sevilla, el único lugar donde todavía mandaban los españoles, ahora mandan los franceses, aunque por el momento la noticia no está confirmada.

Se me ocurrió decir que, si los franceses llegaban hasta Buenos Aires, yo, por lo menos, podría recibirlos con un "bonjour" muy bien pronunciado. Fue un grave error: el rostro del abuelo tomó ese tono morado que suele anunciar un enojo furioso.

—¡Ninguno de esos gabachos pisará estas tierras! —bramó.

—No, claro que no —intervino con toda seguridad Manuelito de los Pisos como si él solo formara un ejército poderoso dispuesto a enfrentarse a una supuesta invasión francesa.

Nuevamente me sentí avergonzada por mi desacierto y me inundó la rabia contra el intruso. ¿Qué puede saber él para contestar con tanta soltura? Lo único que quiere es quedar bien con el abuelo y dejarme mal parada a mí. Me dio ganas de exigirle que me devolviera inmediatamente el dulce de coco. ¡Qué tonta fui! ¡Haberlo desperdiciado de esa manera!

Estoy esperando ansiosamente un momento de soledad para interrogar a Remigia acerca de lo que descubrió sobre Manuelito de los Pisos.

DEL REGISTRO DE EMANUEL

1º DE MAYO DE 1810

Otra cosa que todavía no se inventó: que el primero de mayo sea feriado por el Día del Trabajador.

Se me juntó tanto para contar que otra vez me estoy haciendo lío. Es que sin compu ni tele la vida es muy rara. Me la paso todo el día moviéndome de aquí para allá y a la noche estoy cansadísimo y no tengo ni fuerzas para hablar. Por suerte mi panza volvió a la normalidad, se ve que me acostumbé al agua.

Pero el otro día me dolía la cabeza y de repente me di cuenta de que aquí no hay aspirinas. Entonces fui a la cocina a buscar hielo... ¡Y resulta que el hielo no existe! No soy bobo, yo sabía que no había electricidad, pero nunca me había puesto a pensar en detalle cuántas cosas me iban a faltar. No me había acordado de la heladera, por ejemplo. Aquí la gente hace compras todos los

días y lo que sobra de la comida se lo dan a los pobres. Bueno, parece que el hielo sí existe, me contó Margarita, en la punta de las montañas y en Buenos Aires en pleno invierno, cuando hace bajo cero y se congelan los charcos (los charcos, las zanjas y los barriales: ¡nunca más me vuelvo a quejar de cómo están las calles en mi época!). De paso, ¡qué frío hace aquí a fines de abril! Y ni siquiera tienen calefacción, las chimeneas son muy divertidas para mirar, pero para el frío son más o menos, porque te tuestan de un lado solo.

Por suerte, Remigia, la empleada de la casa (a Margarita le da risa que le diga “empleada”) me preparó un tecito con unas hierbas raras medio ecológicas que me sacó el dolor de cabeza y me hizo sentir muy bien. Tan bien que me puse a revisar tranquilo mi mochila a ver lo que había traído y me encontré en un bolsillito al costado con una tira de aspirinas, un frasquito de antiséptico, ¡unos carbones! (que por suerte ya no estoy necesitando) y varias curitas. Se ve que todo eso me lo puso Francis para que tenga un minibotiquín de primeros auxilios. Las aspirinas ya no me hacían falta, pero las guardé para otra vez.

Tampoco es que Remigia sea “la” empleada, porque lo que no falta en esta casa es gente

que trabaje. A mí me parece una exageración que tengan todos esos esclavos (que algunos son bien negros y otros no tanto) solamente para dos personas. En la ciudad, en total, debe haber más o menos un negro cada tres blancos.

Pero Margarita, con la que ahora estoy en buenas relaciones (por lo menos de a ratos), me explicó lo que hace cada uno y pareciera que todos tienen su función. Por ejemplo, hay una negrita jovencita, más chica que nosotros, como de diez años, dedicada a cebar mate, ese es su principal trabajo. Aunque, por supuesto, también ayuda en la cocina. También me explicó Margarita que justo caí en un momento en que la casa está bastante vacía. Lo normal es que siempre haya visitas que se quedan varios días, familias enteras, amigos o parientes que viven en otras ciudades del virreinato. Como Mateo, el primo de Margarita que me “prestó” la ropa (solo que él no lo sabe). Mateo y sus padres viven en una quinta de Flores, que en estos tiempos es bastante lejos, como en mitad del campo.

Ahora lamento bastante que mi tío Francis haya sido siempre tan malo en historia. Podría haberme preparado mejor para lo que me iba a encontrar:

- Una cosa buena: estoy aprendiendo a andar a caballo y ya soy un jinete más o menos

aceptable. Dice don Blas que es algo que tiene que saber todo caballero.

- Una cosa mala: Remigia. No tendría que decir esto, pero, a pesar del tecito curativo que me dio el otro día, esa negra grandota que me mira con mala cara me asusta un poco. ¡Y encima me dice “niño”! Al principio me daba una vergüenza bárbara, después Margarita me explicó que así les dicen los sirvientes a los jóvenes solteros. Remigia es una esclava, pero la verdad que no parece. A los otros negros que andan por ahí sí se los ve más esclavos. Por lo menos, esclavos de Remigia, que los mandonea todo el día.

- Una cosa más o menos: la mismísima Margarita. Al principio me parecía que me odiaba, pero poco a poco me la fui ganando. No puedo decir que seamos amigos, pero me parece que ya no me tiene tanta bronca. Lástima que me lleva una cabeza, igual que mis compañeras del cole. Y por supuesto que se da aires de señorona. Para mí que tiene razón don Blas, las mujeres no cambiaron tanto en los últimos doscientos años.

- Una cosa TERRIBLE: ¡¡¡Desapareció mi máquina del tiempo!!! Ando de aquí para allá buscándola sin parar. Como alma en pena, dice Margarita. Todos me aseguran que va a aparecer.

Francis me mandó un mensaje de texto diciéndome que podría llegar a hacerme otra. Yo le había escrito hace varios días, pero como el tiempo corre de otro modo aquí y allá, y su respuesta tardó muchísimo en llegar, ya estaba a punto de volverme loco pensando que encima había perdido contacto. Tío Francis dice que no me preocupe, que no hace ni cinco minutos que me fui de ahí. Pero yo estoy que se me entrechocan los dientes de puro desesperado. Aquí no se tira nada, me explicó don Blas: tiene que estar en la casa. Ahora voy a decir algo que enseguida lo borro pero si no lo digo me muero: extraño muchísimo a mi hermana, a mi papá y sobre todo a mi mamá.

* Otra cosa mala: considerando que ahora no se sabe cuándo voy a volver a casa, a don Blas se le puso en la cabeza que tengo que ir al Real Colegio de San Carlos. Y Francis me dijo que mientras esté en su casa tengo que obedecerlo en todo. Me van a hacer un uniforme que tiene hasta un bonete de tres picos. ¡Lo más ridículo que uno se pueda imaginar! Aquí no hay manera de conseguir ropa hecha, se compran las telas y viene a la casa un sastre o una modista para hacerte la ropa.

La cosa es que don Blas me va a meter en el Colegio con el mismo invento que le contó

a Margarita: se supone soy el hijo de un amigo español, y me criaron en Italia. Fue lo mejor que se le ocurrió para alguien que habla castellano de una forma tan rara. Pero ¿qué hago yo si mis compañeros, o alguno de los profesores, me empiezan a hacer preguntas sobre Italia? Margarita ya lo intentó y yo voy zafando con la excusa de que no puedo hablar de eso porque me pone triste. Como ella perdió a sus padres, se imagina que a mí me pasa algo por el estilo y cambia de tema.



Del diario de Margarita

3 DE MAYO DE 1810

¡**S**ucedió una cosa realmente extraordinaria! Algo tan difícil de creer que, por momentos, me parece que fue un sueño. Pero no, pasó de verdad.

Voy a empezar por el principio. Ocurrió que el pobre Manuelito de los Rizos anda como alma en pena desde que perdió el único equipaje que traía, aparte de esa bolsa anaranjada que se cuelga a veces en la espalda. Buscándolo, hemos revuelto toda la casa ¡y nada! Si parece cosa de Mandinga, como diría Remigia...

Cuando le pregunté qué era eso tan importante que guardaba dentro, él sólo me dijo que sin “eso” no podría regresar a su casa. Me dio lástima verlo tan mustio, tan encogido como florcita sin agua. Y también me dio mucha curiosidad por conocer qué es “eso” cuya pérdida lo tiene en tal estado. De modo que dejando de lado las pasadas

diferencias, me decidí a regarlo con un poco de cuidados. Además, estoy segura de que, si me hago amiga, podré obtener más información sobre lo que quiero saber.

Cada vez dudo más de la versión que me dio mi abuelo: cuando le pregunto a Manuelito por sus experiencias en Italia, inventa alguna excusa y cambia de tema. Entonces decidí dar un rodeo y empecé por preguntarle qué hacen los de su edad para divertirse en ese misterioso lugar del que viene. Pero él se quedó mirándome con la boca abierta como si le hubiera pedido que recitara la cuarta declinación en latín (tengo motivos para pensar que ni latín sabe) y luego balbuceó que “juegan a la pelota”. Quise saber entonces si lo hacen de la misma manera que los porteños, que toman la pelota con una sola mano y la arrojan con toda su fuerza contra el frontón. De nuevo pareció confundido hasta que finalmente me dijo que no, que ellos la patean con el pie. Me di cuenta de que la preocupación por la pérdida del equipaje le debe de haber sorbido el seso, y decidí dejarlo en paz.

Entonces fue él quien me interrogó sobre la manera en que nos divertimos mis amigas y yo. Primero, lo miré desde mi altura para que se dé

cuenta de que entre él y yo hay mucha diferencia. Después le respondí que, ahora que somos señoritas, ya no jugamos ni a las escondidas ni a la gallina ciega y tampoco saltamos a la cuerda.

—Pero entonces ¿qué hacen para divertirse? —insistió él.

—Nos visitamos para tomar chocolate, para enseñarnos unas a otras nuevos puntos de bordados, y también para tocar el piano —respondí muy dignamente.

Mi respuesta no pareció entusiasmarlo, pero no me preocupó porque sin duda marca nítidamente la distancia que existe entre la criatura que él es y la dama que yo soy. Sin embargo, el enano no se dio por vencido y me preguntó si las señoritas vamos a ver algún tipo de espectáculos. Tuve que contarle que, lamentablemente, cuando los ingleses nos invadieron, se cerró el Coliseo, el único teatro que teníamos, pero que allí yo había visto algo único y maravilloso: sombras chinescas. Él, por su parte, nunca las había visto, por lo tanto me vi obligada a explicarle que se trataba de figuras fantásticas que se movían en una gran pantalla. Y cuando le conté además que el año pasado, 1809, había asistido a un espectáculo de volatineros en la Plaza de Toros del Retiro, nuevamente me vi

obligada a aclararle que se trataba de artistas que vuelan por el aire, ya que tampoco tenía la menor idea de qué es un volatinero. En ese momento pensé que el pobre, que no conoce nada de nada, se debe de aburrir muchísimo en ese lugar del que viene. ¡Me contó que nunca había visto en su vida una corrida de toros!

Fue entonces cuando se produjo el suceso extraordinario con el que comencé esta relación. Inesperadamente, él tomó de su bolsillo una especie de cajita con botones de la que no se desprende, me apuntó con ella y, segundos después, me mostró, en una pantalla muchísimo más pequeña que la de las sombras chinescas, ¡mi propia imagen! ¡No lo podía creer! Me asusté muchísimo al verme capturada allí adentro, pero Manuelito se rio y me dijo que me quedara tranquila, que eso no era más que una “foto” (esa fue la palabra que usó: foto) y que, como yo podía ver, él sabía fabricar sus propias sombras chinescas. Volví a mirar mi propia y asombrosa imagen, que se veía casi tan claramente como en un espejo, y me di cuenta de que estaba bastante despeinada y con una expresión poco agraciada, de modo que le pedí que hiciera su truco otra vez. Me peiné, traté de sonreír con gracia, Manuelito se paró sobre un

banquito para (así dijo) “tomar la foto” y en esta segunda oportunidad la imagen resultó bastante mejor.

Para que todo resulte aún más misterioso, Remigia me contó que está segura de que el mocito viene de otro mundo.

—¿Cómo de “otro mundo”? —le pregunté desorientada.

Ella no puede explicarlo, pero dice que, cuando trata de averiguar la procedencia de Manuelito, cuando trata de saber si viene del Cielo o del Infierno, aparecen unas imágenes rarísimas de cosas desconocidas a las que no puede siquiera darles nombre, entre ellas unas construcciones varias veces más altas que el campanario del Cabildo. Sin embargo, por el momento no tiene ninguna prueba de que sea un enviado del mal.

Tengo que decir que estoy cada vez más intrigada.

5 DE MAYO DE 1810

¿Qué será lo que tengo que registrar y documentar? Es un problema elegir, porque este mundo es tan increíble que yo quisiera contar todo. Cuando veo que la gente está distraída y no me mira, trato de grabar las conversaciones. Eso de que no me miren no pasa seguido, se ve que, a pesar de que me visto como cualquier chico de mi edad, debo de tener algo muy raro, porque, cada vez que viene alguien a casa de don Blas, no me saca los ojos de encima.

No me olvido de lo que me pidió Francis, que no muestre nada de computación, pero el otro día no me pude aguantar: le saqué una foto a Margarita y se la mostré. Por un lado hice mal, porque se impresionó tanto que me asusté, se puso toda blanca y casi se desmaya. Por otro lado me parece que ahora me tiene más respeto y hasta un poquito de miedo: ¡es como si hubiera crecido veinte centímetros de golpe!

Esto de contar lo que va pasando me hace bien, porque me da esperanzas de que alguna vez voy a poder hacérselo escuchar a alguien, ¡de que alguna vez voy a volver a casa!

De la máquina del tiempo, por ahora, ni noticias, así que mejor trato de ahorrar y no gastar la batería del celu, por más que tenga repuesto. Yo sigo buscando por todos lados, ese cajón no es algo chiquito, tiene que aparecer. Esa era una de las cosas que me desesperaban de tener que entrar al Real Colegio de San Carlos: alejarme del último lugar donde había visto mi máquina.

La que me salvó del cole fue Margarita. Por suerte se le ocurrió una idea genial. Voy a contar lo que se dijeron ella y su abuelo.

—Abu querido —le dijo a don Blas, que la quiere un montón y se derrite cuando ella le habla así—. Yo no creo que este jovencito esté en condiciones de ingresar al San Carlos.

—No sé de qué estás hablando, hijita —a veces le dice así, aunque sea la nieta. Don Blas le dice “hijo” a todo el mundo que sea menor que él.

—Es que no sabe ni lo más elemental.

Yo no sabía si ofenderme o ponerme contento. Don Blas se fastidió un poco con su nieta, pero también se quedó pensando y decidió llevarme

al colegio para que uno de los profesores me examinara, haciéndome prometer por mi honor que intentaría pasar la prueba.

Resulta que el tal Real Colegio de San Carlos está cerquita del Cabildo, lo que me ayudó a orientarme. El Cabildo (muchísimo más grande que en mi época) y la Plaza Mayor, que después va a ser la Plaza de Mayo, son lo único que más o menos reconozco en esta ciudad tan rara. Desde las invasiones inglesas, a la Plaza Mayor le pusieron Plaza de la Victoria, pero todo el mundo se equivoca con el nombre. La cosa es que me di cuenta de que el San Carlos debe de ser nada menos que el Colegio Nacional de Buenos Aires de mi época, que yo lo conocía porque uno de mis compañeros de séptimo está haciendo el ingreso. Claro que el edificio es muy distinto y la iglesia de San Ignacio, que está al lado, tampoco tiene nada que ver con la que yo vi.

Enfrente del cole vi un café que estaba llenísimo de gente, todos hombres, y se los veía tomando café y conversando de lo más animados. Don Blas me explicó que era el Café de Marco, donde se reunían los jóvenes interesados en cuestiones políticas. Ya una vez el virrey anterior, que fue Liniers, lo había clausurado por eso mismo.

Como habíamos llegado temprano, me invitó a tomar un café con leche. Me pusieron delante un tremendo tazón, boca abajo arriba de un platito. Cuando di vuelta el tazón, adentro había una latita llena de azúcar. Imitando lo que hacía don Blas, volqué el azúcar en el tazón. Enseguida vino el mozo a servirme el café con leche y me puso tanto que se desbordó y se derramó todo sobre el plato. A mí me pareció un enchastre, pero después vi que todos tomaban así; incluso una vez que se terminaban el tazón, seguían tomando del platito.

Más tarde, cuando estábamos cruzando la calle para entrar al Colegio, me acordé, medio borrosamente, de la jabonería de Vieyes:

—¿Usted va alguna vez a la jabonería de Vieytes? —le dije a don Blas—. ¿No me llevaría la próxima vez que vaya? ¡Me muero por verlo a mi tocayo Belgrano!

Don Blas dio un salto y casi se cae de la vereda, lo que hubiera sido una pena, porque él anda siempre tan bien vestido y las calles son terribles barrizales.

—¿Qué sabés de la jabonería? ¿Y por qué lo mencionás a Manuel Belgrano? Esas tertulias son un secreto bien guardado. ¡Podrían costarnos el destierro, si llegaran a oídos del virrey Cisneros!

Después lo pensó y se dio cuenta de que a la larga, quiero decir, en el futuro, se iba a saber todo, sobre todo si les iba bien con sus planes, que por el momento, tengo la impresión, son bastante confusos. En esta época la gente no se pone de acuerdo para nada; bah, igual que siempre.

A todo esto llegamos al colegio. Preguntamos por el presbítero Benavídez y apareció un cura vestido con sotana (en realidad todos usan sotana, porque los cuellitos para curas todavía no se inventaron). El tipo tenía una tremenda verruga en la nariz y olía bastante mal. Me hizo entrar a una especie de oficina. Allí me senté en un banco largo que estaba contra la pared. Cuando se me acercó para hacerme preguntas, me daban ganas de taparme la nariz. Se nota mucho que aquí la gente se baña muy de vez en cuando. Al final resultó buen tipo, pero a mí me mató lo mal que me fue en el examen. A pesar de las pocas ganas que tenía de que me aceptaran en el Colegio, me puso hecho un trapo darme cuenta de que, de verdad, por más que me esforzara, no podía contestar bien ni una sola pregunta.

El presbítero Benavídez salió después para hablar con don Blas y fue muy claro y terminante. Hablaba así, con un vozarrón grueso, pero en voz bajita, para no molestar a los que estaban en clase:

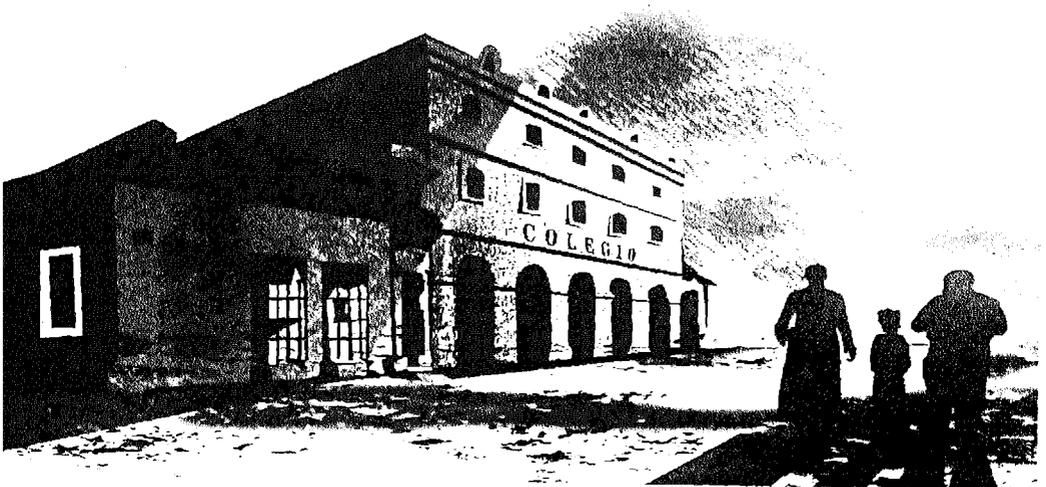
—Lo siento, señor Ulloa, pero este caballerito no está en condiciones de ingresar al Real Colegio de San Carlos. Excepto en aritmética, carece de los conocimientos más elementales. Y aun en aritmética, sus métodos para realizar las operaciones me resultan incomprensibles. Es una vergüenza que un amigo suyo haya mantenido a su hijo en semejante grado de ignorancia. Mírelo, sabe leer y creo que también escribir, pero ni siquiera es capaz de manejar una pluma de ganso.

En efecto, yo tenía las manos y la ropa todas sucias con manchones de tinta. Y una cara de desesperación que debía de dar lástima, porque a don Blas no se le ocurrió ni por un momento que yo pudiera haber fallado a propósito, y tenía razón.

—Señor Ulloa —siguió el presbítero Benavídez (vaya a saber qué será un presbítero)—, le encargo a usted mismo instruirlo para que esté en condiciones de ingresar el próximo año. Es una vergüenza que un joven de su condición no sepa ni declinar *rosa-rosae*, caramba, ¡la primera declinación, lo más simple!, que no sepa ni el presente del verbo *sum...* Y no se trata sólo del latín: sus nociones de geografía son extrañísimas y muy confusas. No sabe nada de teología, hasta un

punto en que se vuelve sospechoso: ¿no conoce el catecismo! Aun si su amigo, el padre de ese caballerito, es uno de esos peligrosos herejes agnósticos. —Y mientras decía así, lo miraba a don Blas como diciendo “yo sé que usted también anda por ese lado”—. Debería instruirlo, aunque más no sea por prudencia.

En el camino de vuelta a casa (de pensar que casi me tengo que quedar internado en el cole, ya me parecía que volvía a mi dulce hogar) le expliqué a don Blas que mi abuela quería que yo tomara la primera comunión, pero mi papá no estaba de acuerdo, a mi mamá le daba igual, y al final habían decidido esperar unos años y que yo lo decidiera por mí mismo. Y por eso no sabía el catecismo. Le pareció muy asombroso.





Del diario de Margarita

9 DE MAYO DE 1810

Estoy sorprendida de mí misma: a pesar de la antipatía que le tenía hasta hace tan poco tiempo, ahora me alegro mucho de que Manuelito no vaya como interno al Real Colegio de San Carlos. Ese jovenzuelo misterioso se ha convertido en una influencia importante en mi vida y lamentaría perderlo de golpe.

Por ejemplo, nunca antes había sentido tan intensa y claramente los límites que tenemos las mujeres para tantas cosas. Es cierto que mi abuelo, según creen las amigas de mamita (y, por supuesto, Remigia), me educa como a un varón, pero, desde que llegó Manuelito de los Rizos, yo noto de otra manera las barreras que se imponen a mi sexo. No me había dado cuenta, por ejemplo, de que la ropa que muy pronto vestiré y que, por otra parte, me parece tan linda y femenina, es sin embargo muy incómoda. Los rígidos armazones que dan forma

a los vestidos, los peinetones inmensos... Nada de eso facilita la libertad de movimientos. ¿Será que las mujeres nos convertimos en presas de nuestra propia coquetería?

Y, hablando de ropa, no le gustó para nada a mi primo Mateo descubrir que un extraño vestía las prendas que le pertenecen y que él había olvidado en casa unas semanas atrás. Ayer, cuando Mateo vino otra vez de visita con sus padres, se encontró con la novedad. Ellos viven bastante lejos, en su quinta del pago de Flores. Desde que a mi tío le fue mal en sus negocios, ya no tienen casa en la ciudad.

—¿Quién le dio permiso a ese desconocido para usar ropas que no son suyas? —preguntó Mateo, amoscado.

Mi abuelo le explicó que las que traía Manuelito de los Rizos se habían ensuciado con el polvo y la tierra durante el viaje, y que, apenas estuvieran en condiciones, las otras le serían inmediatamente devueltas a su legítimo dueño. La verdad es que no me creo esa historia. Yo lo vi a Manuelito al llegar y no me olvido de lo muy raras que eran las prendas que vestía. No sé dónde las habrán escondido, pero voy a investigar hasta dar con ellas. Remigia debe de saberlo, porque ella

cortó el pedacito de tela que vi en su habitación, para sus ensalmos prohibidos.

Por suerte mi primo, que tiene once años, es de la misma estatura que nuestro huésped, porque si no el pobre habría tenido que andar en cueros como los indios hasta que mi abuelo le consiguiera ropa a su medida.

Mateo estuvo un rato fastidiado, pero cuando le hablé (haciéndole prometer bajo juramento que no se lo diría a nadie) de la maravillosa cajita con la que Manuel había fabricado mi imagen, cambió al instante de ánimo y también quiso verla. Para hacerse amigo de Manuel, no tuvo mejor idea que proponerle ese juego salvaje que se llama “moros y cristianos”. Traté de convencerlos de que nos quedáramos adentro, que hacía mucho frío, les dije que podíamos jugar a los naipes, pero no, no hubo caso y allá salieron los dos a cortar cañas a la orilla del río. Palos que simulan caballos, cañas que se arrojan por el aire como lanzas para un combate de mentira, en eso consiste el juego. ¡Chiquilladas!

Volvieron dos horas después, sucios, agitados. Contaron riendo que habían jugado a “moros y cristianos” en un hueco (un terreno vacío) con unos muchachos del Alto de San Pedro Telmo,

uno de los barrios del tambor. Manuelito nos dijo que se lo llama así porque todo el tiempo suenan allí los tamboriles de los negros. Nos quedamos mirándolo sin entender. A veces me parece que Manuel es muy inteligente, pero otras veces se jacta en forma ridícula de poseer conocimientos que son completamente obvios y vulgares. En fin, no sé qué pensar. Mateo, por su parte, muy orgulloso, contó que habían salido victoriosos del combate en el que ellos personificaron a los cristianos, y que ninguno de los dos había sufrido el deshonor de que una de las lanzas (cañas, claro) les pegara en la espalda.

A mí esas me parecen niñerías, bobadas de muchachos, pero al mismo tiempo me doy cuenta de que siento envidia de esa libertad de la que gozan. Ir hasta las orillas del río, correr, ensuciarse, jugar con los pilluelos del Alto de San Pedro Telmo... Y entonces por unos instantes, solo por unos instantes, me encuentro pensando ¡Ah, si yo fuera un muchacho...!

Luego, el abuelo, los tíos, Mateo, Manuelito y yo bebimos un delicioso chocolate caliente con esos buñuelos fritos en aceite y salpicados con miel que prepara la negra Dorotea bajo la cuidadosa vigilancia de Remigia. A Manuelito le gustaron

tanto que se comió cuatro, uno detrás de otro sin parar, entonces el abuelo le advirtió que no comiera más, que se iba a volver a enfermar de la tripa. ¡Tripa!, repitió él y empezó a reírse a las carcajadas. El abuelo creyó que Manuelito se estaba burlando y ese color morado que anuncia el enojo le subió por la cara. Antes de que la cosa pasara a mayores, intervine preguntando si habían llegado otras novedades de la península, pero no obtuve respuesta. Sin embargo, me di cuenta de que mi abuelo estaba verdaderamente impaciente porque las visitas se marcharan. Yo sabía muy bien por qué. Estaba segura de que esa tarde planeaba llevar a Manuelito a la tertulia secreta de la jabonería de Vieytes. Bernardina, mi amiga casada, es la que me ha traído la noticia de que mi abuelo participa en esos encuentros, porque su marido es uno de los conspiradores, y le cuenta todo lo que sucede en las reuniones secretas de la dichosa jabonería.

Aunque yo sospechaba lo que iba a suceder, cuando finalmente las visitas partieron y oí que el abuelo le pedía al negro Bartolino que preparara los caballos, empecé a sentirme celosa y con rabia. Entonces, llevada por la violencia de esas emociones, decidí revolver todo hasta encontrar la maldita la ropa que traía Manuelito. Estaba

segura de que debía de estar escondida en algún lado. Como Remigia no quiso decirme de dónde había sacado ese pedacito de tela azul, aproveché la ausencia del abuelo, entré a su cuarto y abrí las pesadas puertas del enorme ropero. Tal como lo sospechaba, en una esquina, medio oculta por las levitas y los pantalones, encontré finalmente lo que buscaba. Allí estaba ese pantalón de una tela azul tan diferente a todas las que conozco, gruesa, áspera y dura sí, pero al mismo tiempo muy interesante y curiosa. Al examinarlo con cuidado, descubrí que sobre uno de los bolsillos traseros, el pantalón tiene una franja de cuero con una palabra que parece inglesa. También tiene leyendas en el mismo idioma esa especie de camiseta blanca que el enano traía puesta.

Entonces, una serie de preguntas se desencadenó en mi cabeza. ¿Será Manuelito un espía de los ingleses? ¿Querrán ellos tal vez aprovechar las novedades de la península para volver a invadirnos? ¿Y mi abuelo lo sabe? ¿Es posible que esté ocultando a un traidor? Y en ese instante me dije que, si yo hubiera sido un varón, en vez de estar en casa haciéndome todas esas preguntas que, por el momento, no tienen respuesta, habría estado en el lugar de Manuelito compartiendo

con mi abuelo alguna actividad secreta. Y, de pura rabia, me quité mis prendas y me vestí con los pantalones y la extraña camiseta del enano. Luego, me recogí el pelo y entonces vi que, desde el espejo veneciano del enorme ropero, un lindo y raro muchachito me devolvía una sonrisa.

II DE MAYO DE 1810

Cada vez estoy más amigo de Margarita, es una chica muy copada. Para mí que don Blas no se da bien cuenta de lo inteligente que es su nieta. Él trata de que no se entere de algunas cosas para tenerla protegida. Cuanto más voy conociendo a la gente de esta ciudad, más me doy cuenta de que está llena de secretos que todo el mundo sabe. También hay cosas que don Blas no le quiere decir a Margarita porque piensa que las mujeres botonean todo. La verdad, a mí a veces me parece que es al revés, sobre todo aquí, que no pueden hacer nada y se la tienen que pasar disimulando y haciéndose las tontas. Botonean lo que quieren y lo que no quieren se lo tienen bien guardado.

A mí Margarita me dejó con la boca abierta cuando me dijo que estaba enterada de que su tío planeaba llevarme a la famosa jabonería.

—¿Cómo supiste que tu tío participa en las reuniones de la jabonería de Vieytes? —le pregunté.

—Por mi amiga Bernardina —me explicó.

Bernardina es una chica de catorce años, amiga de Margarita, que se casó hace poquito con un chabón como de treinta.

—¡Pero eso es abuso infantil! —le dije yo, cuando me enteré... bueno, sí, ya sé, pero me salió del alma.

Margarita no se ofendió tanto por lo de abuso como por lo de infantil. Y yo me acordé entonces de que Remedios de Escalada era una chica de quince cuando se casó con el mismísimo San Martín, que tenía como treinta, y parece que en esa época eso era de lo más normal. Pero a Margarita no le dije nada, porque San Martín por el momento debe de estar en España, capaz peleando contra los franceses, y seguro que ella ni lo escuchó nombrar.

El marido de Bernardina viene a ser uno de los patriotas que se reúnen en la jabonería. A mí el nombre del tipo no me decía nada, pero me acordé de que, cuando aparecen en el manual las listas de la gente importante, siempre dicen cosas como que iban Belgrano, Castelli, Saavedra, Paso,

“entre otros”. Seguro que el marido de Bernardina, lo mismo que don Blas, eran “entre otros”.

Por Bernardina nuestra Margarita sabía todo: adónde iba su abuelo y para qué. Pero se hacía la burra.

—¿Adónde van? —nos preguntó esa tarde cuando don Blas le pidió al negro Bartolino que preparara los caballos.

—Quiero mostrarle a Manuelito las chacras de San Isidro.

—¿Tan tarde? ¿Tan lejos? Pronto va a oscurecer —dijo Margarita, haciéndose la tonta.

En realidad, sí que era bastante lejos. Yo me la imaginaba, a la jabonería, en medio de la ciudad, porque en el manual decía que había estado en la esquina de México y Lima. Pero no. Resulta que ese lugar, en 1810, es casi el medio del campo, y para llegar allí desde el Cabildo (nosotros vivimos ahí nomás, cerca de la Plaza Mayor) hay que atravesar un bajío (una zona de barro encharcado que era un desastre, casi un pantano) y una tremenda zanja. Justamente por eso, porque no se llega allí con facilidad, los patriotas eligieron ese lugar de reunión.

Como era una cabalgata medio peligrosa para un jinete con tan poca práctica como yo,

fuimos casi al paso, y ya estaba oscureciendo cuando llegamos. Cuando mencionaba la jabonería, don Blas hablaba de “establecimiento industrial”, pero para mí era un galpón de madera y gracias. Con mucho olor a grasa de vaca, como la que compró una vez la abuela en el súper para hacer tortas fritas a la antigua. Allí vivía y trabajaba don Hipólito Vieytes, fabricante de jabón y velas de sebo, pero el dueño de la propiedad era Nicolás Rodríguez Peña, socio de Vieytes. A mí me daba risa: ¡todo el mundo tenía nombre de calle!

—Quiero que prestes mucha atención —me dijo don Blas—. El Virreinato del Río de la Plata debe terminar de una vez por todas. Vamos a lograr un gobierno independiente de España y vos tenés que ayudarnos a que todo suceda tal como me lo contaste. Esta es nuestra oportunidad y, si la dejamos pasar, la historia puede ser muy diferente.

Esto me puso los pelos de punta, porque yo no lo había pensado. Si la historia resultaba ser diferente, y no como yo la conocía, ¡mi mundo no iba a ser el mismo! Aunque encontrara la máquina del tiempo, ¡ya no iba a tener adónde volver! ¡Todo podía llegar a ser distinto en el futuro! Sobre todo porque mi presencia en esta época ya estaba provocando un cambio en el



pasado. Cuando me di cuenta, casi me pongo a llorar ahí mismo de puro susto. Tenía que lograr que todo pasara tal cual yo sabía, y no sólo para ayudar a los patriotas, sino por mí mismo. ¡Miren si por ejemplo yo no nacía!

En el patio de tierra de la jabonería dejamos los caballos. Adentro ya había varios hombres sentados. Un negro cebaba mate y la señora de Vieytes había preparado pastelitos de membrillo para todos. Mi llegada no cayó bien. Me hubiera gustado grabar, pero no había forma de hacerlo sin que se dieran cuenta. A ver si me acuerdo bien de lo que dijo cada uno.

—Señor Ulloa, ¿cómo se le ha ocurrido traer un niño a esta reunión? —dijo uno de los hombres, indignado.

—No se preocupen, yo ya me retiro y me lo llevo adentro conmigo —dijo la señora de Vieytes, la dueña de casa.

—Retírese usted, señora, que yo les explicaré a mis amigos por qué es importante la presencia de Manuelito.

Yo estaba completamente fascinado mirando a todos. De pronto me fijé en un señor con uniforme militar (había varios) y sin poderme contener le dije:

—A ver... tírese un poco para adelante el flequillito... —El pedido era tan inesperado y tan fuera de lugar que el tipo, automáticamente, se llevó la mano al pelo canoso y se lo tiró sobre la frente. No me pude aguantar un grito.

—¡Saavedra! —grité—. ¡Cornelio Saavedra!

—Claro —me dijo don Blas—. El jefe del cuerpo de Patricios, un hombre muy conocido en la ciudad.

—Pero... pero... pero... —yo casi no podía hablar de la sorpresa—. Pero... ¡le falta un diente!

Varios de los presentes se rieron tapándose la boca con la mano.

—Niño, ya soy un hombre de cincuenta años —se sonrió Saavedra, sin molestarse en esconder el agujero de su dentadura—. Señor Ulloa, explíquenos inmediatamente qué hace aquí este jovenzuelo impertinente.

—Este jovenzuelo impertinente, como usted lo llama, tiene información tan valiosa que he considerado fundamental que ustedes la escuchen directamente de su boca. ¡Manuel acaba de llegar de Europa!

Todos los presentes alzaron las voces en exclamaciones de asombro, de tal manera que no se entendía nada, “No es posible” decían unos;

“Pero cómo”, “En qué barco”, “¿Por tierra?”, decían otros.

—No importa cómo. Llegó al Brasil y vino desde allí por tierra. Manuel, cuéntales a estos hombres las noticias que tan bien conoces.

Los conspiradores me miraban y yo me puse tan nervioso que pensé que me iba a olvidar todo lo que había estudiado. Por suerte había llevado mi libretita, donde tenía anotado lo del manual.

—En 1808, con la excusa de castigar a Portugal por su alianza con Inglaterra, Napoleón invadió España. El rey Carlos IV abdicó en favor de su hijo Fernando VII. Pero Napoleón los apresó a ambos y nombró rey de España a su hermano José Bonaparte, a quien el pueblo llamaba Pepe Botella, por su afición a la bebida.

—¡Y lo sigue llamando, por cierto! —se rio Saavedra.

Claro, qué tonto, me había olvidado de que tenía que hablar en presente. Un murmullo enojado recorría el ambiente.

—¿Estas eran las grandes novedades que nos trae este niño? —preguntó un hombre rubio tirando a colorado, de voz finita, también vestido de militar, como casi todos los presentes.

Yo lo miré fijo y no lo podía creer.

—¡Manuel Belgrano! ¡El creador de la bandera! —encima era medio pelirrojo, como yo.

—Si este niño no deja de decir tonterías, debo exigirle, señor Ulloa, que se lo lleve usted de aquí inmediatamente —dijo Vieytes, el dueño de casa.

No era el momento de pedirle un autógrafo a Belgrano. No daba la situación. Traté de avanzar lo más rápidamente que podía con mis apuntes.

—El pueblo español no se rindió y se formaron juntas de gobierno para resistir el avance del ejército francés. Centralizó el poder la Junta de Sevilla, que nombró a Hidalgo de Cisneros como nuevo virrey del Virreinato del Río de la Plata.

—Cómo odio esa palabra: virreinato —murmuró el dueño de casa.

Pero ya no había tiempo, los hombres se miraban entre sí, en cuanto salieran de su desconcierto nos iban a echar a patadas de la jabonería. Por fin llegué a donde tenía anotado lo de 1810.

—En enero de 1810 los franceses se apoderan de Sevilla y se disuelve la junta.

Entonces todo cambió, fue como si hubiera tirado una bomba. Todos se pusieron a hablar y gritar al mismo tiempo. Básicamente lo que

decían era que se habían confirmado las noticias que tenían desde abril por rumores que venían de Río de Janeiro.

—¿Estás seguro de lo que estás diciendo, jovencito? —me interrogó Belgrano. ¡Manuel Belgrano me estaba hablando a mí!

—Ssssí —le dije. No podía sacarle la vista de la cara—. Lo leí en el diario. Quiero decir, en el periódico. En un periódico inglés. *English. Oh yes, I can read English. Strawberry fields for ever.* En su último decreto, del 29 de enero, la Junta de Sevilla se declara disuelta —consulté mi libretita y seguí—. Los diputados huyen a Cádiz, y allí se forma una Junta Superior que aconseja a los pueblos de América fundar juntas superiores, a su semejanza. Ya no hay autoridad central en la península.

Esto provocó otra vez un estallido de exclamaciones y empezaron varias discusiones al mismo tiempo. En un rincón, un hombre mayor repetía en voz baja “¿campos de frutilla para siempre?”, con cara de no entender. Un señor que yo no lo tenía, pero que don Blas me presentó como Juan José Castelli, comentó que mi acento le hacía acordar mucho al de su padre, que era veneciano.

—Así es, el jovencito ha sido educado en Italia —le dijo don Blas.

—*¿Voi parla italiano?* —me preguntó Castelli.

—Un po... —contesté yo—. *Capisco. Ravioli. Gnocchi. Bon giorno. Milanesa.*

Por suerte don Blas me hizo callar de un codazo antes de que siguiera metiendo la pata.

—Tiene un acento indefinible, pero su español es muy fluido —comentó Vieytes

—Es que mis padres son argentinos.

—¿Son qué? —se sobresaltó Castelli. Al oír la palabra “argentinos”, varios de los concurrentes dejaron de discutir y me clavaron los ojos. Sin embargo, sentí que ahora, por primera vez, había despertado un interés de buena onda.

—Quiero decir, criollos. Americanos. Del Virreinato del Río de la Plata. ¡Pero bien de los nuestros!

—Ajá. ¿Y quiénes son los nuestros, si se puede saber, amiguito? —siguió interrogándome Castelli, aunque ya con una franca sonrisa.

—¡Los que queremos independizarnos de la corona española! ¡Los que estamos por el comercio libre y en contra del monopolio! ¡Los que queremos una patria independiente y soberana!

Esta me salió bien. Había hablando con tanto entusiasmo que todos los caballeros se

pusieron de pie y me aplaudieron solemnemente.

—¿Tienes más detalles? —preguntó Belgrano.

—A los diputados de la Junta Central casi los linchan por haber querido arreglar con los franceses —le dije. Eso no lo tenía anotado y me lo acordaba a mi manera.

—¿Linchan? —dijo Castelli—. ¿Es una palabra italiana? No la conozco, debe de ser dialecto.

—No importa, se entiende. ¿Y qué más? —preguntó Belgrano.

—Solo unos pocos escapados pudieron llegar a Cádiz, donde formaron una nueva junta. De ahí pasaron a la isla de León, protegidos por los buques ingleses. Ya no hay un gobierno central en España. La Junta de Cádiz recomienda a las colonias formar sus propias juntas de gobierno.

Cuando los ánimos se calmaron un poco y la conversación se encauzó otra vez, estaba claro que todos los presentes, cada uno a su estilo, tenían decidido que había llegado el momento de formar un gobierno propio, independiente de España.

—Con Fernando VII preso en Bayona y la Junta Central disuelta, el virrey Cisneros ya no representa a nadie. Tenemos que derrocarlo, si es

necesario, por las armas, y formar un gobierno patrio —decían los más jóvenes y más impacientes.

—Quizá podamos encontrar una solución menos violenta —decía Saavedra, y muchos parecían estar de acuerdo—. Hay que fingir que se va a gobernar en nombre de Fernando VII.

—¡Claro! —dijo Belgrano—. ¡Esa será nuestra máscara!

—Pero ¿cómo podemos confirmar que este jovencito nos está diciendo la verdad? —preguntó un señor que era, según me dijo don Blas, Nicolás Rodríguez Peña.

—¡Yo respondo de él! —salió a decir don Blas, muy ofendido.

—A ver, un momentito —intervine yo. Ufa, todo lo que decía les resultaba raro—. Tengo una manera de probarlo —y agarré otra vez la libretita—. El 14 de mayo va a entrar al puerto de Buenos Aires un barco inglés, el *Misletoe*, con periódicos londinenses de febrero. Allí podrán comprobar todo lo que les estoy contando.

—¿Y cómo sabés eso? ¿Quién puede adivinar la fecha exacta en que un barco va a entrar en el puerto? —preguntó Rodríguez Peña, intrigadísimo.

—Bueno, no es que lo sepa —lo que no sabía era cómo arreglarla—. En fin, me parece.

¿Qué podía decir? ¿Qué me habían avisado por teléfono que ya estaban por llegar? ¿Por celular? ¿Por radio? ¿Por correo electrónico? No era raro que esa pobre gente estuviera tan desesperada por noticias. ¡Recién se desayunaban de cosas que habían pasado tres meses antes!

—Quiero decir —seguí diciendo, mientras pensaba rápido—, si no es el 14, será el 13 o el 15, pero de acuerdo con la fecha en que tenía que zarpar de Gibraltar, calculo que por esos días llegará a Buenos Aires. Y seguro que trae periódicos, no?

¿Y si el *Misletoe* se encuentra con una calma chicha y se atrasa? ¿Y si se encuentra con una tormenta y naufraga?



Del diario de Margarita

14 DE MAYO DE 1810

Como bien dice Remigia, Manuelito debe de venir de otro mundo y algo de ese mundo me está contagiando y me anima a hacer cosas inesperadas y llenas de audacia. ¡Jamás antes se me habría ocurrido hacer algo así! Pero no demoro más, y ya cuento con detalles lo que sucedió.

Todo empezó con mucha inocencia cuando Manuelito preguntó si mi primo Mateo, del que se ha hecho muy amigo, podía venir a pasar unos días con nosotros. El abuelo aceptó, pensando que la compañía de un varón de su edad podría ser una buena influencia para Manuel, que todavía está muy lejos de haber aprendido la mayor parte de nuestras costumbres, por lo visto tan distintas de las de su país. Después de un fatigoso ir y venir de mensajes desde la ciudad hasta Flores, pidió y obtuvo la autorización de mis tíos para que Mateo se quedara un par de días en casa.

Hoy, 14 de mayo, por la mañana, llegó al puerto de Buenos Aires un barco inglés, el *Misletoe*. Eso le produjo a mi abuelo una gran excitación, porque parece que Manuelito había anunciado el arribo en la reunión de la jabonería de Vieytes. Apenas se confirmó la noticia, mi amigo (sí, porque ahora lo considero casi un verdadero amigo) dijo que había que llegar hasta el barco y apoderarse de uno de los periódicos ingleses. El virrey Cisneros, afirmó, iba a tratar de ocultarnos parte de la información que traían.

—¿Y vos cómo sabés eso? —pregunté.

—Es fácil suponerlo, a los que mandan siempre les conviene ocultar algunas cosas —respondió como si fuera un adulto.

Me quedé muy impresionada por esas palabras que parecían salidas de la boca de un hombre, pero, en cuanto me recuperé, insistí en saber más.

—¿Y quién va a ir al barco a buscar ese periódico?

—¡Nosotros! —afirmó sin la menor duda.

—¿Cómo nosotros? —dije sin poder creer lo que oía.

—Mateo, vos y yo.

Lo miré como si estuviera loco.

—¿Vos creés que mi abuelo nos va a permitir...?

—Mateo y yo tenemos permiso para dar un paseo a caballo por la ciudad. Y don Blas no tiene por qué enterarse de que vos saliste de la casa.

Entonces pensé que sí, que estaba definitivamente loco. Entonces él sacó del bolsillo la cajita de las sombras chinescas y me preguntó si yo podía recitar algo en francés o enunciar algún teorema o decir cualquiera de las cosas que estudiaba y sabía. Aunque no entendía por qué me preguntaba eso y todo me parecía cada vez más raro, dije que sí y empecé a recitar en voz alta los versos de "El Cid" de Corneille. Manuelito, mientras tanto, mantenía la misteriosa cajita cerca de mi boca. Así, pese a que mi amigo no entendía una sola palabra de lo que yo decía, transcurrió un largo tiempo hasta que a él le pareció suficiente. ¡Y entonces ocurrió el primero de una serie de extraordinarios sucesos! El tocó algo de la cajita ¡y de su interior salió mi propia voz! Al principio no la reconocí. Y cuando me di cuenta de que era yo misma hablando en francés, del tremendo susto se me aflojaron las rodillas y estuve a punto de caer redonda. Manuelito me sostuvo, bastante preocupado, porque dijo que me había puesto blanca

como un fantasma. Cuando el color volvió a mis mejillas, mi amigo me explicó que íbamos a dejar la cajita con mi voz en el cuarto, de modo que el abuelo y también Remigia pensarán que yo estaba encerrada allí estudiando mis lecciones de francés. ¡Qué idea tan fantástica y sorprendente! Me dejó con la boca abierta.

—Está bien —dije cuando pude pensar—. Unos de los problemas parece resuelto. Pero ¿no te das cuenta de que una señorita como yo no puede andar por las calles, acompañada solamente por dos niños?

—Ni Mateo ni yo somos “niños” —respondió un tanto amoscado—. Y vos no vas a ser una señorita.

Entonces no tuve ninguna duda de que Manuelito se había vuelto loco.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que te vas a disfrazar de “niño”. Mateo te va a prestar la ropa. Ya lo hablamos el día en que salimos a jugar moros y cristianos.

Yo iba de sorpresa en sorpresa.

—Nos dio pena que no pudieras participar de nuestros juegos y salidas. Entonces se me ocurrió que, si te disfrazabas, podrías compartir nuestras aventuras.

Entonces pensé que Manuelito era una especie de brujo que no solo podía hacer pases de magia, sino que también era capaz de leer mi pensamiento. Me dije que, de ahí en adelante, estaba obligada a ser muy cuidadosa con las ideas que pasaran por mi cabeza.

—Bien —dije—, ya hay dos problemas superados, sin embargo queda un tercero. ¿Cómo vamos a llegar al puerto?

—También eso está resuelto. Iremos a caballo —respondió con toda soltura.

—¿Y mi abuelo lo va a autorizar?

—Ya lo hizo. ¿Por qué nos negaría la posibilidad de dar un paseo por la ciudad? Además, le advertí también que iríamos Mateo, un amigo de Mateo (o sea vos) y yo.

¡Manuelito lo tenía todo planeado! ¡Y lo más maravilloso de todo era que yo entraba en sus planes! Estuve tentada de ponerme a batir palmas, saltar y hasta rodear con mis brazos el cuello de mi amigo y estamparle un sonoro beso en la mejilla. Por suerte me controlé, porque no eran aquéllos comportamientos apropiados para una señorita, ni siquiera para una dispuesta a disfrazarse de muchacho.

Así fue como hoy, 14 de mayo, después de un almuerzo ligero y de haber dejado la cajita

con mi voz en el cuarto cerrado, los tres "amigos" nos dirigimos a caballo al puerto. Era la primera vez que podía usar en la ciudad mis conocimientos de equitación, que había adquirido en la quinta de mis tíos. No me resultó tan fácil, sin embargo, la cabalgata por la ciudad, porque yo estaba acostumbrada a montar en campo abierto, y aquí tenía que estar atenta a los otros caballos y a la enorme cantidad de carros, carretas de bueyes y algunos carruajes tirados por mulas que agobian las calles de Buenos Aires.

Manuelito, por su parte, sufría muchísimo. No solo es un jinete inexperto, sino que su pobre trasero ya estaba dolorido por la reciente cabalgata hasta la jabonería de Vieytes. Pero lo cierto es que este viaje no fue nada, comparado con el que nos esperaba después para llegar hasta el barco.

Una vez que estuvimos en el puerto, (a Manuel le parece solamente una barranca barrosa que da al río), nos mezclamos y confundimos con los muchachos, blancos, negros y mulatos, que ayudaban con el equipaje. Muchos debían transportar hasta el barco los baúles de algunos comerciantes ingleses, que deben salir de Buenos Aires antes de que se venza el plazo que les dio Cisneros para hacerlo. Otros iban para ayudar a desembarcar

el equipaje de los viajeros. Tratábamos de no llamar la atención, pero no era fácil, porque nuestras ropas era muy distintas de la de esos chiquillos harapientos. Por suerte a Manuel se le ocurrió que nos ensuciáramos bien con barro y, así, algo más parecidos a los demás, subimos con todos a una de las carretas. Las gigantescas ruedas eran mucho más altas que cualquiera de nosotros. Necesitan ese enorme diámetro para poder entrar en las aguas marrones y llegar hasta los botes, que son los que, finalmente, conducen a los barcos, fondeados a varias millas de distancia de la orilla. Después de un largo e incómodo traslado, alcanzamos por fin el ansiado *Misletoe*. ¡Yo no podía creer lo que estaba viviendo! Y todo debo agradecerérselo a mi ingenioso amigo.

Por suerte, siempre mezclados con los muchachos que transportaban paquetes y baúles, logramos subir al barco sin que nadie nos detuviera. Pero, cuando estábamos deslizándonos por uno de los pasillos, preguntándonos al mismo tiempo dónde encontraríamos lo que buscábamos, nos pareció oír pasos que nos seguían. Entonces, Manuelito empujó la puerta de un camarote y los tres nos escabullimos allí. En ese momento, el hombre que ocupaba el camarote y que, de espaldas a nosotros estaba escribiendo con su

pluma de ganso sobre una mesa, giró y nos apuntó con una pistola.

—¡No dispare! —alcanzó a gritar Manuelito con gran presencia de ánimo mientras Mateo y yo enmudecíamos de terror.

—¿Qué es esta vaina? ¿Quiénes son y qué hacen ustedes aquí? —preguntó el hombre, que hablaba español pero con un acento raro.

—Solo hemos venido a buscar un periódico para que los patriotas conozcan la verdad de lo que está sucediendo en España —declamó Manuelito.

—¿Patriotas, chico? —repitió extrañado el hombre.

—Belgrano, Castelli, Paso, Saavedra, Rodríguez Peña... —enumeró mi amigo, a quien el miedo y los nervios que estábamos pasando parecían haberle soltado la lengua.

Hubo un larguísimo silencio y luego, lentamente, el desconocido bajó la pistola y dejó de apuntarnos. Todos respiramos aliviados.

—Qué bien —dijo entonces el hombre—. Soy de Caracas. Y también yo traigo unas cartas para los jóvenes alumbrados. Ustedes me harán el favor de bajar parte de mi equipaje y, escondidas en él, llevarán las cartas.

Yo no entendía nada de lo que estaba pasando. Me preguntaba quiénes eran los jóvenes “alumbrados”, pero en cambio, Manuelito parecía comprender todo perfectamente. ¿Qué querría decir además eso de “vaina”? Me dije que ya habría oportunidad de interrogar a mi amigo.

—Tengan, aquí tienen lo que buscan, —dijo inesperadamente el hombre. Y tomando de uno de los cajones de su escritorio un periódico inglés, lo puso en nuestras manos.

—Gracias —dijimos los tres al unísono como si lo hubiéramos ensayado.

—De nada y mucho cuidado al bajar del barco —nos despidió el hombre.

Cargando una valija pequeña donde iban las cartas de nuestro nuevo amigo, tuvimos la fortuna de pasar nuevamente inadvertidos al bajar del barco. Y luego de repetir el incómodo y largo viaje, logramos, por fin, llegar hasta la orilla. Recién cuando volvimos a pisarla, nos echamos a reír de felicidad. Nuestro audaz plan se había desarrollado a la perfección.

DEL REGISTRO DE EMANUEL

15 DE MAYO DE 1810

Con la llegada del *Misletoe* zafé por un pelito. Desde ayer, cada vez que me cruzo por la calle con alguno de los tipos que conocí en la jabonería, me saludan con una sonrisa de oreja a oreja. Y me los cruzo seguido, porque, más que una ciudad, esto es un pueblo chico. ¡Castelli me guiñó un ojo!

Para mí, lo mejor de la aventura en el puerto fue la forma en que lo ayudamos al tipo del camarote a sacar sus cartas. Mateo, Margarita y yo ya nos estábamos yendo del puerto con las cartas bien escondidas dentro de la pequeña valija, cuando al pobre chabón todavía lo estaban interrogando los soldados de Cisneros. Le revisaron todo lo que traía en los baúles y casi le hacen sacarse la ropa. Nos encontramos con él más tarde en la esquina del Café de Marco y allí le devolvimos su equipaje y sus papeles.

Hoy se volvió Mateo a la casa de sus padres. Lo vino a buscar a caballo un negro grandote que estuvo un buen rato bromeando con Remigia.

Estoy un poco nervioso por la forma en que me mira Margarita, está tan shockeada por la “magia” de mi celular y tan asombrada y feliz con nuestras aventuras que me tiene ahí arriba. Demasiado. Yo cuando estoy con ella trato de parecer mayor y, sobre todo, mucho más decidido y valiente de lo que soy en realidad.

Hablando de nervios, qué loca anda la gente por aquí, todo el mundo está alteradísimo. Mientras tanto, yo sigo buscando desesperadamente la máquina del tiempo. Ya di vuelta toda la casa varias veces, por más que es grande, excepto una habitación que está siempre con llave.

—Pero ¿cómo es ese cajón que estás buscando? ¿Qué tiene de especial? —me preguntó Margarita.

—No tiene nada, es muy grande, yo quepo adentro sentado. Y está forrado en plástico grueso.

—¿Plástico? —dijo Margarita.

Yo suspiré desalentado y fui a buscar una birome que tenía en la mochila.

—Plástico, ¿ves? Como esto.

—Extrañísimo. Pero esto es duro, no parece un material apropiado para forrar un cajón.

—Es que el plástico también puede ser blando como... como... No sé, imagínate un papel muy grueso, muy suave, transparente y que no se rompe.

—Ay Manuelito, disculpame, no puedo imaginarme todos los disparates que se te cruzan por esa cabeza tan fantasiosa.

Margarita me contó que sus padres, después que se casaron, se quedaron a vivir en la casa de don Blas. La habitación cerrada es la que ellos ocupaban. El señor Ulloa la cerró con llave cuando supo del naufragio, hace ya ocho años, y nunca volvió a abrirse desde entonces. ¿O sí? Todos insisten en que mi máquina tiene que estar adentro de la casa. ¿Y si alguien la metió allí? ¿Alguno de los esclavos, por ejemplo? ¿Cómo pueden estar tan seguros de que nadie tiene una copia de esa llave? Lo cierto es que, por otras razones, también a Margarita le gustaría poder entrar en esa habitación, que fue la de sus padres.

Por suerte todos nuestros amigos pudieron leer las cartas y los periódicos que traía el *Misletoe*. Si todo es como yo lo sé, hoy tiene que haber llegado otro barco a Montevideo, el *Juan París*, que

trae las mismísimas noticias, pero todavía nadie está enterado porque hay tormenta y no se puede cruzar el Río de la Plata. ¡Cayó la Junta de Sevilla! Hasta yo, que ya sabía todo esto desde hace mucho, me estoy contagiando la emoción.

Don Blas me volvió a llevar a una reunión a la que asistían algunos de los patriotas. Esta vez no fue en la jabonería, sino en la casa de Rodríguez Peña. De los nuevos que me presentaron, al único que conocía del manual era a Juan José Paso. Estaban re-locos, se nota que se la veían venir. Me recibieron sin comentarios, como si fuera uno más.

—Tengo entendido que un grupo de militares se presentó hoy ante el virrey... —dijo uno.

—Eso se dice, sí. Se supone que fueron para exigirle que explique qué piensa hacer si se confirman las noticias que vienen de Europa.

—Yo escuché lo mismo —dijo otro—. Pero no puede ser. Ninguna comisión militar va a entrevistar al virrey sin la presencia del jefe del Regimiento de Patricios. Y todos sabemos que Cornelio está en su chacra de San Isidro, en el pago de la Costa. Por algo no vino esta noche.

A mí me pareció de lo más confianzudo eso de decirle "Cornelio" a Saavedra, pero se ve que entre ellos son muy amigos.

—¿Y no pueden haber ido con Viamonte, el segundo de Cornelio?

—No lo creo —dijo Rodríguez Peña—. Pero, además, qué tontería es esa de “si se confirman las noticias”. ¡Están confirmadas y más que confirmadas!

—No perdamos más tiempo. Hay que exigirle al virrey un cabildo abierto. Mañana mismo —dijo un muchacho joven.

Eso provocó una confusión de voces, opiniones y griterío. Tengo que pedirle a don Blas que me explique bien qué quiere decir lo del cabildo abierto, que por más que leí y estudié nunca terminé de entenderlo bien y se ve que le dan muchísima importancia. El cabildo viene a ser como la intendencia, el gobierno de la ciudad.

De los próceres que conocí hasta ahora, Juan José Paso es mi preferido. Bueno, tengo que empezar por explicar que todos los próceres son bastante más chicos de tamaño de lo que me imaginaba. Y Juan José Paso es el más petiso de todos, me encanta.

Pero en ese momento, lo único fundamental para mí era que no se apuraran con lo del cabildo abierto y que no lo convocaran antes de tiempo. Es importantísimo que eso no pase antes del 22 de mayo, y recién estamos a 15. Yo no

podía intervenir personalmente, porque nadie me hubiera prestado atención. Pero le soplé a don Blas lo que pensaba del asunto y él se encargó de calmar al exaltado. Habló tan bien, con tanta firmeza y entusiasmo, que consiguió convencer a todos de que para el cabildo abierto había que esperar todavía unos días. ¡Fiuuu!

De repente entró en la casa un hombre morocho, bastante alto (considerando el promedio general), al que varios saludaron diciéndole "Domingo". ¡Era nada menos que French, el de Frenchiberuti! (Hasta segundo grado pensé que eran una sola persona). Como muchos de los patriotas, usaba uniforme militar. Es que casi todos son parte de las milicias urbanas, que se formaron después de las invasiones inglesas.

Mientras caminábamos de vuelta a casa, por las calles embarradas y oscuras, vimos un grupo de muchachones que rompía un farol a pedradas. Roto el vidrio, chau farol, porque adentro tiene candiles y el viento los apaga en un segundo. Don Blas me venía explicando quiénes son los de la Legión Infernal, un grupo de revolucionarios de los más bravos, muchachos muy jóvenes que están comandados por Domingo French y Antonio Beruti. Ayudan un montón trayendo y

llevando mensajes a los cuarteles y entre los grupos de patriotas. Claro, como French fue cartero, nadie conoce como él las calles de la ciudad. Según don Blas, la Legión Infernal está lista para armar una sublevación popular, si llega a hacer falta. Me tengo que meter en la cabeza lo importante y complicado que es el asunto de la información en este mundo de la antigüedad.

—Confiar un papel a un esclavo puede ser muy peligroso si lo detienen —me dijo don Blas—. Y son muy pocos los que pueden entender y transmitir un mensaje correctamente.

—Pero la negra Remigia seguro que sí...

—¡Por supuesto! ¡La negra Remigia puede todo! —se rio don Blas—. Últimamente creo que te mira con menos desconfianza. De lo que me alegro mucho, porque ese es un enemigo mucho más peligroso que el mismísimo Cisneros.



Del diario de Margarita

16 DE MAYO

Hoy fue para mí uno de los días más emocionantes de mi vida. Parece como si el tiempo hubiera echado a correr de otra manera, más veloz, más intensa, desde que Manuelito de los Rizos llegó a esta casa. Creo que, si él no hubiera estado aquí, yo habría tardado mucho más en pedirle a mi abuelo que, por favor, me dejara entrar en la habitación que fue de mis padres. De cierta manera, me decidí a hacerlo porque mi amigo está realmente desesperado buscando esa cosa rara que se le perdió, y él sospechaba que, quizás, alguien podía haberla escondido en el cuarto clausurado. Estaba segura de que no era así, pero también quería que él se convenciera al verlo con sus propios ojos.

El abuelo me había prometido que, cuando yo fuera grande, iba a abrir para mí aquella puerta cerrada durante ocho largos años. Muy

decidida, esta mañana le dije que ya era grande, y que quería entrar en la habitación clausurada. Me miró conmovido, y respondió que estaba bien, pero que, si yo ya había crecido lo suficiente, también había llegado el momento de conocer cuál había sido la razón de aquel viaje que terminó en tragedia. Y entonces me contó.

Así supe que Diego, mi papá, había sido muy amigo de Manuel Belgrano, que habían estudiado juntos en España y que juntos habían regresado para aplicar en la patria los conocimientos adquiridos. Los dos se habían recibido de abogados, pero estaban muy interesados en la economía porque pensaban que, para asegurar la grandeza de estas tierras, era muy importante que en ellas no solo se practicara la ganadería, sino también la agricultura, la industria y el libre comercio.

En 1802, Belgrano había fundado junto con Vieytes (el de la jabonería) un periódico para ayudar a que estas ideas sobre la economía se difundieran entre la gente. Con el mismo fin, los dos apoyaban la educación y creaban escuelas y bibliotecas. Ese año de 1802, Belgrano le pidió a mi papá que cumpliera una misión secreta en Londres, relacionada con los temas que los preocupaban. A fin de no despertar sospechas sobre

los verdaderos motivos del viaje, era necesario que Felicitas, mi madre, lo acompañara. Así fue como se embarcaron en un buque que, en medio de una furiosa tormenta, naufragó en el Atlántico.

Cuando mi abuelo terminó de contarme esta historia, sentí una especie de rabia al pensar que para ellos había sido más importante cumplir aquella misión que permanecer junto a mí, que tanto los necesitaba.

—Sé lo que estás pensando —dijo él, entonces—. Quiero que sepas que para tus padres no fue una decisión fácil dejarte siendo tan pequeña, pero los dos creían firmemente que debían hacer lo necesario para ayudar a la grandeza de estas tierras. Tal vez algún día puedas entenderlo, y estoy seguro de que entonces vas a sentirte muy orgullosa de ellos.

Luego, el abuelo tomó la llave guardada durante tantos años y abrió la puerta del pasado. En la habitación el aire estaba enrarecido por el largo encierro y, al principio, no vi nada porque los postigones de la única ventana estaban clausurados. Al abrirlos, la luz de la mañana se fue filtrando y entonces, poco a poco, pude ver la cama matrimonial cubierta por una manta que alguna vez debió de ser blanca, pero que el polvo de los

años había vuelto gris; vi también el pesado ropero donde aún permanece, intacto, la ropa de mis padres y, en una de las paredes, lo que más me conmovió: una pintura realizada el día en que se casaron. Mi madre, una bella muchacha de quince años en aquel momento, sonríe feliz junto a un hombre delgado y moreno que la dobla en edad y que la mira lleno de amor. No pude evitar que las lágrimas rodaran por mis mejillas a la vista de aquellas imágenes. El abuelo me abrazó muy fuerte y, luego de largos minutos de desahogo, logré reponerme.

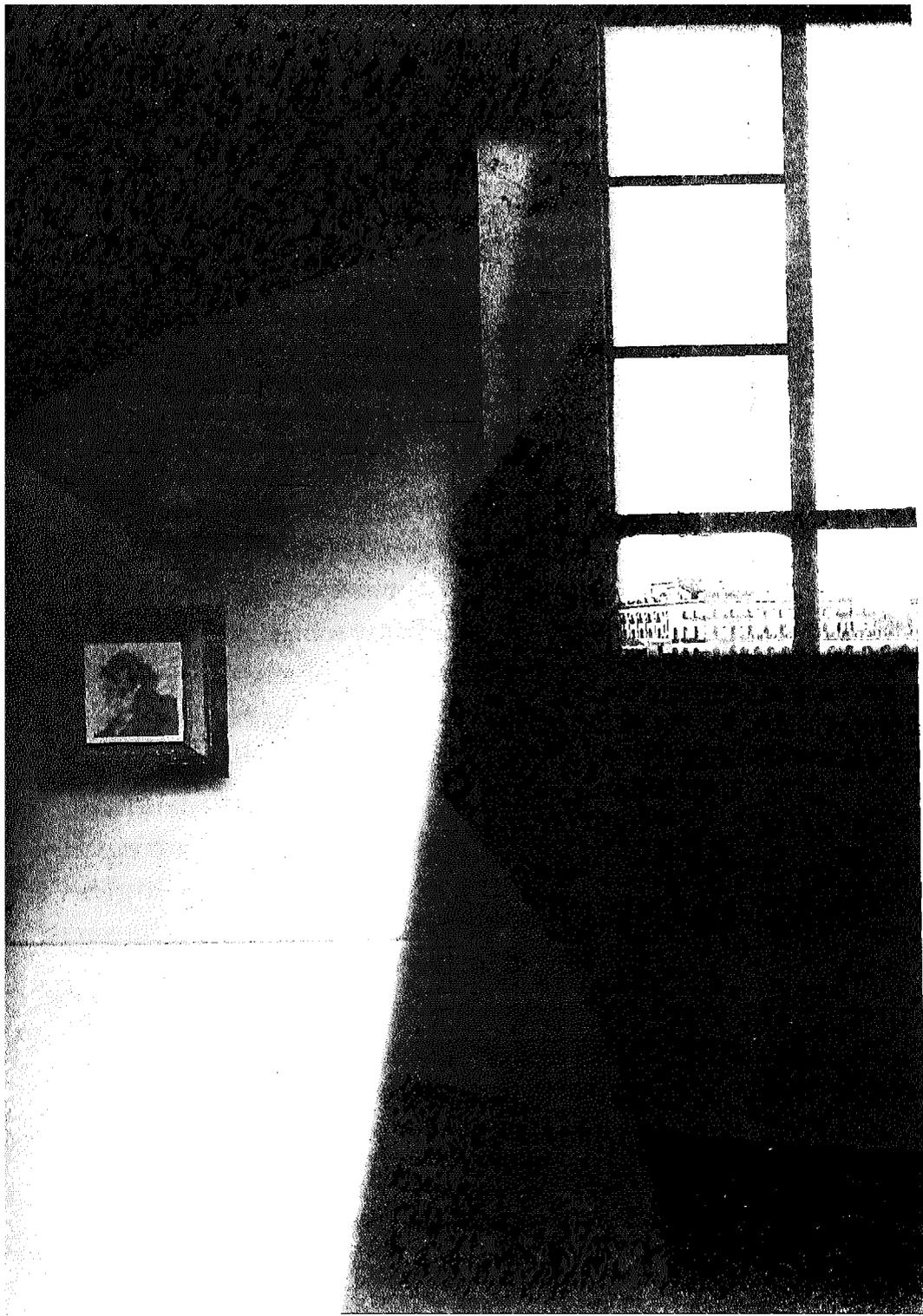
De pronto, con una exclamación de asombro, descubrí sobre una mesa pequeña una figura encantadora: la de una mujercita que parecía a punto de tañir un arpa.

—¡Me había olvidado por completo de la autómata! —dijo mi abuelo al reparar en la figura.

Y entonces la tomó en sus manos, hizo girar una pequeña cuerda que la muñeca llevaba en la espalda y, para mis sorpresa y encanto, la mujercita (una delicada pieza de relojería) empezó a rasgar las cuerdas del arpa y una suave melodía pobló el aire.

Yo estaba maravillada con la diminuta ejecutante.

—¿De dónde salió? —pregunté.



—Le fue obsequiada a tu mamá por un viajero francés con motivo de tu nacimiento —me dijo el abuelo—. ¡Y pensar que yo la había olvidado por completo!

—¿De modo que es mía?

—Así es. Tómala como un regalo de ella —dijo señalando el cuadro.

Nuevamente las lágrimas corrieron por mis mejillas. Debió pasar un rato hasta que de pronto recordé que uno de los motivos para entrar en la habitación había sido comprobar si estaba o no allí aquella caja o cajón que mi amigo Manuelito buscaba con tanta desesperación. Entonces fui por él y lo invité a fijarse por sí mismo, pero, tal como yo lo había imaginado, no encontró ni una señal de lo perdido.

Por la tarde, hubo un suceso inquietante. El abuelo había mandado a Remigia a entregar a Hipólito Vieytes, en mano, el periódico inglés que nos habíamos llevado del *Misletoe*. Le había recomendado que lo hiciera con total recaudo y, sobre todo, que tratara de evitar a los soldados de Cisneros. Debido a la agitación que reina en este momento, los hombres del Fijo, las tropas regulares del virrey, patrullan todo el tiempo las calles.

Remigia preparó entonces una canasta en cuyo fondo puso el periódico, luego lo cubrió con

un paño blanco y sobre este colocó los deliciosos buñuelos salpicados con miel hechos por Dorotea. No había andado más que unos metros cuando se topó con la tropa del virrey. Los soldados, tentados por el aroma de las confituras, le arrebataron la canasta y manoteando con total desparpajo los buñuelos, empezaron a engullirlos uno detrás de otro. Quedaban unos pocos, cuando Remigia se dio cuenta de que una punta del periódico asomaba por debajo del paño destinado a ocultarlo. Entonces, empezó a rezarle a la virgencita con tanta intensidad que esta vino en su ayuda. Como obedeciendo a un mandato del Cielo, los soldados, que felizmente no se habían dado cuenta de que en la canasta había algo oculto, se la devolvieron y hasta escoltaron a la mujer parte del camino para que nadie la molestara.

Cuando ella regresó a casa, después de haber cumplido con el encargo, le prendió una vela a la virgencita que la había protegido. Lo cierto es que nos salvamos por muy poco de que nos descubrieran a todos.

Ahora mientras escribo estas líneas, tengo a mi lado a la pequeña arpista y, de tiempo en tiempo, hago girar la cuerda para que la muñeca me acompañe y me deleite con su música.

◀ DEL REGISTRO DE EMANUEL ▶

17 DE MAYO DE 1810

Ojalá pudiera compartir la emoción de Margarita, desde que entró al cuarto de sus padres está como cambiada. Pero para mí la desaparición de mi máquina es tan grave que casi no puedo pensar en otra cosa. Me da terror la idea no poder volver a casa y lo único que me distrae un poco es esta increíble aventura de estar participando personalmente, ¡yo, Emanuel Rizzo!, en la Semana de Mayo, que empieza hoy.

Esta mañana recibí varios mensajes de texto de tío Francis, tratando de tranquilizarme. Me explica que no puede escribir más seguido porque allá el tiempo es distinto, parece que desde que estoy aquí, en el siglo XXI pasó solamente media hora. Todavía nadie se dio cuenta de que yo me fui, y ni siquiera me están buscando. Insiste en que no me preocupe, que en un par de días me puede preparar una máquina

nueva y me la manda. Pero... ¿cuánto tiempo será aquí un par de días del futuro? ¡Meses! ¡Años! Mientras tanto, una batería del celular se gastó completamente con el truquito ese de grabar la voz de Margarita y pasarla mientras ella no estaba. Y, cuando se me gasten las cuatro baterías, chau, se terminó la magia por la que Margarita me admira tanto. ¡Vuelvo a ser un estúpido enano pelirrojo!

No solo eso. Si pasa mucho más tiempo, no me voy a salvar de que don Blas me ponga pupilo en el colegio.

En este mundo en que las chicas se casan a los catorce, las de doce ya les empiezan a hacer ojitos a los varones. Pero no a los chicos de su edad, ¡a los tipos grandes! Hablando de eso, no se imaginan lo que me cuesta darle la edad a la gente, todos me parecen más viejos de lo que son. A los mayores les faltan dientes. Y los muchachos se visten y se peinan igual que los viejos...

Hoy vinieron a visitar a don Blas unos vecinos, una familia que vive a dos calles de aquí: la madre, el padre y el hijo. Después de un buen rato me di cuenta de que el muchacho debía de tener como mucho la edad del tío Francis, veinte años, pero parecía muchísimo mayor. Margarita se

puso un vestido blanco súper elegante que nunca le había visto, con un lazo rosado en la cintura, y todo el tiempo se hacía la grande y casi no me miraba. ¡Parecía que solamente tenía ojos para el chabón ese! Ja, ja, había que verla disfrazada de varón cuando nos metimos en el barco... Ella trajo un álbum con la tapa toda decorada y le pidió al tipo que le escribiera algo y él le escribió unos versos de lo más truchos que decían algo así como:

*Es un recuerdo sincero,
que deja este caballero,
para la niña Margarita,
la pequeña más bonita.*

Firmado: José Antonio Velazco.

Puf, seguro que a todas les escribe lo mismo. Después le voy a recitar a Margarita un verso que me hicieron aprender de memoria en el colegio, de un poeta re-famoso que se llamaba... o se va a llamar Ruben Darío, porque todavía no nació. Si no nació, yo creo que no es plagio, ¿no? Es como si se me hubiera ocurrido a mí. Y justo tiene el nombre de ella. Era larguísimo, yo me acuerdo nomás la última estrofa, que dice así:

*Margarita está linda la mar,
y el viento... y el viento... y el viento...*

Me parece que “viento” rimaba con “aliento”.
Después voy a tratar de acordarme.

Lo que más me indignó fue que Margarita se portara así con este “señor”, que hay que ver cómo pensaba. ¡Toda la familia estaba a favor del virrey y muy preocupados por lo que estaba pasando! Ella me dijo después que la forma en que hablaba con José Antonio era para disimular, pero no se lo creo. Lo que me sacó del todo fue que ni siquiera eran españoles, los Velazco son criollos y bien criollos, pero para nada les gusta la idea de independizarse de España, les parece re- loco.

La negrita nos cebaba mate a todos mientras comíamos colaciones, unas masitas con dulce de leche que los Velazco habían traído de regalo. Una buena tenía que haber: por lo menos en 1810 ya existe el dulce de leche.

Parece que mucha gente está comentado las novedades que llegaron hoy de Montevideo. El otro día, tal como yo lo tenía previsto, ancló allí la fragata *Juan París*, con todas las noticias de lo que había pasado en España. Por culpa de la tormenta sobre el Río de la Plata, las noticias recién llegaron hoy. Por

más que el virrey Cisneros trate de disimular y de que nadie se entere, los chismes corren enseguida. ¡Y eso que no existe el correo electrónico!

La cosa es que estos vecinos venían de lo más alarmados a pedirle consejo a don Blas. El señor Velazco se despachó con todo.

—¡Pero qué indignante! ¡Pensar que hay gente que quiere aprovechar la mala situación de nuestra Madre Patria para darse un gobierno propio! ¡Cobardes les llamo yo a los que hacen leña del árbol caído!

Don Blas se hacía el burro y aprovechaba para meter púa.

—Cobardes, por supuesto. Pobre España. Deberíamos tratar de ayudarla, con nuestras pocas fuerzas.

—¡Claro que sí! —decía la señora Carmen de Velazco—. Yo misma con otras señoras estamos organizando una colecta para ayudar a la Junta de Cádiz. ¡Es necesario que toda América se una en defensa de España! Si es necesario, daremos nuestras joyas.

—Eso sí —seguía don Blas—. Habría que ver quién manda en este momento en realidad en España. Yo creo que son los franceses, ¿verdad? Porque la Junta de Cádiz, apenas tiene soberanía

sobre la península de Cádiz y la isla de León. Quizá deberíamos conseguir que el virrey le jure fidelidad a Pepe Botella, el rey que nos impuso Napoleón...

—¡Jamás! —le contestó Juan Antonio, el muchacho, con un ataque de furia que le puso las mejillas coloradas—. ¡Como se atreve usted! —El padre trataba de calmarlo, pero el pibe estaba re-sacado— ¡Nuestro rey es y será Fernando VII!

—Bueno, eso mismo pienso yo —decía don Blas, bien zorro, llevándolos para donde él quería—. Y, en fin, como Fernando VII está preso y la Junta de Sevilla, que es la que nombró al virrey Cisneros, se disolvió, es bastante lógico pensar que también nosotros tenemos que formar una junta. Así como la de Cádiz. Que le jure fidelidad a Fernando VII, por supuesto.

Pero los Velazco no cayeron en la trampa. Ellos la tenían bien clarita.

—Discúlpeme, don Blas, pero no entiendo su razonamiento. Un auténtico defensor de España jamás debería pensar en deponer al virrey. Mi estimado amigo Baltasar Hidalgo de Cisneros es el único que puede llevarnos a buen puerto en esta tormenta.

—¡Reemplazar al virrey por una junta! ¡Qué idea tan salvaje! ¡Qué vergüenza! —decía Juan Antonio, que no podía contenerse—. ¿Y después

qué? ¿Vamos a caer en manos de estos jacobinos que piensan que hasta los negros son iguales a nosotros?

—¡Dios mío! —agregó la señora Carmen, escandalizada—. ¡Lo próximo que se les va a ocurrir es abolir la esclavitud! ¡Aaaaay! —gritó de pronto.

Vaya a saber por qué, el mate que le había dado la negrita tenía la bombilla tan caliente que le quemó la boca a doña Carmen.

¿Qué será “jacobino”?





Del diario de Margarita

18 DE MAYO DE 1810

¡Qué rara puede ser la vida! Ocurre que durante mucho tiempo los días se deslizan idénticos, como si uno fuera la copia exacta del otro. Y, de pronto, todo cambia a una velocidad que marea. Si yo misma siento que soy otra, diferente, más grande. Pareciera que, al entrar al cuarto de mis padres y conocer su historia, hubiera crecido de golpe.

También en esta Ciudad de la Santísima Trinidad y Puerto de Santa María del Buen Ayre soplan vientos de cambio. Hoy el virrey Cisneros, obligado por los hechos, hizo leer al pregonero una proclama confirmando lo que ya sabíamos sobre la situación en la península. ¡Como si fuera una gran novedad!

Por supuesto que, como bien había dicho Manuelito que pasaría, ocultó buena parte de la información que traía el periódico inglés. Pero,

aun así, a pesar de que Cisneros pedía mantener la calma, las noticias de la caída de la Junta de Sevilla despertaron gran agitación entre la gente. Ahora todo el mundo anda alborotado y hablando de política, como pude comprobar con mis propios ojos y oídos. Porque debo confesar que ¡volví a hacerlo! ¡Volví a disfrazarme de muchacho! Aunque la verdad es que esta vez mi audacia pudo haber tenido consecuencias desafortunadas, y juro que a partir de ahora voy a pensarlo dos veces antes de repetir esta clase de aventuras.

Hoy, después del almuerzo, mi amigo decidió darse una vuelta por el Café de los Catalanes, donde se reúnen los jóvenes jacobinos, como los llamó ayer ese bobo de Juan Antonio. A propósito, ¡qué celoso se puso Manuelito porque yo coqueteé un poco con la visita! Mi pobre amigo no entiende que para mí es necesario practicar los modales de señorita y que, por lo tanto, no debo desaprovechar ninguna oportunidad. Aunque también debo decir (y esto que quede entre nosotros) que me divertí mucho haciéndolo rabiar.

Vuelvo a la historia. En cuanto vi que él se disponía a salir, le pedí que repitiéramos aquello de dejar encerrada mi voz en el cuarto, pero me dijo algo acerca de “una batería que se le estaba gastando”.

Una batería, que yo sepa, es una división de artillería, con sus cañones y bombardas. No entendí de qué me hablaba y pensé que debía de seguir enojado por lo del coqueteo, que estaba poniendo una excusa para no llevarme con él. Sin embargo, inmediatamente agregó que podría acompañarlo sin necesidad de ningún truco, ya que mi abuelo se disponía a dormir una buena siesta para estar lo más descansado posible: a la noche lo esperaba una larga e importante reunión. Y es cierto que, cuando él duerme, puede derrumbarse la casa sin que se despierte.

De modo que esperamos a que el anciano (shhh, no debe enterarse de que lo llamo así) se fuera a la cama y los dos “muchachos” salimos de correrías. La ciudad estaba revolucionada y teníamos la impresión de que todos estaban hablando de lo mismo. El tránsito era endemoniado: aunque carruajes particulares hay pocos, ya están quedando angostas las calles para tantos carros y caballos. Todo el mundo parecía haber salido al mismo tiempo solo para contarse unos a otros lo que estaba pasando. Hasta los cocheros daban la impresión de hacerse señas entre ellos en un lenguaje secreto. Hasta los negros y las negras que vendían mazamorra, pastelitos y empanadas en las

esquinas, estaban reunidos en corrillos comentando las noticias.

El Café de los Catalanes, en el barrio de La Merced, estaba colmado de gente. Los presentes opinaban a los gritos sobre los últimos sucesos. Yo trataba de escucharlos y, aunque lo decían de diferentes maneras, todos estaban de acuerdo en que ninguno de ellos quiere pasar de colono de España a colono del imperio francés. Hay algo más que se decía bajando un poco la voz, y eso es que, puesto que el gobierno que había nombrado a Cisneros ya no existe, el virrey tampoco debe mandar aquí.

Manuelito y yo estábamos allí, en medio de aquellas apasionadas y gritonas conversaciones, cuando de pronto llegó al lugar un grupo de “godos”, funcionarios españoles de Cisneros. Con ellos venía el mismísimo señor Velazco que había estado en casa el día anterior, acompañado de su hijo Juan Antonio. En el momento en que ellos entraron, se produjo un silencio impresionante. Transcurrieron algunos segundos de calma, y enseguida se desató la tormenta.

—¡Viva nuestro virrey, el señor Baltasar Hidalgo de Cisneros! —gritó uno de los godos.

—¡Esto es una provocación! —respondió, a su vez, un joven vestido con uniforme rojo.

Después supe que formaba parte de un grupo de milicianos llamado la Legión Infernal, o directamente “los infernales”, justamente porque visten de rojo. Me contó Manuelito que estos jóvenes, muchos de ellos pertenecientes al pueblo raso, responden a las órdenes de Domingo French y de Antonio Luis Beruti. Quién iba a decir que el burro de Manuelito, que no entiende nada de nada, iba a terminar explicándome algo a mí.

Lo cierto es que bastó esa respuesta para que se armara una trifulca de insultos y puñetazos, que me dio muchísimo miedo. Miré para todos lados tratando de encontrar un lugar donde ocultarme y ya estaba a punto de arrojarme debajo de una silla, cuando mi amigo, con la suficiente presencia de ánimo y decisión, me tomó firmemente de la mano y logró sacarme sana y salva del lugar.

Una vez afuera, todavía alcancé a ver cómo el señor Velazco, primero, y su hijo Juan Antonio, después, salían volando por una de las ventanas del Café de los Catalanes y caían en medio de un charco gigante lleno de agua sucia, que se los tragó de un bocado. No quise ver nada más, podía imaginarme perfectamente cómo habían quedado.

Manuelito y yo llegamos a casa sin aliento. Por suerte, logré asearme y volver a vestirme como

una dama antes de que el abuelo se despertara. La que se quedó con la boca abierta fue Remigia, que vio entrar a un muchachito a mi cuarto y, cuando vino a inspeccionar para ver qué sucedía, se encontró con la niña de sus ojos.

—¿Dónde está el mocito? —preguntó con desconfianza.

—Acá no hay nadie más que yo —afirmé con mi aire más inocente.

Y, aunque ella revisó cuidadosamente todo el cuarto, ni siquiera pudo encontrar las ropas que el mocito vestía, bien ocultas adentro de la funda de la almohada.

Remigia se fue sacudiendo la cabeza y murmurando en voz baja que todo se ha puesto patas arriba desde que ese jovencuelo (al menos ya no lo llama renacuajo) está con nosotros. Algo de razón tiene.

Entre otras cosas, Manuelito me entregó hoy unos versos que había compuesto para mí. No sabía con qué asombrarme más: si con el rarísimo papel y la tinta, que jamás había visto (él dice que se los trajo de Italia; cuánto más adelantados que nosotros están los italianos) o con la calidad literaria de los versos. Nunca hubiera sospechado, oyéndolo expresarse de una manera tan elemental y con

tan escaso vocabulario, que este jovenzuelo era capaz de escribir así. Sin duda, tiene talento. Y sin duda me conmovió. Los versos dicen así:

*Margarita, está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar,
tu aliento.*

La mención a mi aliento me pareció una excesiva audacia de su parte. No sabía si ponerme contenta o enojarme.

Ahora son las diez de la noche y, mientras yo escribo a la luz de las velas sobre los sucesos de hoy, el abuelo y mi amigo se han marchado a esa larga e importante reunión.

Me pregunto qué nos traerá el día de mañana. Y lo espero ansiosa, porque estoy segura de que habrá novedades que cambiarán nuestra vida para siempre.

19 DE MAYO DE 1810

A ver cómo cuento esto. Me resulta difícil, porque es como si yo no fuera yo. Quiero decir... no sé qué quiero decir. Si voy paso por paso, se me va entender mejor. No seas atropellado, Emi, me decía siempre mi papá. ¿Lo volveré a ver? Eso es parte de lo raro que me está pasando: en este momento ya no me preocupa tanto. Y también me siento como más grande. Tendría que medirme, me parece que algo se tiene que notar.

Anoche estuve en una reunión importantísima y hoy nos enteramos de que también hubo otra. Ufa, otra vez me estoy enredando. Concentración, Emi: empiezo por la reunión en la que estuve. Ya todo el mundo acepta que donde está don Blas voy a estar yo, y tienen bastantes pruebas de que no soy buchón.

La reunión fue en la casa de Rodríguez Peña. Estaban French y Beruti, los jefes de la

Legión Infernal, que cada vez me caen mejor. Son dos tipos grandes pero con un entusiasmo y una onda que no me extraña que los sigan los jóvenes. Estaba mi preferido: Paso. Y varios más. Pero enseguida noté que faltaba Belgrano. Y tampoco había venido su primo Castelli. Alguien hizo un comentario en chiste acerca de sus andanzas y habló de "cierta dama". Parece que Belgrano y Castelli habían estado enamorados de la misma mujer. Otro de los presentes lo hizo callar, enojado: estaban en las quintas.

Resulta que Castelli es abogado de la Audiencia, que viene a ser como los Tribunales de Justicia. Tiene una quinta en las afueras, y los dos primos se habían ido para allá. (No se piensen que las quintas son como casas de country, son quintas de verdad, donde se cultivan un montón de verduras y frutas). Yo, que sé cómo vienen las cosas, me di cuenta de que sin Castelli y sin Belgrano nada iba a ser igual, y se lo dije a don Blas, que empezó a insistir con tanta energía en que fueran a buscarlos que los otros terminaron por aceptar. French se encargó de decirles a un grupo de Infernales, que esperabana afuera, que salieran inmediatamente para las quintas y los trajeran, para que estuvieran en la ciudad a la mañana siguiente a más tardar.

Sobre todo porque era viernes a la noche, y si estos dos pensaban pasar el fin de semana en la quinta se iban a perder cosas importantísimas. Yo no entiendo cómo estos próceres son tan irresponsables y no se dan cuenta de la falta que hacen aquí. O por ahí se van a propósito justamente para eso, para que los demás se den cuenta de lo importantes que son.

Ahí, en la discusión, me fui enterando de cómo muchos de estos patriotas habían pensado primero que el virreinato tenía que quedar bajo el mando de la infanta Carlota de Portugal, (la hermana de Fernando VII, que estaba con su corte en el Brasil, por escaparse de los franceses). Pero ya la mayoría se había dado cuenta de que eso era un disparate sin pies ni cabeza. Y, sobre todo, que no hacía falta, porque podíamos pensar en tener un gobierno propio. Qué alivio. ¿Qué hago si vuelvo al futuro y en casa todos hablan portugués? Por las dudas le pedí a don Blas que, si salía el tema, insistiera en que ya no tenía sentido. Como él estaba muy de acuerdo, no le costó nada.

Bueno, resulta que empezaron otra vez con lo del cabildo abierto, y ahí ya estaba bien, ya era hora, así que no dije nada. ¡Tampoco es cuestión de que se atrase el 25 de Mayo! El

Cabildo, como les contaba antes, es el gobierno de la ciudad, no manda sobre todo el virreinato sino solamente sobre la ciudad de Buenos Aires. Y el Cabildo Abierto viene a ser cuando se juntan, no solamente los que trabajan normalmente ahí, sino todos, todos, todos los vecinos importantes, los principales. "Principales" quiere decir los que tiene más plata, los que son dueños de casas, de negocios y cosas así.

Lógico que no va a ser tan fácil convencerlo a Cisneros de que acepte llamar a todo el mundo a un cabildo abierto, porque para él eso sería como largar la manija. Pero yo sé que lo van a conseguir, porque no le queda otra.

La cuestión es que la reunión se hizo laaaaarga y volvimos tardísimo. Cuando llegamos Margarita estaba despierta, en camisón, y en cuanto oyó los ruidos en la puerta corrió a abrirnos. Se la veía preciosa, con el pelo suelto y una terrible cara de asustada.

Me fui a dormir cansadísimo, pero apenas había puesto la cabeza en la almohada cuando oí unos golpecitos tímidos en la puerta de mi cuarto (que es inmenso, ojalá tuviera uno así en mi casa). La hago corta: era Margarita, que venía con un candil en la mano.

—Manuel —me parece que era la primera vez que me decía Manuel en vez de Manuelito—. ¡Mi querido Manuel! Tuve tanto, tanto miedo de que te hubiera pasado algo.

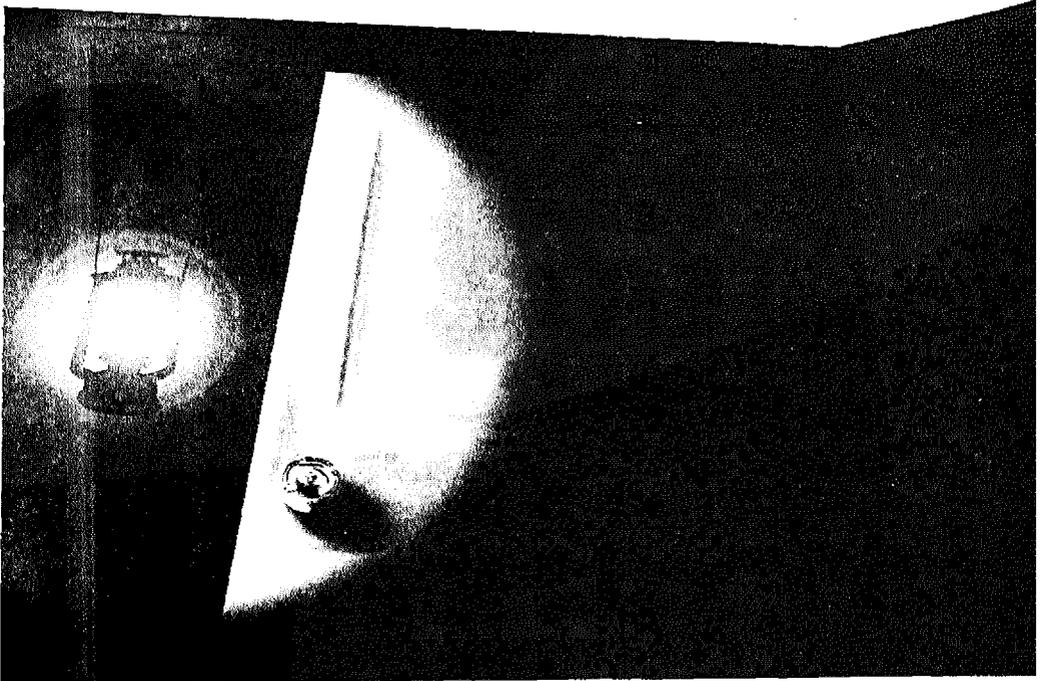
Y, de golpe, me echó los brazos al cuello, me dio un beso casi en la boca y salió corriendo, sin darme tiempo a reaccionar y dejándome en la oscuridad. Hay que ver que yo estaba medio dormido, porque, si no, no sé qué hubiera pasado. Me dormí con una sensación rara y muy linda.

Hoy sábado tuvimos noticias de que anoche hubo otra reunión de patriotas: parece que, al mismo tiempo que nosotros estábamos en lo de Rodríguez Peña, se juntaron en la casa de Viamonte los jefes y oficiales del Regimiento de Patricios, que es el más importante de las milicias.

Aprovechando que la gente está tan alzada y revolucionada, querían ir directamente con el regimiento y tirarlo abajo al virrey por la fuerza de las armas. Pero para qué va a morir gente, si yo ya sé que no va a hacer falta. Por suerte (yo digo por suerte por ese miedo terrible que tengo de que cambie la historia), Saavedra, que es el jefe del regimiento, también estaba en su quinta de San Isidro. Y Viamonte, que es su segundo, dijo que él no podía hacer nada sin consultarlo.

Hoy no pude hablar con Margarita en todo el día. Está muy cambiada, es como si ya no tuviera conmigo la confianza de siempre, cuando la miro se pone colorada. Se la pasa encerrada en su cuarto haciendo andar una y otra vez esa muñequita a cuerda.

Y yo, como decía al principio, también me siento diferente. No solo más grande. Por primera vez estoy empezando a pensar que, si no aparece la famosa máquina del tiempo... no sé, a lo mejor no es tan grave.





Del diario de Margarita

19 DE MAYO DE 1810

Estoy escribiendo estas líneas para contar algo muy íntimo; en realidad para contármelo a mí misma, para que se vuelva más claro ante mis ojos y poder así comprenderlo mejor.

Anoche, 18 de mayo, el abuelo y mi amigo habían sido convocados a una reunión muy importante. Yo, que estaba muy cansada por la aventura en el Café de los Catalanes, me fui a acostar temprano y, rápidamente, me dormí. Sin embargo, a la madrugada me desperté llena de angustia, como cuando tengo una de esas pesadillas sobre la muerte de mis padres. Me levanté y fui a ver si el abuelo y mi amigo habían regresado. Cuando comprobé que no lo habían hecho, sentí pánico de que algo les hubiera sucedido. Y lo extraño fue que tuve mucho miedo de perder no solo a mi abuelo sino también a Manuel. Entonces, al darme cuenta de lo que me estaba pasando, me quedé desconcertada, porque

era ese un sentimiento que nunca antes había experimentado, y que surgió en mi interior con tanta fuerza y tan inesperadamente como lo hace la lava de un volcán.

Más tarde, cuando finalmente los que yo esperaba llegaron sanos y salvos, sentí un alivio y una felicidad inmensos. Y después...

Después tuve un impulso del que todavía me avergüenzo. Sin pensarlo, fui hasta el cuarto de Manuel ¡y le di un beso! Luego, al regresar a mi cuarto, no podía dormirme, turbada por la intensidad de las emociones que me desbordaban. ¿Acaso será amor esto que estoy sintiendo? ¿Es posible que me haya enamorado del que hasta hace pocos días me parecía apenas una criatura? ¿Qué rara, pero qué rara es la vida!

20 DE MAYO DE 1810

La velocidad de los últimos sucesos y la intensidad con la que los vivimos apenas nos dan tregua. Ocurrió que ayer a la noche, mientras cenábamos el clásico cocido, el abuelo (que está con un fuerte ataque de lumbago) comentó que se sentía muy preocupado porque, a pesar de que los acontecimientos se estaban precipitando,

Saavedra permanecía en su quinta de San Isidro. Inmediatamente, Manuelito reaccionó diciendo que era muy importante que el día 20 de mayo, por la mañana, el comandante de los patricios estuviera en la ciudad.

—Dices eso porque no lo conoces a Saavedra —afirmó el abuelo—. Estoy seguro de que, si fuéramos a buscarlo, nos respondería con una de sus frases habituales. Él siempre dice: “Paisanos y señores, aún no es tiempo, dejen que las brevas maduren y entonces las comeremos”.

—No sé qué son las brevas, pero aquí no se trata de comer, se trata de la revolución —dijo, nervioso, mi amigo.

—No insista, jovencito, estoy seguro de que el comandante podría responderle: “No es tiempo y lo que se hace fuera de él, no sale bien”.

—Está equivocado, don Blas, ahora sí llegó el momento. Y, cuando llegó, Saavedra dijo otra cosa —repuso Manuel poniéndose de pie.

—¿Cómo “dijo”, cuándo “dijo”? ¿De qué estás hablando, Manuel? —pregunté totalmente desorientada.

Sin responderme y con un tono lleno de autoridad, mi amigo afirmó que había que ir a buscar a Saavedra en ese mismo momento.

Para mi sorpresa, mi abuelo acató la disposición del “jovenzuelo”.

—Si no tuviera este horrible ataque de lumbago, yo mismo en persona iría a buscarlo —dijo.

—No se preocupes, abuelo. Iremos Manuel y yo —me encontré diciendo a mi vez, sin pensarlo.

—¡Es una locura! —sentenció él.

—Si Margarita me acompaña para enseñarme el camino, yo puedo hacerlo —aseguró por su parte Manuel.

—Está lloviendo, los caminos están embarrados y son por lo menos dos horas de cabalgata.

—Conozco el camino, abuelo, hemos ido juntos muchas veces en la calesa. Y ya sabe que soy una excelente jinete, usted mismo me enseñó a montar en el campo —insistí.

—Confíe en nosotros, don Blas. ¿Acaso no conseguimos el periódico que traía el barco inglés?

Entonces el abuelo miró a Manuel con el ceño fruncido.

—¿Cómo que “conseguimos”? Que yo sepa, mi nieta nada tuvo que ver con eso.

—No hay tiempo que perder —los apuré para cambiar de tema lo más rápidamente posible—.

Si mi madre acompañó a mi padre en aquel viaje importante para la patria, también yo puedo acompañar ahora a Manuel. Ella estaría orgullosa de mí.

La mención de su nuera (mi madre) emocionó al abuelo. Y después de un prolongado silencio, solo dijo:

—Cuidala, Manuel.

Así fue como a la madrugada, envueltos en capotes que nos protegían de la llovizna persistente, nos lanzamos a cabalgar en dirección a San Isidro. Yo iba adelante, en traje de amazona, guiando el camino con mi yegüita alazana. Y Manuel, que ha mejorado a la fuerza sus habilidades de jinete, me seguía de cerca.

Saavedra estaba ya levantado y mateando, cuando nosotros logramos llegar, empapados, a la quinta en la que descansaba.

—¡Pero si es la niña de don Blas! —se sorprendió al reconocermé—. ¿Qué los trae por aquí?

Entonces, Manuel, dirigiéndose al comandante, pronunció una frase sorprendente.

—“Señores, ahora digo que no sólo es tiempo, sino que no se debe perder una hora”.

Saavedra miró desconcertado a mi amigo antes de preguntarle quién era el autor de aquellas palabras.

La respuesta fue aún más desconcertante.
—¡Usted! —sostuvo Manuel.

Pero lo más extraño de todo fue que Saavedra, como si algo de lo dicho hubiera resonado en su interior, comprendió inmediatamente la urgencia de regresar a la ciudad. Así fue como también nosotros, después de dejar a nuestras monturas en la quinta, volvimos con el comandante en su carruaje.

Hasta acá, la aventura vivida. Lo que sigue es el relato del abuelo. Por la noche, él contó que, apenas regresó, Saavedra fue convocado por Cisneros, quien le pidió apoyo militar para sostenerse en el poder. El comandante, por supuesto, lo negó. Por su parte Juan José Castelli y Martín Rodríguez insistían ante el virrey para que se convocara sin perder ni cinco minutos más a un cabildo abierto. Dice mi abuelo que la respuesta de Cisneros fue: “Ya que el pueblo no me quiere y el ejército me abandona, hagan ustedes lo que quieran”.

¡Habrà cabildo abierto, entonces, y esto ocurrirá el 22 de mayo! Siento con total claridad que estamos viviendo momentos históricos. Estoy segura de que se aproximan sucesos nunca antes vividos, que traerán para todos nuevas y

conmovedoras emociones. Aunque sé que para mí estas no serán solo las de la “Revolución”, como Manuel la nombró.



21 DE MAYO DE 1810

Hoy fue un día loquísimo. El tiempo sigue feo por aquí. Un día llueve y el otro también. Pero la gente está tan alterada que a nadie le importa enchastrarse la ropa con el barro de la calle. Bueno, siempre los hombres, ¿no? Las damas no pueden andar arrastrando el vestido por los charcos, así que andan en carruaje o se quedan en casa.

Los hombres se empezaron a juntar en la Plaza Mayor, frente al Cabildo, y yo fui con don Blas a ver qué pasaba. Había muchos de los patriotas que yo conocía de las reuniones, y también un montón de oficiales jóvenes y tropa de los regimientos de Patricios y de Húsares, que son los de a caballo. También había Arribeños, yo ya aprendí a diferenciarlos por los uniformes. Y además mucha gente más pobre.

En eso los vi a French por un lado y a Beruti por otro, que iban cada uno con un grupito

de muchachos vestidos de rojo, repartiendo entre la gente una especie de estampitas con el retrato de Fernando VII y unas cintas blancas. Me dieron unas cuantas para repartir. Así que eran blancas, nomás, y no tipo escarapela, pensé yo. Pero después vi que algunos tenían también en la casaca y el sombrero cintas celeste y blanco, el color del Regimiento de Patricios.

Hasta ahí, todo OK. La gente estaba contenta porque se vio salir a un grupo de regidores del Cabildo que iban al fuerte, donde está el virrey, llevando una petición. Todos pensaron que iban directamente a pedirle la renuncia.

En eso aparece el síndico Leiva y les informa que Cisneros había aceptado lo del cabildo abierto. El síndico es algo así como el abogado que representa al Cabildo, y este Leiva es un clavo, un español reaccionario terrible, de esos que llaman maturrangos. ¿Ustedes se creen que la gente se puso contenta con lo del cabildo abierto? Para nada. Gran decepción para los que pensaban que ya estaba todo cocinado. Y la cosa empezó a ponerse más calentita, porque había más de uno que no tenía paciencia para tanto trámite. En la Plaza de la Victoria había como seiscientos hombres, muchos armados con pistolas y puñales. Yo

aprovechaba que nadie me daba mucha bola para acercarme a los grupitos y escuchar lo que hablaban, y me di cuenta de que venía todo mal.

Unos cuantos militares jóvenes estaban muy nerviosos y pensaban que había que mandarse ya.

—Si le damos tiempo a Cisneros —escuché que decía uno—, nos puede sorprender con alguna trampa.

—No solo eso —decía otro—. ¡Hasta puede mandar a traer tropas del interior!

—O de Montevideo. Yo escuché que ya envió mensajeros a Córdoba, para que le despachen un regimiento... ¡Y los que vienen de Montevideo pueden estar aquí en un solo día!

—Hoy tenemos toda la fuerza, mañana quién sabe. ¡Hay que decidirse ya, tomar el fuerte por las armas y meter preso a ese delincuente!

Cuando le conté a don Blas de qué iba la cosa, la voz me temblaba. Porque, si en la Revolución de Mayo corría sangre, si en vez del 25 se hacía tres días antes, ¿qué cambios me iba a encontrar en el futuro? Si es que alguna vez conseguía volver... Inmediatamente me mandó a buscarlo a Saavedra. Don Cornelio es un tipo popular, hay que ver cómo lo quiere la gente de la ciudad, no solo los oficiales de su regimiento.

Bueno, como a las dos de la tarde llegué con Saavedra, que pegó cuatro gritos, habló con dos o tres personas y consiguió que todo se calmara. Poco a poco la gente se tranquilizó y se fue a dormir la siesta.

Y yo también me fui para casa, porque don Blas quería entrar al Cabildo y ahí no había forma de colarme. Hay algo que me intriga muchísimo: ¿dónde estará Mariano Moreno? Todavía no lo ví.

En medio de tanto lío, en otras cosas la vida sigue como siempre y hoy a las cuatro de la tarde, como todos los lunes, vino el profe de danzas de Margarita, un personaje muy emperifollado, con una panza así, y una camisa toda de encaje pero no muy limpia en los puños, que se trae un ayudante para que toque el piano mientras él y Margarita bailan. Monsieur Jean-Baptiste frunció el ceño cuando me vio, y no crean que yo estaba demasiado contento de verlo a él, pero resulta que le había prometido a Margarita participar en su clase de baile... a cambio de que ella aceptara que yo le enseñe algunos de los bailes del “lugar” de donde supuestamente vengo.

El franchute iba marcando los pasos:

—A ver, jovencitos: uno y dos, *demi-coupé* con el pie derecho, tres-cuatro *demi-coupé* con el

pie izquierdo, cinco: *pas elevé* con el pie derecho, seis, *pas elevé* con el pie izquierdo...

Yo trataba de seguirlos como podía, y se ve que no podía mucho, porque Margarita se desternillaba de la risa y don Jean, que no sabía si reírse o enojarse, me daba golpecitos en las piernas con su bastón de marcar el compás. En mi vida pasé tanta vergüenza.

Pero, cuando se fue el franchute, llegó mi turno de desquitarme. Margarita fingió encerrarse en su cuarto y, en cuanto vio que no había moros en la costa, corrió al mío. Prendí lo que ella llama "la cajita mágica" y puse en el celu "Satisfaction", la de los Rolling. Margarita al principio se asustó y no entendía nada.

—¿A eso le llaman música en tu país?
—me dijo, con cara de asco.

Pero poco a poco fui haciendo que marcara el ritmo con las palmas, y después con los pies, y entonces empezó a divertirse un poco.

Entonces me pareció que había llegado el momento y traté de enseñarle a bailar como corresponde. A mí me enseñó tío Francis y no me sale nada mal. Sin embargo, en cuanto empecé a moverme y la quise convencer de que ella hiciera lo mismo, se enojó muchísimo.

—¡Deberías avergonzarte! —me dijo—.
 ¡De ninguna manera permitiré que me arrastres a
 esa danza impúdica! ¿Qué estás pensando de mí?
 ¿Solo porque me preocupé la otra noche por tu
 seguridad ya te creés que soy esa clase de mujer?

Y como yo seguía bailando para tratar de
 convencerla, y hasta traté de tomarla de la cadera
 para mostrarle cómo había que soltarse... ¡me dio
 una bofetada y salió corriendo!

Quién entiende a las mujeres.

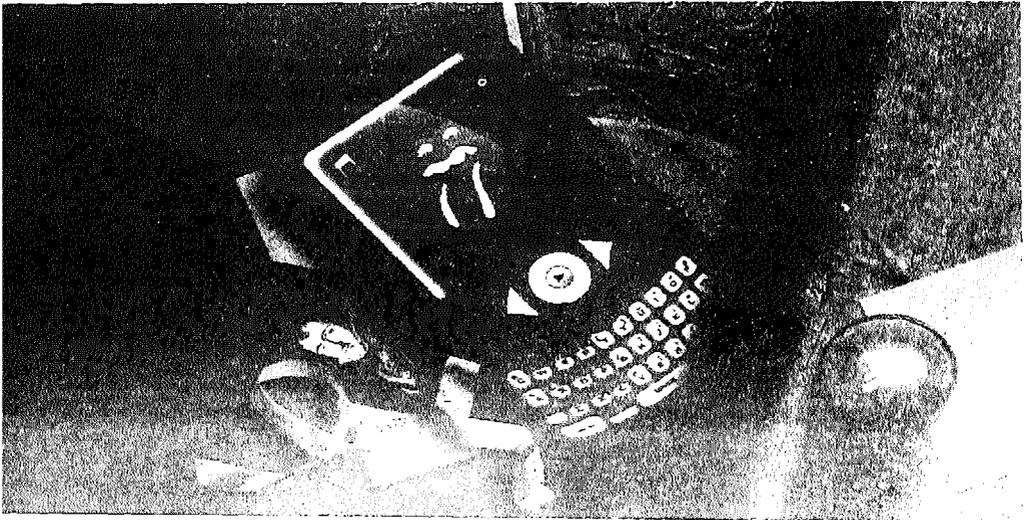
Por suerte justo en ese momento entró
 don Blas, y los dos fuimos a recibirlo y lo volvimos
 loco con preguntas sobre las últimas novedades.

Don Blas nos contó que el virrey había
 dado la autorización para el cabildo abierto, pero
 con un montón de condiciones. Que todo se haga
 en nombre de Fernando VII y obedeciendo al
 gobierno nacional que lo representa en España, y
 aunque ese gobierno no exista ya, igual hay que
 actuar con sometimiento a la corona, etcétera.

Se mandaron a imprimir seiscientas invi-
 taciones para el cabildo abierto. ¿Cómo se hace
 para repartir rápidamente semejante cantidad de
 papelititos? ¡Y sin motoqueros! A mí me parece que
 el correo anda mejor en esta época que en la mía.
 No tienen máquinas, pero tienen esclavos, algo

que es muy práctico para todo el mundo (menos para los esclavos, claro).

El virrey también dio órdenes de que se custodien las bocacalles de la plaza para dejar entrar solamente a “los vecinos de distinción” y, ja, ja, el pobre tiene la gran ilusión de que se va a ocupar de eso el Fijo, o sea, las tropas regulares que había antes de las invasiones inglesas y el único regimiento que todavía le responde. Pero nos contó don Blas que los patricios tienen otras ideas. Y ni hablemos de la Legión Infernal. Ya se están preparando para “custodiar” la plaza a sus manera.





Del diario de Margarita

22 DE MAYO DE 1810,
POR LA MAÑANA

¡Días extraordinarios! A cada momento hay una novedad y eso nos mantiene todo el tiempo en vilo y nos permite olvidar lo engorroso de una lluvia que no para y que ha convertido las calles de la ciudad en verdaderos barrizales. ¡Hoy finalmente fue convocado el cabildo abierto! El abuelo estuvo levantado desde muy temprano, esperando ansiosamente que llegara la hora de acudir a la cita: Y aunque la sesión comenzaba a las nueve de la mañana, él salió de casa a las ocho, con tiempo de sobra y lleno de ilusiones y expectativas sobre la posibilidad de que Cisneros cese en el cargo y de que, alguna vez, en esta tierra manden los criollos.

Esta misma mañana sucedió, además, un hecho muy extraño que tuvo, claro está, a Manuel como protagonista. No sé qué pensar sobre él, me tiene totalmente desconcertada. Por momentos

parece un mocoso, pero en otros actúa como un adulto. Y siempre tiene esos recursos inesperados, sorprendentes. Remigia insiste con que viene de otro mundo. Ya no habla del Cielo ni del Infierno, sino que dice así, “de otro mundo”.

—Pero ¿dónde queda eso? —le pregunto.

Y ella hace un gesto con la mano como señalando a la lejanía, y no logro arrancarle una palabra más. Pero vuelvo al suceso que estaba relatando.

Antes de que el abuelo saliera para la sesión del Cabildo Abierto, mi amigo le deslizó en el bolsillo de la levita su “caja mágica”, no sin antes haberle enseñado a manejarla para que pudiera guardar en ella todas las palabras que se pronunciaran a lo largo de un día que prometía ser histórico. Pese a que el abuelo se mostraba un tanto dudoso sobre la posibilidad de que en aquella extraña y pequeña caja cupieran todos los discursos y debates que, seguramente, se sucederían durante la jornada, aceptó llevarla consigo. Es milagroso el poder que Manuel ejerce sobre el viejo.

Una vez que el abuelo partió, mi amigo se dedicó a hacer la lista de los que, según él, debían de estar presentes en el Cabildo.

—Castelli, Belgrano, Vieytes, Rodríguez Peña, Saavedra, Viamonte, Paso —los iba nombrando en voz alta, uno por uno.

Remigia, que seguía atentamente lo que Manuel iba diciendo, al oír que mencionaba a Paso, lo interrumpió con la noticia de que el doctorcito (como lo llamaba) había dado aviso de que no concurriría a la reunión por hallarse en cama con catarro y fiebre. Ella lo sabía muy bien porque dos días antes, había sido convocada para darle al enfermo un té curativo, pero, pese a que el remedio solía ser infalible, él no había mejorado. Así lo había sabido muy temprano aquella misma mañana por su comadre, esclava en casa de Paso.

Al oír estas palabras, Manuel se levantó de un salto de la silla en la que estaba acomodado.

—¡Eso no puede ser! ¡Paso tiene que estar ahí, porque, si no, todo va a cambiar y la historia será otra! —exclamó, con tal vehemencia que Remigia y yo nos asustamos.

—¿De qué estás hablando? —pregunté.

Sin contestarme, él corrió hacia su cuarto y segundos después volvió trayendo una especie de tira que contenía unas pastillas blancas y redondas.

—Remigia, acompáñeme a casa del doctor ya mismo —exigió.

Ella se quedó mirándolo como si no pudiera creer que ese “renacuajo” estuviera dándole órdenes.

—¿Para qué quieres que te acompañe? —inquirí tratando de apaciguar la furia de la negra.

—Voy a ayudar a Paso a mejorarse —afirmó Manuel, sin mostrar ni una pequeña duda.

Ahí me pareció que los ojos de Remigia se le iban a salir de las órbitas.

—¿Y con qué dice que lo va a mejorar? —preguntó ella, mordiendo las palabras como si estuviera a punto de comerse al insolente de un feroz bocado.

—¡Vamos ya mismo, no hay tiempo que perder!

Entonces para mi absoluta sorpresa, Remigia cedió a la orden y se decidió a seguirlo. Supongo que lo hizo con el secreto propósito de verlo fracasar de la manera más escandalosa. ¡Qué iba a poder ese jovenzuelo pretencioso con la enfermedad que el infalible té curativo no había enmendado! Envuelto en un capote del abuelo que le sobraba por todas partes, Manuel,

acompañado de su oscura guía, se lanzó a las calles embarradas.

Pasaron un par de horas que me parecieron siglos y durante las cuales no pude dejar de preguntarme cómo sabe Manuel (suponiendo que realmente lo sepa) “que la historia va a cambiar si el doctor Paso no asiste al cabildo abierto”. Recordé además el momento en que fuimos a buscar a Saavedra a San Isidro y también aquella frase misteriosa que mi amigo había pronunciado y que don Cornelio, de algún modo, pareció reconocer... La verdad es que, cuanto más pienso, más me enredo. Porque es como si él conociera o se anticipara a las cosas que van a suceder, y eso es imposible. Entonces vuelvo a preguntarme: ¿de dónde viene Manuel realmente? ¿Qué será esa especie de cajón que busca con tanto ahínco? ¿Habrá en él alguna clave que me revele algo importante? Tengo que averiguarlo. Y a esta altura lo mejor es interrogarlo directamente a él.

Pasaron las horas y, como mi amigo no regresaba, dejé de preguntarme sobre su lugar de origen y empecé a imaginarme otras cosas, todas terribles. Pensé, por ejemplo, qué ocurriría si aquellas pastillas que mi amigo planeaba hacerle

tomar a Paso, en vez de mejorarlo, empeoraban su salud. ¿Qué sucedería si, considerando lo peor, el enfermo moría? ¡Manuel podría ser entonces acusado de asesinato y conducido a la horrible cárcel del virreinato! ¡Esa especie de choza con paredes de adobe y techo de paja donde los presos se amontonan hambrientos y casi desnudos, pidiendo limosna para poder comprarse algo que comer y con que cubrirse! Ya veía a mi desdichado amigo empedrando calles o prendiendo los faroles de sebo, tareas a las que destinan a los que son castigados por delitos.

Cuando Remigia por fin regresó, me encontró deshecha en lágrimas.

—¿Qué le pasa a mi niña? —preguntó asustada.

—¿Dónde está Manuel? —respondí con otra pregunta.

—¡No me diga que está así por el mocito ese!

—¡Ay, Remigia! ¿No le ocurrió nada malo a él, no es cierto?

—No, claro que no.

Solo entonces respiré aliviada.

—Contame, contame qué pasó —pedí llena de ansiedad.

—Bueno, parece que el mocito se ha adueñado de su corazón, ¿no? —dijo Remigia con una sonrisa pícara.

Sentí que me subía fuego por las mejillas.

—Siempre me imagino lo peor. Me da muchísimo miedo perder a los que quiero —susurré.

—Entonces, ¿lo quiere? —me toreó Remigia.

—Como a un amigo —admití sin dar todo el brazo a torcer. Luego insistí para que me contara lo que había ocurrido en casa de Paso.

Así supe que Remigia, a pesar de estar segura de que aquella visita iba a ser un fracaso, debió convencer a la familia del doctorcito para que les permitieran entrar al dormitorio del enfermo y suministrarle las pastillas que el mocito había traído de Europa.

Paso se alegró al ver a Manuelito, a quien, por supuesto, ya conocía. Mi amigo, por su parte, le hizo saber que era fundamental su presencia en el cabildo abierto y que, para mejorarse rápidamente y poder asistir, debía tomar la medicina que él le traía. Para sorpresa de Remigia, convencida de que el doctor rechazaría aquellas extrañas pastillas, él las tomó con toda confianza, ya que aquella era (según le explicó Manuel) la medicina que se usaba en Europa.

Aquí la narradora hizo un alto en el relato y se santiguó varias veces.

—¡Vamos, seguí, ¿qué sucedió después?!
—reclamé muerta de curiosidad.

Entonces ella siguió contando que, al ratito nomás de tomar las pastillas, el doctorcito empezó a transpirar como un caballo lanzado al galope y que, momentos después, ella vio con sus propios ojos cómo la enfermedad, una sombra oscura, se desprendía del cuerpo del paciente que, de golpe, se sintió mejor. Y, alrededor de una hora después, Paso estaba de pie y, aunque el catarro persistía, él se sentía con ánimo de ir a cumplir con sus obligaciones, según dijo. Manuel, por su parte, le advirtió que para seguir mejorando, unas horas después debía volver a tomar otras dos de aquellas pastillas. En aquella casa, nadie podía creer que la fiebre se hubiera ido de un momento para otro.

Envuelto en su capote, para protegerse del temporal, el doctor acompañado por Manuel se había dirigido inmediatamente al Cabildo, pese a las protestas de la esposa, que le recordaba que la reunión tendría lugar en el largo corredor exterior del piso alto, que, aunque protegido por cortinados, permitía que se colaran el frío y la lluvia.

Al terminar de escuchar el relato me sentí feliz y orgullosa de que mi amigo hubiera logrado lo que se proponía. Remigia, por su parte, no hacía más que sacudir la cabeza y repetir que el mocito venía de otro mundo.

Ahora ya es el mediodía y tengo que dejar de escribir, porque acaban de avisarme que el almuerzo está listo, y yo no hago más que pensar dónde y qué estará haciendo Manuel. Me pregunto si habrá podido entrar al Cabildo o si, como los otros jóvenes, se habrá quedado en la plaza pidiendo a los gritos la renuncia del virrey.

Los nervios y la ansiedad por saber qué está ocurriendo me han quitado totalmente el apetito, pero voy a forzarme a comer, porque no quiero que Remigia atribuya mi falta de ganas a mis sentimientos hacia mi amigo y empiece otra vez con sus incómodas preguntitas.

DEL REGISTRO DE EMANUEL

22 DE MAYO DE 1810

¡Hoy fue un día histórico! Qué estoy diciendo, se ve que estoy medio mareado, si aquí todos los días son históricos. Pero me parece que el de hoy fue más, no tiene nada que ver leerlo con estar aquí y vivirlo.

A ver. Empiezo por la parte en la que yo estuve personalmente, que viene a ser en la plaza, porque al Cabildo, por supuesto, no me iban a dejar entrar. Estaba llenísima de gente de toda clase, muchachos jóvenes de las familias ricachonas a los que no dejaban entrar por la edad, montones de soldados, y gente común y corriente de los barrios más pobres, los más alejados del centro, a los que llaman "orilleros". Hombres que trabajan en el puerto, en el matadero, aguateros, carniceros, panaderos, herreros, carpinteros, albañiles, pescadores...

Una cosa importante: en la Plaza de la Victoria, ex Plaza Mayor, futura Plaza de Mayo,

frente al Cabildo, había algunos pocos que tenían paraguas; esa duda ya me la saqué. Me explicaron que los habían traído de Londres. De contrabando, igual que casi todo.

Ahí parado en la plaza tantas horas, charlé con un montón de gente. Para empezar, conocí a uno de los que estuvo llevando las invitaciones, uno de los tantos chicos que hay por aquí que trabajan de lo que se necesite en ese momento. Saturnino solía ayudar en el correo, por eso lo llamaron por lo de las invitaciones. Así me enteré de que no las repartieron esclavos, como yo pensaba. Parece que llamaron a unos cincuenta tipos y les pagaron un peso a cada uno. Pero me dijo Saturnino que tampoco las repartieron todas, porque los patriotas se encargaron de que unos ciento cincuenta vecinos que ya se sabía que eran re-fans de Cisneros directamente no recibieran invitación.

¡Había que ver lo que era la plaza! Los nuestros estaban por todas partes. Ilusiones que se hacía el virrey pensando que iban a ser los del Fijo, el Regimiento de Gallegos, los que custodiaran la plaza. ¡Cualquier día! El Regimiento de Patricios y la Legión Infernal (los muchachos de French y Beruti) coparon la plaza y se apostaron en cada bocacalle, controlando quién pasaba y quién no.

Los invitados eran los vecinos principales, por eso a mí no me dejaron entrar. Para ser “vecino principal” había que tener casa propia, caballos y armas, y haber contribuido a la defensa de la ciudad (o sea, tener bastante edad y buena plaita: gente como Saturnino, olvídense). Y también hacía falta tener una cantidad de años de vivir en Buenos Aires y no valía ser “hijo de familia”, o sea, no iba para solteros que vivían con los padres. De las mujeres, ni hablar.

La gente iba cayendo a la plaza con sus esquelitas, y los muchachos de Patricios e Infernales les controlaban la entrada. Como a Saturnino le sobraron esquelitas, me regaló una. Si algún día vuelvo, me la llevo a casa: estas eran las pruebas que me pedía tío Francis. El papel decía así:

El Exemo. Cabildo convoca a V. para que se sirva asistir precisamente mañana 22 del corriente a las 9 sin etiqueta alguna, y en clase de vecino al Cabildo abierto, que con anuencia del Exemo. Sr. Virrey ha acordado celebrar, debiendo manifestar esta esquila a las Tropas que guarezcan las avenidas de esta Plaza, para que se le permita pasar libremente.

Exemo. quiere decir Excelentísimo y V. quiere decir Usted. Entonces fue cuando me di cuenta por primera vez qué sentido tenían esas cintitas con el retrato de Fernando VII que habían estado repartiendo los Infernales. Era para reconocer a los nuestros, a los patriotas, y dejarlos pasar rápido. A los que no tenían puesta la famosa cinta blanca o la celeste y blanca de los Patricios, les hacían un lío bárbaro para entrar. Por más que agitaban su esquelita y decían que estaban invitados, a muchos, los que no eran tan importantes y conocidos, los mandaban de vuelta a su casa. Después me contó don Blas que adentro del Cabildo no había más de doscientas cincuenta personas.

En eso escuché que alguna gente hablaba del doctor Moreno y señalaban a un hombre flaquito y morocho, con la cara picada de viruela, de gestos nerviosos, que iba llegando al Cabildo un poco tarde. ¡Por fin lo veía al famoso Mariano Moreno! Era muy distinto al retrato del manual. Tengo que preguntar más sobre ese tema.

A la mañana bien tempranito, Saturnino había estado ayudando a preparar todo. Hubo que traer bancos de varias iglesias, montones de bizcochos y chocolates, porque no se sabía cuánto podía durar la reunión. Y varias damajuanas de vino.

Tengo que decir que eso me sorprendió un poco. ¡Así que los próceres iban a estar medio alegres a la hora de destituir al virrey!

En eso llegaron unos carruajes, que se llaman galeras, trayendo gente a la plaza, y Saturnino se despidió de mí, porque pensaba ganarse unos pesos más como cuidador de coches.

Yo estaba como loco, pensando lo importante que era lo que estaba pasando ahí adentro, no solo para la historia sino para mi vida personal. ¡Esa gente estaba decidiendo el futuro! Pero no era el único sacado, había que ver el clima que había en la ciudad: con lluvia y frío, igual todo el mundo se quedaba en la plaza. Yo corría cada tanto a calentarme un poco en el Café de los Catalanes, que estaba a pleno, y después volvía a la plaza. En un momento se asomó Manuel Belgrano agitando un pañuelo blanco, y parecía que iban a tirar el Cabildo abajo con los gritos. “¡Abajo el virrey!”, gritaban unos. “¡Echen al Sordo!”, gritaban otros. “¡Viva la Patria!”, se escuchaba de pronto. Por un rato gritamos todos a coro “¡Jun-ta, jun-ta, jun-ta!”. Parece que adentro del Cabildo también había una barra, y de vez en cuando alguien salía y enseguida se agolpaban un montón para sacarle información. “El Sordo” le dicen a Cisneros, que se quedó sordo

de los cañonazos, peleando por España contra Inglaterra en la batalla de Trafalgar.

Por suerte tenía unas monedas y cada tanto me compraba una empanada, un alfeñique, un pastelito de membrillo o un poco de mazamorra caliente. Le tengo que pedir a mamá que aprenda a hacer mazamorra de postre, está buenísima.

Igual a la tarde ya no podía más y daba la impresión de que todavía faltaba mucho. No me acordaba a qué hora decían mis libros que habían terminado de votar en el Cabildo Abierto del 22 de mayo. Muerto de cansancio, con el capote mojado y embarrado y con un poco de dolor de panza por comer tantas golosinas, me fui para casa. Margarita me abrió la puerta nerviosísima, re-preocupada pensando que me había pasado algo, esa chica ya me está haciendo acordar a mi mamá. En lo bueno y en lo malo.

En cuanto entré me empezó a acosar con preguntas que yo no podía contestarle. La muy desubicada me hablaba como si yo hubiera podido estar adentro del Cabildo. Es que casi se piensa que yo tengo poderes mágicos, y es un esfuerzo terrible tratar de ser el hombre fuerte y valiente que ella se imagina. Si supiera la verdad, ¿cómo le caería? ¿Pensaría que soy un extraordinario visitante

del futuro? ¿O se daría cuenta de que soy un chico cualquiera del siglo XXI?

De golpe pasó a otro tema.

—Si me contaras un poco más sobre ese famoso cajón que trajiste de Europa, yo podría ayudarte mejor a buscarlo.

—Ya te dije, no tiene nada de especial, nada más ese material que lo recubre del que te hablé, el plástico.

—Pero entonces es muy fácil de reemplazar. Podemos pedirle a Pedro que te haga uno, incluso más bonito, de buena madera lustrada.

Pedro es el esclavo que hace todos los arreglos de carpintería. Yo no sabía cómo explicarle que no me daba lo mismo.

—No me sirve, tiene que ser el mío.

—Manuel, tenés que decirme la verdad. ¿No te sirve para qué? ¿Para qué puede servir un cajón vacío, si no es para poner cosas adentro? —Y, de puro fastidio, Margarita golpeaba en el suelo con su zapatito.

—Estoy cansadísimo, Margarita —fue lo único que se me ocurrió—. Me voy a dormir y después hablamos.

No era solamente una excusa. Me tiré sobre la cama y me quedé dormido en el acto.

Ya era de noche cuando me despertó la llegada de don Blas. Me salvó de tener que seguir hablando con Margarita.

Venía ansioso por contarnos todo lo que había pasado. Puso sobre la mesa el celu y nos reunimos los tres alrededor, mientras Remigia nos miraba desde cierta distancia con cara de espanto. Como yo le había explicado a don Blas lo mejor que pude que lo de la grabación no era magia y que no duraba todo lo que uno quería, había grabado solamente lo que le pareció más importante.

Con el techo tan alto, tanta gente hablando al mismo tiempo, más la lluvia y el viento, había mala acústica en el Cabildo y el sonido no era de lo mejor, pero enseguida reconocí al obispo Lué. No por la voz, porque yo no lo conocía, sino por sus palabras. No tiene sentido contar exactamente lo que dijo cada uno, porque para eso me llevo la grabación. Si es que vuelvo a casa alguna vez. Y, si no vuelvo, tampoco tiene sentido que siga grabando este registro, pero mejor no pienso en eso.



Del diario de Margarita

22 DE MAYO, AL ATARDECER

Empapado, embarrado, cansado, agotado (y todos los “ados” más que se me puedan ocurrir), Manuel volvió hace unos minutos y, pese a mis intentos de que me contara lo que había sucedido dentro o fuera del Cabildo, y sobre todo de que me diera detalles del cajón que busca tan afanosamente, no logré que soltara prenda. Hasta le ofrecí que Pedro le hiciera uno nuevo, incluso mejor que el que traía, pero no hay caso, está encaprichado con que tiene que ser el suyo. Acosándolo a preguntas, lo seguí hasta su cuarto. Creo que exageré un poco. Al final, me dio lástima verlo tan agotado y lo dejé en paz. Entonces, como un autómata, entró al cuarto y una vez ahí se desmoronó en la cama.

Ahora, mientras espero que regrese el abuelo con las últimas novedades, voy a revolver la

casa y a ponerla patas arriba, si es necesario, para ver si doy con el misterioso cajón que mi amigo considera irremplazable.

22 DE MAYO DE 1810, POR LA NOCHE

Son más de las once de la noche de un larguísimo día que parece no tener final. El abuelo llegó alrededor de las ocho y Manuel, que debió de oírlo entrar, se levantó y vino volando a preguntarle cómo había terminado todo.

—No terminó, todavía siguen votando, pero no hay de qué preocuparse, vamos a ganar —respondió el abuelo mientras sacaba del bolsillo de la levita la “caja mágica” que le había dado mi amigo. Él la tomó ansiosamente en sus manos y la echó a andar para asegurarse de que las voces estaban allí adentro.

—¡Mientras haya un solo español en América, él mandará sobre los americanos! —dijo una de las voces, que pronunció estas palabras con marcado acento español.

Inmediatamente se oyeron gritos y silbidos de desaprobación. Y Manuel, a su vez, hizo callar en la “caja mágica” a aquella voz que pretendía imponerse al repudio general.

—Suficiente. Ya sé que está grabado. Y también sé quién es el que está hablando —aseguró mi amigo.

—¿Quién es? —pregunté.

—El obispo Lué.

—¿Y vos cómo lo sabés? ¿Acaso estuviste ahí? —insistí segura de que la contestación no podía ser otra que “no”.

—No, no estuve, pero de alguna manera sí lo hice —fue la enigmática respuesta.

Algo de esta conversación puso nervioso al abuelo, que decidió continuar el relato de lo que había sucedido en el Cabildo. Siguió adelante repitiendo las palabras del obispo, don Benito Lué y Riega. Lo que este hombre había dicho era que no había que hacer nada de nada. Que el virrey estaba muy bien donde estaba y que, mientras hubiera en España un solo pedazo de tierra, ese pedazo de tierra mandaría sobre América. Y todavía agregó que España había conquistado a América y que corresponde a los conquistadores mandar sobre los conquistados.

Ahí yo sentí que la sangre me hervía de rabia y que un fuego me subía por la cara. No sé bien qué hubiera hecho de haber tenido al obispo delante de mí.

—El imprudente ni siquiera se daba cuenta de que con sus palabras ofensivas estaba perjudicando a los de su propio partido —comentó el abuelo.

En ese momento mi amigo volvió a poner en funcionamiento la “caja mágica” y salió la voz de alguien que tartamudeaba.

—¡Este es Castelli! ¿no es cierto? —exclamó Manuel.

—¿Y por qué tartamudea? —pregunté. Me sentía muy emocionada. Gracias a la “caja mágica” era como si, de algún modo, también yo hubiera estado allí, participando.

—Estaba pensando lo que iba a decir y esa era una manera de ganar tiempo —me respondió el abuelo.

—Cuenta usted, don Blas, así no se me gasta la batería —pidió Manuel.

¡Otra vez esa palabrita rara, “batería”! Cueste lo que cueste, estoy decidida a saber de qué otro mundo viene el “mocito”.

En eso entró Remigia, trayendo unas empanadas de carne y unos pastelitos dulces sobre los que todos caímos muertos de hambre. Y, mientras devorábamos, el abuelo siguió contando que Castelli, como lo habría hecho un mago de

la galera, sacó a relucir un fantástico argumento. Dijo que, si los conquistadores mandan sobre los conquistados, ¡entonces los que mandaban sobre España eran los franceses! Parece que ahí los españoles de la rabia se pusieron a gritar todos al mismo tiempo. Yo, por mi parte, aplaudí cuando escuché repetir las palabras de Castelli.

Después él siguió diciendo que América no pertenece a España sino al rey y que, como el rey estaba preso, había que formar un gobierno propio para representarlo.

Entonces Manuel volvió a prender la “caja mágica” y en ese momento escuchamos otra voz, que sin duda, pertenecía a un español y que, para mi sorpresa ¡le daba la razón a Castelli!

—Este es el fiscal, el astuto de Villota —dijo el abuelo—. Le da la razón para luego destruirlo.

—¿Y cómo lo hace? —pregunté llena de intriga como si me estuvieran contando una historia de suspenso.

Manuel prendía y apagaba la “caja mágica” por el bendito tema de la “batería”. Así íbamos escuchando las voces de los protagonistas y después el abuelo nos hacía el relato detallado de lo sucedido. Contó que Villota había comenzado dándole la razón a Castelli y afirmando que,

sin duda, había que formar una junta... En ese momento, como un actor, el fiscal había hecho un silencio, y los que estaban en el Cabildo estallaron en un aplauso entusiasta. Villota esperó a que la ovación terminara y entonces agregó un “pero”. Aquí el abuelo también hizo un silencio para provocar suspenso.

—¡Siga contando, abuelo!

—Sí, don Blas, por favor, siga contando.

Les decía que Villota introdujo un “pero”. Y se refería al hecho de que el Cabildo era el de la ciudad de Buenos Aires, por lo tanto podía decidir si debía arreglar las calles o poner en ellas más iluminación, pero que Buenos Aires, por sí misma, no tenía el derecho a decidir cuál debía ser el gobierno de TODO el virreinato. En consecuencia, él proponía que se disolviera la reunión de vecinos y se convocara a un congreso general con representantes de todas partes.

Al escuchar estas palabras, me quedé tan muda como parece que lo hicieron los asistentes al cabildo abierto al oír el poderoso argumento de Villota.

—Ahora lo vamos a escuchar a Paso —dijo Manuel sin la menor duda.

—¿Cómo podés saber eso? —pregunté yo, dispuesta a no dejar pasar nada que me sonara raro.

El abuelo, a quien mis preguntas lo ponían más nervioso que al propio Manuel, continuó atropelladamente el relato. Contó que había patriotas a los que se les saltaban las lágrimas de la rabia después de escuchar a Villota, porque se daban cuenta de que, si el argumento del fiscal ganaba, la posibilidad de formar un gobierno propio iba a quedar postergada durante meses y quizás años, cuando sólo un par de días antes habrían podido tomar el poder por las armas. En ese momento de peligro, Belgrano y otros salieron al balcón para hacer señas con sus pañuelos y animar a la multitud a gritar y a presionar.

—¡Jun-ta, Jun-ta, Jun-ta! —empezó a gritar y a saltar Manuel, a mi lado, como si hubiera perdido la chaveta.

Cuando se dio cuenta de cómo lo miraba yo, paró, se encogió de hombros y puso a funcionar el aparatito. Entonces escuchamos la voz de Paso que, asombrosamente, ¡le dio la razón a Villota!

Fue la última voz que escuchamos, porque parece que ya no cabían otras dentro de la “caja mágica”. El relato del abuelo completó lo que

faltaba de la larga y peleada jornada. Nos dijo que Paso al principio no quería hablar, no solo porque es muy tímido sino porque él trabaja como abogado con Villota, es su auxiliar. Y, mientras Rodríguez Peña trataba de convencerlo para que tomara la palabra, él intentaba ayudar a Castelli susurrándole un argumento. Finalmente, este le dio un empujón a Paso y lo mandó al centro de la escena, donde no tuvo más remedio que hablar. Comenzó entonces dándole la razón a Villota (parece que esa es la mejor manera de destruir al enemigo), pero... Y acá vino el demoledor argumento de ese hombre pequeñito, petiso como mi amigo Manuel. El famoso "pero" introdujo la idea de que era perfectamente legal que en una situación de extrema urgencia alguien se hiciera cargo de los asuntos de otro que no está presente. Y que la caída de España exigía decisiones inmediatas y que Buenos Aires, como hermana mayor del resto de las ciudades del virreinato y en ausencia de las menores, tenía el deber de decidir por ellas. Claro que después había que convocar al congreso general, que tan correctamente pedía Villota, para que aprobara o desaprobara las decisiones tomadas. Un tremendo aplauso coronó las palabras de Paso, mientras el fiscal, que durante la brillante

exposición de su auxiliar mordía su pañuelo por los nervios, terminó de destrozarlo a dentelladas como un perro rabioso.

Entonces entendí la importancia de que Paso hubiera podido asistir al Cabildo Abierto. Pero ¿cómo podía saber Manuel que su presencia iba a ser tan necesaria? La miré a Remigia, que se había quedado escuchando, y vi que tenía los ojos llenos de lágrimas. A lo mejor ella sentía que también su intervención había sido importante para lo que estaba sucediendo. Entonces me acerqué, y abrazándola le dije al oído: Gracias.

Después vino la votación, en la que un escribano anotaba el voto que cada uno decía en voz alta. Eso demoró varias horas porque algunos se extendían explicando por qué votaban de tal o cual manera y qué gobierno querían. Los votos provocaban diferentes reacciones. A unos les gritaban “chivatos”, o sea, traidores. A otros los calificaban de “locos”, y también había aplausos y ovaciones. En ese momento del relato, Manuel, sin querer, tocó algo del aparatito y entonces, inesperadamente, se oyó un grueso insulto.

—¡Tátese los oídos, *m'hijita!* —saltó el abuelo como si yo nunca antes hubiera escuchado una palabrota.

—¿Y ese quién era? —pregunté con mi tono más inocente.

—Por la voz finita, seguro que era Belgrano —aseguró Manuel, muerto de risa.

Si bien el abuelo no se quedó hasta el final de la sesión, no tiene dudas de que los patriotas ganamos. De todos modos, el escrutinio se hará mañana, 23 de mayo, y llevará gran parte del día, porque no se trata solo de contar los votos, sino de ver qué dice cada uno sobre cómo debe ser el nuevo gobierno.

Y ahora dejo de escribir y me voy a la cama. Mañana seguiré en la búsqueda del famoso cajón. No sé por qué, pero se me hace que Remigia debe de saber algo al respecto. Apenas me levante, voy a averiguarlo.

DEL REGISTRO DE EMANUEL

23 DE MAYO DE 1810

Hoy podría haber sido un día muy tranquilo, pero no fue. En parte por mi culpa. O gracias a mí.

A la mañana todos estaban de fiesta, pensando que ya se habían librado del virrey y que iban a tener un gobierno criollo. La gente salía a pasear por la ciudad y los patriotas se saludaban al pasar con mucha alegría. Los maturrangos (o godos, gallegos, chapetones, matuchos como les dicen aquí a los que están a favor de que nos sigan mandando los españoles) se quedaban en sus casas de muy mal humor. Porque enseguida había empezado a correr el rumor de que la votación había sido muy clara a favor de la destitución del virrey. Los últimos en votar el 22 a la noche se estaban encargando de que todo el mundo se enterara de la novedad.

Más alegría hubo todavía cuando a eso de las dos de la tarde fijaron seis carteles cerca del

Cabildo: eran los “bandos” que usan en esta época para informar a la gente de las novedades. ¡Qué falta que les hace la televisión! O por lo menos la radio. Entre otras cosas, los tipos encargados de fijar los bandos, que se colocan en los árboles o en postes de alumbrado, generalmente van a caballo, y algunos los ponen tan altos que hay que romperse el cuello para leer lo que dicen.

La plaza no estaba repleta como ayer, pero sí había alguna gente que iba justamente para eso, para ser los primeros en enterarse de la noticia oficial. Yo fui con don Blas y por el camino aproveché para preguntarle por Mariano Moreno.

—¿El doctor Moreno? —repitió don Blas, asombrado por mi interés—. Es amigo de Belgrano y de Castelli. Muy buen abogado: por algo lo eligieron los comerciantes ingleses para que los represente.

—Es que va a ser muy importante en la revolución.

—¡No lo puedo creer! —decía don Blas—. Si ni siquiera venía a las reuniones de Vieytes y Rodríguez Peña. El doctor está en buenas relaciones con todo el mundo. Con Cisneros, para empezar: es casi amigo personal.

Esta vez el que no lo podía creer era yo.

—Pero le aseguro, don Blas, que él va a estar en el primer gobierno patrio...

—Eso no me extrañaría —me explicó don Blas—. Moreno es el abogado personal de don Martín de Álzaga, el hombre más rico de la ciudad. Y muy poderoso políticamente. Más todavía: el año pasado Moreno apoyó a Álzaga y a los demás sarracenos en el alzamiento de los españoles contra el virrey Liniers y en contra de los criollos.

Se ve que la realidad es mucho más confusa que los manuales de la escuela. Traté de convencer a mi amigo de todo lo que iba a hacer Moreno, pero movía la cabeza sonriendo.

Al fin vimos el bando, que decía tres cosas importantes:

- Cosa 1: que el Cabildo se hacía cargo del mando hasta que se eligiera una junta para gobernar en nombre de Fernando VII.

- Cosa 2: Que elegirían la junta enseguida.

- Cosa 3: Que esa junta gobernaría hasta que se reunieran los diputados de todas las provincias para establecer el gobierno más conveniente.

—Muy bien —dijo don Blas, contento—. No son grandes novedades para nosotros. Se confirma lo que todos dicen.

Entonces me golpeé la frente con la mano. Don Blas se asustó.

—¡Manuelito, qué te pasa!

—¡Es que casi me olvido! ¡En este momento ya decidieron cómo va a ser la junta trucha!

—¿Junta trucha? —repitió don Blas. A veces me costaba entenderme con esta gente.

Le expliqué con el mayor detalle que pude lo que había pasado. Resulta que Saavedra había votado por la destitución del virrey, opinando que la junta de gobierno tenía que elegirla el Cabildo. Y un montón de criollos votaron detrás de él, adhiriendo a su voto. ¡Pero el Cabildo era un peligro! No el Cabildo Abierto de todos los vecinos, sino el de los funcionarios que gobernaban siempre la ciudad. Allí había muchos enemigos. ¡Nos iban a traicionar! A esta altura del día, el síndico Leiva había nombrado una junta de gobierno ¡con el mismísimo virrey a la cabeza, como presidente!

—Pero eso no es posible. No lo van a aceptar las milicias. Ni el pueblo.

—Don Blas, hay que ponerse a trabajar ahora mismo. En los cuarteles tienen que saber lo que está pasando. En la junta nueva, además del virrey, van a estar como vocales Saavedra y Castelli y otros dos que no me acuerdo.

—¿Y ellos aceptaron?

—Aceptaron o van a aceptar. Usted sabe cómo es Saavedra: que las peras no están maduras y todo eso.

—Las brevas, Manuel, las brevas, no las peras.

—Bueno, él es un tipo que quiere que todo vaya poco a poco. ¡Pero nosotros lo tenemos que apurar! ¡Pasado mañana tenemos que ser libres de España!

—Si lo que me decís es cierto, es importante que nuestros amigos lo sepan ya. Yo mismo iré a entrevistarme con Antonio Beruti. Y al Cuartel de las Temporalidades, donde están los patricios.

Don Blas me dejó en casa y salió a caballo a informarse un poco más y hacer correr la noticia de lo que estaba pasando. Cuanto antes se enteraran todos, mejor.

Margarita nos contó que había estado allí la señora de Velazco, medio ahogada de indignación por la noticia de la sustitución del virrey. Claro, ella no sabía todavía que el virrey seguía, ahora como presidente de la Junta. Además de hablar maravillas de Cisneros, le había contado que un grupo de “facciosos, descreídos y libertinos” había roto a pedradas los vidrios en la casa del doctor Villota.

Pero, cuando se fue don Blas, el asunto se me puso bravo. Porque Margarita me encaró de una manera tal que no pude zafar. Ella tenía anotado en un cuadernito un montón de cosas que yo le había dicho que le sonaban raras, que no encajaban unas con otras, o que demostraban que yo sabía lo que iba a pasar antes de que pase.

—Manuelito —me dijo. Cuando está enojada siempre vuelve al diminutivo—. No te va a resultar tan fácil engañarme. ¡Vos no venís de Europa!

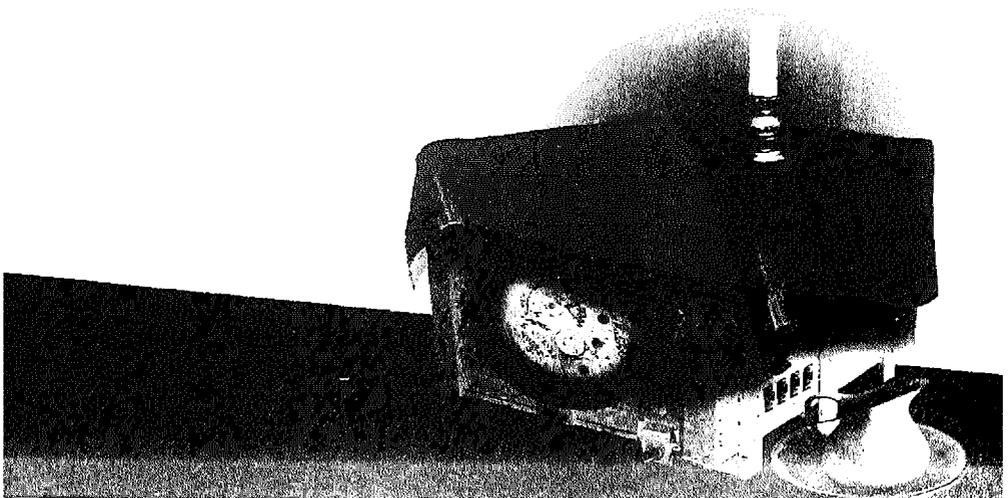
Yo empecé a tartamudear y a dar excusas, pero ella tenía guardado un as en la manga.

—He descubierto algo que te interesa mucho. ¡Muchísimo! Pero no lo tendrás hasta que no me digas toda la verdad. No me importa si se trata de magia negra o brujería, no pienso denunciarte.

Me di cuenta de que no quedaba más remedio que decirle la verdad. Pero, ¿cómo explicarle que no venía de otro lugar, sino de otro tiempo? ¿Qué era para ella el futuro? ¿Cómo hacerle entender que todo podía llegar a cambiar tanto? Y sin embargo no fue tan difícil. Después de todo, ella ya había visto fotos y escuchado grabaciones. Y además me enteré de que había descubierto la

ropa con la que vine de casa. Se asombró mucho, pero me creyó. Y como prueba de confianza me agarró de la mano y me llevó al cuarto de Remigia, que había ido a darle uno de sus famosos téis de yuyos al hijo de un vecino. A mí me daba miedo entrar allí, y lo disimulé diciendo que no me parecía correcto para una señorita distinguida meterse a revisar las cosas de los esclavos. Pero ella me tiro-neaba. Su mano estaba tibia y me gustaba sentirla apretada a la mía.

En la pieza de Remigia hay muchos bultos y cajas. Al lado del catre donde duerme la negra, hay una especie de mesita de luz cubierta por una tela. Margarita levantó la punta de la tela floreada. La mesita de luz de Remigia era mi máquina del tiempo.





Del diario de Margarita

24 DE MAYO DE 1810

Estoy escribiendo tarde, por la noche, cuando todos en la casa tratan de dormir. También yo debería intentarlo, porque estoy muy cansada pero al mismo tiempo, agitada por las emociones violentas que los sucesos de estos días nos provocan, me resulta muy difícil entregarme al sueño.

Manuel me ha revelado la fantástica verdad de su procedencia. Es demasiado complejo para intentar ponerlo en palabras. Yo misma no me lo puedo explicar del todo y sin embargo, sé que es cierto... De alguna manera confirma y explica mis sospechas, e incluso las de Remigia.

Ayer mismo el abuelo supo por Manuel (ahora no me asombra su extraña facultad de predecir el futuro) que el síndico Leiva, en nombre del Cabildo, estaba armando una junta presidida por Cisneros. Apenas se enteró de lo que se estaba tramando, don Blas le hizo conocer la noticia a

Antonio Beruti para que movilizara a los infernales, y él en persona la llevó al Cuartel de las Temporalidades, donde están los batallones 1 y 2 de Patricios.

Esta mañana la ciudad despertó con la confirmación de la burla a la voluntad popular. Ni el abuelo ni yo nos sorprendimos de que, una vez más, Manuel hubiera sido capaz de adivinar los sucesos. Un bando anunciaba la formación de la Junta tan deseada, que integraban, entre otros, Saavedra y Castelli, ¡pero con el virrey como presidente! Porque a Cisneros no solo se le mantenía el tratamiento de virrey, la renta y todas las prerrogativas de su dignidad, sino también, y sobre todo, ¡el mando de las tropas! Aun a pesar de que el día anterior había cesado en el cargo y había entregado el bastón y la banda, insignias del mando.

Los Velazco en pleno, madre, padre y el tonto de José Antonio, pasaron en su galera (son una de las pocas familias de la ciudad que tiene carruaje) para invitarnos a ver la asunción de Cisneros en su nuevo cargo. No podían (ni querían) disimular su satisfacción. Saben bien cómo pensamos nosotros, y se regodeaban en su triunfo. Sin embargo, con permiso del abuelo, acepté ir con ellos. Aunque me rechinaran los dientes de odio,

no quería perderme el espectáculo. Las mujeres lo veríamos desde la ventanilla del coche. Y sentía que, por una vez, era yo la que debía alejarme de Manuel. La mirada fulminante que le echó a José Antonio me reconfortó un poco.

En la plaza, a las tres de la tarde, había poca gente. Cisneros atravesó la plaza caminando solemnemente a pesar de la llovizna. Iba sin bastón ni banda, muy elegante con su lujoso uniforme de la marina española y rodeado por los cuatro vocales. Además de Saavedra y Castelli, reconocí a don Incháurregui, un comerciante amigo de mi abuelo, y al cura rector de la iglesia de Montserrat, un tal Solá. Don Velazco padre y Juan Antonio se habían bajado de la galera y formaban parte de un pequeño grupito que daba vivas al nuevo gobierno, mientras unos pocos de los nuestros lanzaban risotadas y gritaban contra el virrey. Di vuelta la cabeza, porque no podía soportar el espectáculo, y vi por la otra ventanilla que dos jóvenes arrancaban y hacían trizas uno de los bandos en el que se informaba sobre la nueva Junta. Me imaginé que esto debía estar sucediendo en toda la ciudad. No podía creer que el pueblo de Buenos Aires soportara semejante afrenta. ¡Y no la soportó!

Cuando los Velazco, contentos como unas pascuas, me dejaron en casa y se fueron a organizar un convite, ya se estaba organizando la rebelión.

Gracias a Manuel y al abuelo, que el mismo 23 los alertaron de la traición que se preparaba, los soldados, cabos y sargentos de los diferentes regimientos les hicieron saber a sus oficiales que ellos, que se consideraban el pueblo, de ningún modo aceptaban que se mantuviera en el poder a Cisneros. Los oficiales, a su vez, le comunicaron a los jefes (que habían jurado ante Leiva, el síndico del Cabildo, sostener a la nueva y maldita Junta) el rechazo a la reposición del virrey.

Agotado pero feliz, el abuelo trajo a la hora de una cena tardía las últimas novedades. Poco después del espectáculo de la plaza, que tanto me había angustiado, Chiclana, capitán del Regimiento de Patricios, le arruinó el "cocido" a Leiva y a los demás funcionarios españoles del Cabildo. El síndico estaba recibiendo felicitaciones de los Velazco y de otros vecinos, que forman la llamada "parte principal y sana" de la ciudad, por haber encontrado una fórmula salvadora que evitaba toda clase de disturbios y riesgos. Pero el capitán Chiclana lo enfrentó con otra realidad.

—Al pueblo no le acomoda que el virrey quede bajo ningún aspecto —le soltó en la cara.

Parece que Leiva se puso rojo furioso. Le respondió que el pueblo había depositado su autoridad en el Cabildo y lo mandó al cuartel “arrestado por impostor”.

Aquí el abuelo comentó que estaba clarísimo que Leiva y Chiclana no hablaban del mismo pueblo. Y después nos siguió contando que la agitación crecía y que existía la posibilidad cierta de que las milicias populares de Patricios, Arribeños y Andaluces marcharan sobre el fuerte donde se encontraba Cisneros, custodiado por los granaderos de Terrada. Por suerte, no habría lucha, porque los granaderos eran también milicianos y criollos.

Mientras el abuelo nos contaba todo lo sucedido, Manuel sonreía, muy contento. Y me di cuenta de que las cosas estaban pasando como él sabía que debían pasar. Entonces pensé que en algún momento, quizá muy pronto, Manuel regresaría a su tiempo. Y sentí una especie de mareo al comprender que ya no volvería a verlo. Porque, si él se marchara lejos, a Tucumán, o incluso más lejos todavía, a Europa, por ejemplo, yo tendría que viajar días y días en carreta o meses en barco para

verlo, pero eso podría hacerlo. En cambio, ¿viajar al futuro...? Me puse tan pero tan triste con estos pensamientos que, casi sin darme cuenta, las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas.

—¡Pero, vamos, *m'hijita!* ¿Qué pasa? Estos no son momentos de lágrimas, sino de alegría —me dijo el abuelo.

—Es la emoción —le contesté, para disimular.

Manuel, por su parte, me miró a los ojos y creo que se dio cuenta de lo que yo estaba sintiendo, porque, en un momento en que el anciano se distrajo leyendo unos papeles, se acercó a mí y me acarició muy suavemente la mejilla.

—Siga contando, abuelo —pedí tratando de que no se notara mi tristeza ni la turbación que me había producido la caricia.

Entonces él continuó diciendo que, a eso de las ocho de la noche, un grupo de oficiales patricios fue a avisarle a Saavedra que la situación de descontento era muy grave y que, si Cisneros no salía de la Junta, los regimientos se iban a levantar en armas.

—¡Cómo le habrá pegado eso a Saavedra! —intervino Manuel.

—¿Los oficiales le pegaron? —pregunté alarmada.

—No —sonrió mi amigo—. Es una manera de decir que...

—...lo afectó seriamente —completó el abuelo—. Por supuesto que sí, porque él debía estar seguro de que los patricios lo obedecerían ciegamente. Lo debe de haber sorprendido el exabrupto de Chiclana diciéndole a Leiva que “al pueblo no le acomoda”.

—¿Y después? —preguntamos Manuel y yo a coro, como si lo hubiéramos ensayado.

Don Blas siguió contándonos que Castelli también había sido convocado a la casa de Rodríguez Peña, donde sus amigos lo pusieron al tanto de lo que estaba pasando y lo persuadieron de que debía renunciar. Él estuvo allí personalmente y nos contó que, mientras todos discutían en el comedor, Manuel Belgrano (que además de abogado es el sargento mayor de los patricios), como estaba muy cansado y sin dormir, se había ido a recostar a la habitación contigua. En un momento en que nuestros amigos parecían dubitativos con respecto a qué decisión tomar, Belgrano se levantó de golpe, furioso, entró en el comedor con la espada desenvainada y, poniendo la mano sobre la cruz de la empuñadura, dijo así:

—¡Juro a la patria y a mis compañeros que, si mañana a la tres de la tarde el virrey

no ha renunciado, yo mismo lo derribaré por las armas y lo arrojaremos por la ventana de la fortaleza!

Por supuesto, después de eso, todo se encaminó hacia el único desenlace admisible.

Mientras tanto a Saavedra se le ocurrió, como manera de tranquilizar los ánimos, que Cisneros dejase el mando de las armas. Pero, cuando se lo propusieron, él prefirió renunciar. Los patriotas, por supuesto, ya habían tomado la decisión de hacer lo mismo. Fue Castelli quien escribió la renuncia colectiva. En ella se instaba a la elección de aquellos que podían merecer la confianza del pueblo.

Parece que, cuando Saavedra llegó al Cuartel de las Temporalidades, debió calmar al Regimiento de Patricios. Oficiales y soldados querían marchar inmediatamente sobre el fuerte para sacar al virrey y a la junta. Don Cornelio les explicó que ya no era necesario porque todos habían renunciado.

—¿Y ahora qué va a ocurrir? —le pregunté yo al abuelo.

—Ahora se va a formar la verdadera junta en lugar de la trucha —respondió inmediatamente Manuel.

Me quedé mirándolo.

—¿La trucha no es un pez? ¿Y qué tiene que ver un pez...?

—En este caso, se puede decir que a la junta trucha la pescaron —dijo mi amigo y empezó a reírse a las carcajadas, como si hubiera dicho algo realmente gracioso.

Yo estaba muy seria mientras pensaba que, a veces, él se porta como un tonto de capirote. Pero, ahora que estoy escribiendo lo que pasó, también me doy cuenta de que enojarme o mirarlo con desdén es una manera de no sentirme tan triste al pensar que va a irse y que nunca más voy a volver a verlo...

Aunque, pensándolo bien, ¿qué pasaría si ese cajón que él llama “máquina del tiempo” desapareciera para siempre...?

DEL REGISTRO DE EMANUEL

25 DE MAYO DE 1810,
AL MEDIODÍA

Somos casi libres. Bueno, ellos son casi libres. Digo, los que viven aquí, en 1810. ¿Ellos son nosotros? Y yo ¿qué soy? Ya no sé qué soy, ni quién, ni de dónde, ni de cuándo. ¿Soy Manuel o Emanuel? Me duele la cabeza y no hay aspirina que valga. A lo mejor porque casi no dormí en toda la noche, por la gritería que venía del cuartel de patricios. Allí debían de estar Chiclana y Vieytes, que son los dos capitanes, discutiendo con otros oficiales y arengando a las tropas. Los milicianos estaban furiosos porque, con el nombramiento de esa estúpida Junta, con Cisneros a la cabeza, les habían hecho pito catalán.

Esta mañana todavía no se sabía públicamente que ya el virrey y los vocales habían renunciado. Bien temprano, don Blas y yo nos fuimos a la plaza, caminando por las calles vacías de la ciudad. Había sudestada y, con el viento, la llovizna

parecía que nos clavaba agujas en la cara. Ya había un grupo de gente. Nos juntamos con ellos, todos metidos debajo de la recova, para protegernos un poco.

En eso sale un empleado del Cabildo, uno de los escribientes, y nos cuenta que los capitulares, que son los funcionarios del Cabildo, fueron llegando tempranito, desde las ocho de la mañana y, solo entonces, se desayunaron con que la junta con Cisneros había renunciado. Parece que Leiva se llevó tremenda sorpresita, él estaba convencido de que había hecho todo bien.

¿Quieren creer que los muy estúpidos van y le rechazan la renuncia? Según nos dijo el escribiente, él mismo tuvo que pasar en limpio una nota rechazando la renuncia de Cisneros y los demás, y diciendo que el virrey tenía la obligación de mandar a las tropas a reprimir a los que no estaban contentos. ¡Ja, ja, como si los patricios y los demás milicianos le fueran a obedecer a Cisneros! Yo no lo podía creer, hay que ser negado. Los tipos no terminaban de darse cuenta de lo que estaba pasando.

Bueno, todos los que estábamos en la recova dijimos: Esto no puede ser, hay que meterse y hacerles entender la realidad. ¿Cuántas veces va a tener que renunciar Cisneros para que estos se

convenzan de que no va más? La gente, don Blas entre ellos, subió por las escaleras haciendo bochinche. Varios se les metieron en la sala donde estaban reunidos los cabildantes. Yo tenía órdenes de quedarme en la recova, pero me metí con la multitud, atrás de todo, para que don Blas no me viera.

—¡Cisneros no puede estar en la junta!
¡No es eso lo que pide el pueblo!

—Pero el pueblo aceptó delegar su autoridad en nosotros —aseguró Leiva, muy compuesto.

—¡Traidores! ¡Chivatos! —gritaba la gente. También gritaban otras cosas que nunca me hubiera imaginado en boca de los próceres.

—¡Se decidió por votación que el virrey sería depuesto!

—Serenidad, señores —pidió Leiva—. Vamos a meditar sobre el asunto con calma y madurez.

—¡Con calma y madurez los vamos a sacar a todos a patadas! —se escuchó una voz acalorada.

—Ahora nos vamos, pero si esto no se resuelve inmediatamente, ¡aquí va a correr sangre!
—dijo otra voz.

Viendo que la multitud empezaba a retroceder, me apuré a plantarme otra vez en la recova. En eso me entra en el celular un mensaje de

Francis. Yo le había escrito el día anterior diciendo que había aparecido la máquina del tiempo.

“Volvé pronto”, decía el mensaje. “Pasaron 2 horas. Tu mamá preocupada. Pregunta x q no atendés celu”.

Pero no me iba a ir justo en la mitad del 25 de mayo. Después de todo, ¿para qué había venido a 1810?

Eso digo yo: ¿para qué habré venido a 1810? ¿Para qué la habré conocido a Margarita? Hasta hace poco estaba desesperado por volver a casa. Ahora ya no sé. ¿Tengo tantas, tantas ganas de irme? Y, la verdad que de a ratos sí. Extraño a mi familia. Y tantas otras cosas... ¿Y si la invito a venir a casa? ¿Aunque sea por unos días? No, es imposible, si no cabe conmigo en la máquina... Ayer la probé y apenas quepo yo, se ve que engordé un poco. ¿O habré crecido? Aquí no hay centímetros. Usan otras medidas que no entiendo bien.

Puf, yo creí que hoy iba a ser todo más fácil, pero a cada momento vuelvo a tener dudas de que las cosas se resuelvan como corresponde. Sin embargo, me dio mucha tranquilidad cuando vi que llegaban al Cabildo los jefes militares (todos menos Saavedra), porque reconocí a muchos de los patriotas que se reunían en lo de Vieytes.

Algunos subimos detrás. Esta vez don Blas no trató de dejarme en la recova, ya se había dado cuenta de que era inútil. Yo puse la oreja en la puerta para escuchar lo que decían (mi oreja está justo a la altura de la cerradura) y les iba pasando la información. Los cabildantes les pidieron a los militares que defendieran al virrey y a la junta trucha. Algunos directamente no contestaron, pero otros dijeron bien clarito que, no solo no podían sostener al gobierno, sino que ni siquiera se podían sostener a ellos mismos contra el pueblo y la tropa sublevados.

Pero a don Blas le pareció indigno eso de que uno de nosotros tuviera que estar espiando para enterarnos de lo que pasaba.

—¡Qué vergüenza! —dijo—. ¡Estas deliberaciones deberían ser públicas! —Y golpeó con fuerza la puerta de la sala gritando—: ¡El pueblo quiere saber de qué se trata!

¡Era nada menos que mi amigo don Blas el que había dicho la famosa frase que tantas veces escuché!

Un rato después llegó un grupo que traía ya un petitorio más organizado. Forzaron la puerta de la sala y se metieron, mientras nosotros nos quedábamos atrás. Venían a pedir cosas muy concretas.

—¡Este Cabildo se pasó de la raya! —gritó un exaltado—. ¡Se terminó! ¡La autoridad vuelve al pueblo!

—Calma, señores, calma —pedían los cabildantes—. Hemos enviado a pedir la renuncia de Cisneros.

—¡Eso ya no es suficiente! —se adelantó otro—. ¡Aquí traemos los nombres de la nueva junta!

—¡Ahora mismo hay que organizar una expedición armada al interior, para llevar esta revolución a todo el país!

—Pero señores, ¿con qué dinero podríamos costearla? —salió a decir Leiva.

Y todos empezamos a gritar a coro

—¡Con el sueldo del virrey y con el de ustedes, traidores! ¡Trataron de engañar al pueblo que les da de comer!

Yo escuché las palabras “revolución” y “expedición armada” y supe que ya estaba todo cocinado. Listo. Podía estar tranquilo. No fue nada fácil, pero lo había logrado. El 25 de mayo de 1810 iba a asumir nuestro primer gobierno patrio. Cuando me di cuenta, sentí como que se me aflojaban las rodillas y me entró un cansancio enorme.

Don Blas quería quedarse en la plaza o por lo menos en la recova. Estaba como loco, tan emocionado que parecía que el frío, el viento y la lluvia no le hacían nada. Yo me volví para casa, con ganas de contarle a Margarita todo lo que había pasado. Pero, cuando llegué aquí, para mi sorpresa, Margarita se había ido a la plaza con la señora de Vieytes. Me dieron ganas de volverme para allí, pero Dorotea había preparado por orden de Remigia una deliciosa mulita a las brasas y las dos estaban furiosas porque nadie se quedaba para almorzar. El aroma de la mulita (es mi plato de 1810 preferido) y la sensación de que las piernas no me sostenían me decidieron a quedarme. Así que ahora estoy grabando, después voy a comer y después veré qué hago. Me da un poco de vergüenza contar esto, pero es la verdad: tengo un nudo en la garganta y, si no me aguanto, en cualquier momento me pongo a llorar.



Del diario de Margarita

25 DE MAYO DE 1810,
POR LA NOCHE

¡Este 25 de mayo de 1810 quedará para siempre en la Historia! ¡Se ha formado el primer gobierno elegido por el pueblo, no solo “por la parte principal y sana”, sino por todos los que decidieron hacer oír sus voces con tanta fuerza, que hasta el sordo de Cisneros debió escucharlos!

Esta mañana temprano el abuelo y Manuel salieron juntos hacia la Plaza de la Victoria. Yo, por un lado, me moría de ganas de ir con ellos, aunque seguramente el abuelo habría alegado que aquello era una cuestión de hombres. Sé que no habría sido tan difícil convencerlo de que era también un asunto de mujeres, pero no dije nada porque pensé que quedarme sola era una buena oportunidad para considerar si me deshacía definitivamente del cajón que mi amigo llama “máquina del tiempo”. Pensaba, por ejemplo, qué ocurriría si lo usaba para alimentar el fuego de la cocina. Sabía

que de ese modo podría retrasar por varios meses la partida de Manuel, porque, según me explicó él, cuando el cajón estaba desaparecido su tío Francis le había dicho en “un mensaje de texto” (un lenguaje extraño que aparece en la “caja mágica”) que él podía construir otra máquina en un par de días de “allá” (que, por cierto, son meses de “acá”). Yo también pensaba que, si tiene que quedarse meses, tal vez Manuel ya no quiera volver “allá” y se quede “acá” para siempre. Aunque tampoco pude dejar de tener en cuenta que uno de los grandes problemas de hacer arder el preciado cajón es que, después de eso, lo más probable es que él ya no quiera seguir siendo mi amigo.

Estaba en tales cavilaciones cuando, hacia el mediodía, ocurrió algo extraordinario. Doña Josefa, la esposa de Vieytes, acompañada de sus dos hijos, Carlota Joaquina (la llamaron así en honor de la infanta española, hermana de Fernando VII) y José Benjamín, vinieron a buscarme ¡para ir a la plaza!

—¡La patria está naciendo y las mujeres tenemos que estar presentes! Tu madre, sin duda, habría estado allí —dijo doña Josefa Vieytes mientras me apuraba para que buscara mi capa.

La mención de mamá me llenó de emoción y de ganas de participar, y entonces abandoné mis pensamientos funestos (funestos es una palabra que usa mucho Racine en las obras que estoy leyendo con *monsieur* Clarmont) y, pese a las protestas de Remigia, que amenazaba con el terrible enojo de mi abuelo cuando regresara, me marché con mis amigos.

Íbamos por las calles embarradas, tratando de evitar los charcos que una semana de lluvias incesantes había hecho crecer desmesuradamente. Cuando por fin llegamos, debimos, como los demás, protegernos de la lluvia en la recova. Yo miraba a uno por uno de los que estaban allí, buscando a Manuel y al abuelo. No los vi y me imaginé que podrían estar dentro del Cabildo o que, tal vez, cosa más improbable, se habían marchado.

De pronto, pudimos observar cómo, en el balcón por el que salen los funcionarios a hablar con la gente, se producía una especie de tumulto y se armaba un enorme griterío. A la noche, cuando ya todos estábamos en casa, supe por el abuelo lo que había ocurrido en aquel momento. El síndico Leiva, a quien ya le habían presentado el petitorio con la nueva junta, pidió que lo ratificara el pueblo

reunido en la plaza. Al asomarse Leiva por el balcón y considerar que el número de gente presente era “corto”, preguntó con ironía dónde estaba el pueblo. Parece que la burla casi le cuesta muy cara. Los ánimos estaban muy caldeados y Beruti dijo que, si no se podía tañer la campana del Cabildo porque no tenía badajo (lo hizo quitar Liniers el 1º de enero de 1809 después de la conspiración de Martín de Álzaga y los sarracenos), entonces se tocaría a generala. Esa era una amenaza muy grave: significaba que saldrían a la calle las tropas armadas que estaban esperando el desarrollo de los acontecimientos y entonces ¡correría sangre! En ese momento, según el abuelo, testigo directo de la situación, Leiva tomó conciencia de que los peticionantes no estaban jugando y, para alivio de toda la ciudad ya que habría sido espantoso que se produjeran enfrentamientos armados, accedió a los requerimientos.

Después del tumulto y el griterío, el secretario del Cabildo volvió a asomarse por el balcón y leyó parte del petitorio. No alcanzó a leerlo todo porque la lluvia arreciaba y la gente se disperaba buscando protección bajo techo.

—¡Margarita! —escuché una voz conocida a mis espaldas.

Cuando giré, me encontré con mi amiga Bernardina, acompañada por su marido. Nos abrazamos emocionadas y felices de estar allí, y participando de aquello que traería grandes cambios a nuestra vida.

—¡Ya está, tenemos junta! —exclamó él, muy emocionado.

Luego, nos pidió que regresáramos todos a casa. Y le dijo a Bernardina que fuera conmigo, que, cuando terminara en el Cabildo la jura de la nueva Junta, él iría a buscarla. Agregó que no valía la pena que nos quedáramos esperando bajo el agua.

Mi amiga, por su parte, persuadió a doña Josefa de que no era necesario que nos acompañara de regreso. Después de todo, Bernardina es una mujer casada, una señora como muy pronto lo seré yo misma.

Es raro, pero al escribir estas cosas, pienso en Manuel y me lleno de tristeza. ¿Será eso que llaman “amor” lo que yo estoy sintiendo por él?

Mejor abandono estos pensamientos y sigo con mi relato.

Cuando, mojadás y felices, Bernardina y yo llegamos a casa, Remigia nos esperaba con chocolate caliente y pastelitos de dulce de membrillo.

También nos esperaba mi amigo, que acababa de levantarse de una larga y reparadora siesta. Sentados a la mesa, los tres engullimos, mientras que, entre bocado y bocado, hablábamos sobre todos y cada uno de los acontecimientos que se habían sucedido durante la intensa semana. Tan entusiasmados estábamos que las horas volaron sin que nos diéramos cuenta hasta que de pronto escuchamos el repique de campanas y las salvas de artillería que nos hicieron saber... ¡que la Junta ya estaba en el gobierno!

En ese momento, Manuel se levantó del sillón y empezó a saltar y a bailar como yo lo había visto hacer cuando puso esa música que trajo de "allá". Bernardina se quedó con la boca abierta ante las contorsiones de mi amigo.

—¡Lo conseguimos, lo conseguimos! —gritaba él, y seguía moviéndose como solo pueden hacerlo los negros cuando bailan al son del tambor.

En ese momento entró el abuelo, acompañado del marido de Bernardina, pidiendo a grandes voces que encendiéramos las velas de todos los candelabros y dejáramos abiertos los postigos de modo que la iluminación se viera desde la calle. Sucedió que para festejar la instalación de la nueva Junta, se había intentado

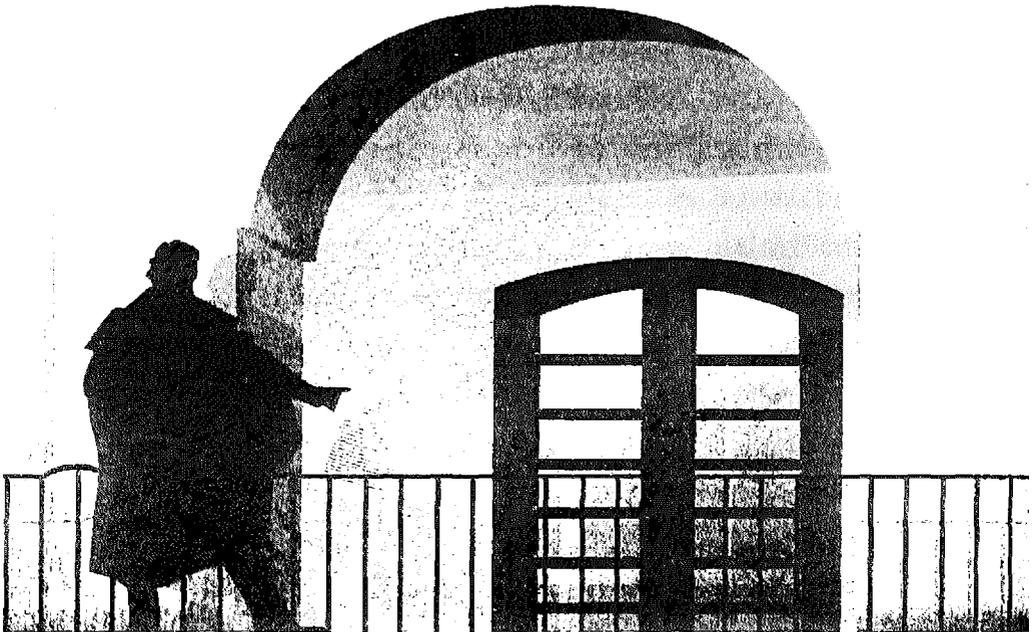
hacer luminarias, encendiendo las luces de toda la ciudad, pero la lluvia y el viento apagaron todos los faroles. Entonces a alguien se le había ocurrido iluminar desde el interior de las casas.

Inmediatamente encendimos las velas de todos los candelabros y abrimos los postigos, al mismo tiempo que se abrían los de las otras casas. Solo unos pocos permanecieron cerrados, los que pertenecían a las familias godas que no tenían nada que celebrar.

Era hermoso estar allí, rodeada de la gente que yo quería y sintiendo que formaba parte de algo más grande, que estaba unida por un hilo invisible a todas aquellas personas que, en la intimidad de sus casas iluminadas a pleno, celebraban junto a nosotros el nacimiento de la patria.

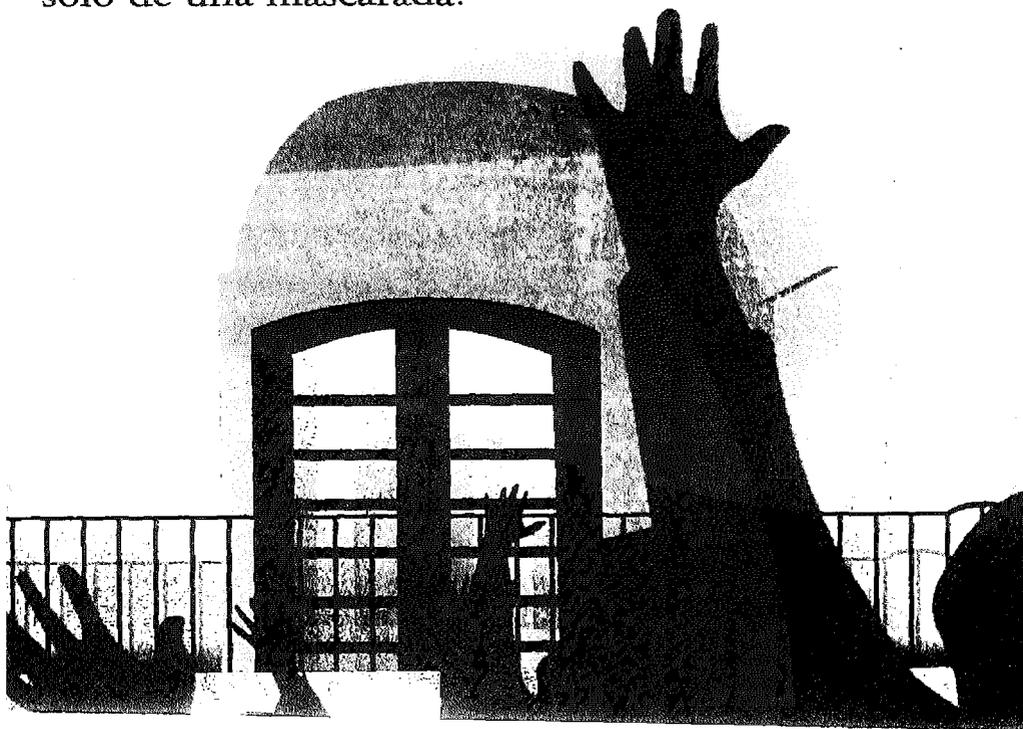
Manuel les pidió al abuelo y al marido de Bernardina que nos contaran con todo detalle cómo había sido la jura de la nueva junta. Y entonces, entre los dos, hicieron el relato. Así supimos que la ceremonia había sido verdaderamente solemne y muy conmovedora. Los funcionarios del Cabildo habían ocupado sus asientos bajo el dosel recubierto de lujosas sedas de damasco, símbolo de su autoridad. A uno y otro costado formaron los comandantes militares, los dignatarios

religiosos (entre las que no estaba, por supuesto, el obispo Lué), vecinos principales, partidarios del nuevo gobierno. En medio de un gran silencio en el que se podía adivinar la emoción de todos los asistentes, los miembros de la junta entraron por el centro. Y, a una señal que hizo el alcalde Lezica, todos ellos se arrodillaron delante de la mesa. Entonces el síndico le alcanzó los Evangelios al presidente Saavedra y le hizo poner sobre ellos la palma de la mano. Castelli puso a su vez, la mano sobre el hombro de Saavedra y Belgrano puso la suya sobre el hombro de Castelli. Y así, tomados por los hombros y formando una fila, se fueron



sumando los demás integrantes: el teniente coronel Miguel de Azcuénaga, el presbítero Manuel Alberti, los comerciantes Domingo Matheu y Juan Larrea (todos ellos vocales) y los secretarios de la junta, los abogados Juan José Paso y Mariano Moreno.

Saavedra, antes de jurar, hizo saber que el día anterior había renunciado como vocal y que aceptaba el nuevo cargo para contribuir a la tranquilidad pública y a la salud del pueblo. Todos juraron gobernar en nombre de Fernando VII, pero, a esta altura, ¿quién no sabía que se trataba solo de una mascarada?



Mientras el abuelo y el marido de Bernardina nos hacían el relato, tanto ellos como nosotros teníamos los ojos llenos de lágrimas. Lo mismo había ocurrido con los asistentes al Cabildo en el momento en que los funcionarios bajaron de sus asientos e invitaron a los integrantes de la nueva junta a ocupar su lugar bajo el dosel.

El presidente Cornelio Saavedra, fuertemente conmovido y con voz que denunciaba su esfuerzo por contener el llanto, exhortó a todos los presentes a mantener el orden, la unión y la fraternidad, así como rogó que se guardara respeto a la persona de Cisneros y a su familia.

Luego, entre las salvas de artillería y los repiques de campana que habíamos oído desde la casa, los integrantes de la junta pasaron al fuerte a hacerse cargo de sus puestos.

Mientras los narradores concluían su relato, desde la cocina llegaba el delicioso aroma de la carbonada que estaba preparando Dorotea. Y, a pesar de que Bernardina, Manuel y yo nos habíamos atiborrado de pastelitos, comimos como náufragos rescatados de una isla desierta después de varios días de ayuno.

—Esto está tan bueno como la mulita asada que comí al mediodía —dijo Manuel mien-

tras daba buena cuenta del guiso de carne cocinado dentro de un gran zapallo.

—Este plato, aunque pocos lo sepan, es de origen belga y se llama *carbonnade*. En su país natal no lleva maíz, como le ponemos nosotros, sino cebolla y cerveza —explicaba el marido de Bernardina, mientras también comía con muy buen diente.

Para terminar la deliciosa comida que festejaba al primer gobierno patrio, hubo dos postres muy dulces, ambrosía (manjar de los dioses) y huevos quimbos, mi preferido.

—¡Qué lástima descubrir estas delicias justo ahora! —dijo Manuel mientras repetía una porción de ambos postres.

—¿Por qué? ¿Es que acaso te vas a marchar? —preguntó Bernardina.

—En casa me están esperando —respondió él, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Yo sentí que algo doloroso se me clavaba en el pecho. Y entonces comprendí que, por más que quisiera retener a mi amigo, no podía ser tan egoísta como para privarlo del amor de su familia. Y, mientras estos pensamientos daban vueltas en mi cabeza, la dulzura de los huevos quimbos llenaba mi boca y aligeraba, levemente, la pena.

DEL REGISTRO DE EMANUEL

DE VUELTA EN EL SIGLO XXI

Estoy en mi casa. Estoy en mi cama. Estoy en el siglo XXI. Estoy enfermo. Siento el olor a suavizante de las sábanas y me hace mal. Mi mamá viene a cada rato a ponerme la mano en la frente y eso me hace bien. No fui a la escuela. No sé cuándo voy a poder ir. El ruido de las calles me aturde, los gases de los autos y los colectivos me molestan. No tengo ganas de ver a mis amigos. Tengo fiebre. El doctor dice que es gripe. Ya no soy Manuelito. Tampoco soy Emanuel. Lo único que puedo asegurar es que no soy el mismo chico que se fue. Escuché la primera parte de este diario y me parecía que lo había grabado otra persona. Un mocoso, habrían dicho en la casa de Margarita. Me siento tanto más grande. Estoy haciendo lo único que puedo hacer: terminar de grabar este diario para que me quede aunque sea el recuerdo de mis aventuras. Quién sabe si voy a

poder volver alguna vez. Allí, yo era un personaje muy especial. Aquí soy otra vez un pibito de doce años, demasiado petiso para su edad. Aquí, igual que todo el mundo, no tengo la menor idea de lo que va a pasar al día siguiente, y ya eso solo me resulta raro.

No fue fácil tomar la decisión de venirme. Por un lado, extrañaba muchísimo todo. Por otro lado, me costaba dejar esa casa, esa gente, esa locura de emoción y alegría que tenían todos el 25 de mayo, y que yo estaba compartiendo, para volverme a este mundo donde nadie está contento con lo que pasa y se la pasan protestando y diciendo que antes era mejor. Pero, además, estaba Margarita. ¿Así será enamorarse, como en las películas? ¿Esas ganas raras que tengo ahora de tenerla abrazada otra vez? Sí, la abracé. Bien fuerte. Y, si cierro los ojos, me acuerdo de la sensación de tenerla apretada contra mí. Aunque, en el momento, lo único en que podía pensar era en que, como ella es bastante más alta que yo, mis rulos le debían de estar haciendo cosquillas en la nariz. Casi es mejor el recuerdo.

Ayer a la tarde, en 1810, todas las autoridades de la ciudad, la gente del Cabildo, los jueces de la Audiencia, los funcionarios del Consulado,

deben haber prestado juramento a la Primera Junta. Me parece que nunca me voy a acostumbrar a hablar de esa época como si fuera el pasado lejano. Ahora me pregunto qué estará haciendo Margarita, siento como si estuvieran pasando cosas aquí y allí al mismo tiempo, como si viviera en dos presentes, como si me hubiera ido de un lugar, en vez de irme de una época.

Si sigo pensando me voy a volver loco. Mejor cuento lo que pasó. Mejor lo cuento rápido, porque otra vez se me hace un nudo en la garganta.

El 25 mismo yo había decidido que me iba y por eso durante el día, mientras estaba en la plaza y en el Cabildo, estuve sacando todas las fotos que pude de la ciudad y de la gente. Ya no me importaba gastar las baterías. El sábado 26 de mayo, después del desayuno, hablé con don Blas y con Margarita. No fue una sorpresa. Ellos ya se habían dado cuenta de que yo había decidido volver a mi tiempo. Margarita tenía tremendas ojeras, daba la impresión de que había dormido muy mal. Me pareció lógico, después de todas las emociones que habíamos pasado el 25 de mayo.

Don Blas, muy ceremonioso, así como es él, dijo que respetaba mi decisión y que sentía mucho

mi partida. Con una voz distinta y carraspeando mucho, me dijo que había sido muy agradable tenerme en su casa y que le había recordado las épocas de su juventud, cuando criaba a su hijo Diego.

Lo de “criar” me ofendió un poquito, pero me la banqué porque me di cuenta que lo dijo con buena intención y con mucho cariño. Margarita no me dijo nada, ni una palabra. Solo me miraba fijo, con los ojos muy grandes.

De pronto apareció Remigia. Me miró de arriba abajo, como si me estuviera midiendo, con sus grandes manos en la cintura. Después se fue a la cocina y volvió con seis empanadas de carne.

—Preparadas como le gustan a usted, niño, sin pasas de uva y con mucho huevo duro —me dijo—. Las va a necesitar para el viaje.

Se dio cuenta de que me iba muy lejos, pero no sabía que mi viaje era tan corto. Ese fue el primer momento en que tuve ganas de llorar. Saqué de la mochila la última tira de aspirinas y se la regalé, para que la usara con sus tecitos curativos. Ella la recibió como si fuera un extraordinario tesoro.

Don Blas me llevó a su dormitorio y me devolvió la ropa con la que llegué, los jeans, la remera, las zapatillas. Me pareció raro que, habiendo estado en el ropero de don Blas, la remera tuviera el

perfume a agua de rosas que suele usar Margarita.

Me fui a mi habitación a vestirme. Como me lo imaginaba, Margarita vino a despedirse. Creo que esta vez no le importó que su abuelo o Remigia la vieran entrar en mi cuarto. Hablamos poco y ni sé lo que nos dijimos, no podría repetirlo. Lo único que sé es que yo le insistí varias veces en que nos volveríamos a ver.

—Voy a volver cuando seas más grande y yo también —le dije—. Te prometo que voy a tener dieciocho años, te prometo que voy a ser alto. Vos también vas a tener dieciocho y me vas a estar esperando.

Ella dio un paso atrás y me miró furiosa. Siempre la hago enojar y no entiendo por qué.

—¿Quién dijo que te voy a estar esperando? Voy a ser una mujer grande, seguramente casada y con hijos. Te voy a invitar a cenar a casa con mi marido.

No entiendo bien por qué, pero la idea de cenar en la casa de Margarita y su marido me provocó como un dolor en el pecho y tuve que respirar hondo.

—No sé si será posible, pero, si yo consiguiera venir antes y llevarte a visitar mi siglo XXI... ¿vendrías conmigo?

A Margarita se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Sí —me dijo.

Y no sé cómo, de repente estábamos abrazados. Y la besé. De verdad. No fue nada de lo que yo me imaginaba, fue incómodo, fue húmedo y raro. No sé si me gustó. Lo único que sé es que ahora me gusta acordarme. Es lo que más me gusta en el mundo.

En eso se abrió la puerta, que por suerte chirriaba bastante, y nos separamos de golpe. Era don Blas, que no nos dijo nada y solamente nos invitó a pasar a la biblioteca.

Allí estaba mi máquina del tiempo. Me metí adentro, cerré la tapa, escuché un sonido como el de una explosión y un momento después Francis abría la tapa en el patio de su casa. Era de tarde, todavía había sol y yo salí de la caja parpadeando como una lechuza. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿O aquí? En casa mamá me estaba esperando preocupada, con un vaso grande de leche con chocolate y un sánduche hecho con pan francés sin miga y bien cargado de jamón, como los hace ella para que sean más alimenticios.



Del diario de Margarita

26 DE MAYO DE 1810,
POR LA NOCHE

Estoy escribiendo de noche, a la luz de las velas. Agotada por un largo día colmado de emociones mezcladas y de tantos sucesos que no me alcanzan ni el corazón ni la cabeza para contenerlos. Lo más tristísimo de todo es que esta mañana, después del desayuno, Manuel se fue.

Manuel se fue. Manuel se fue. Necesito repetirlo una y otra vez para que la ausencia se convierta en palabras y no sea sólo el vacío que él dejó. Parece mentira que esa personita (que me parecía un enano cuando llegó) haya logrado ocupar tanto espacio en esta enorme casa y, sobre todo, en mí.

Ayer, 25 de mayo, día de felicidad para todos en esta ciudad, tuvo un velo de pena porque, aunque no me lo había dicho, yo sabía que Manuel ya estaba decidido a marcharse. Esta mañana, antes de irse, me hizo poner furiosa al

prometerme que volvería cuando los dos tuviéramos dieciocho años. ¡Dieciocho años! ¡No se da cuenta de que a esa edad una mujer sin marido es una solterona! ¡Y yo no pienso serlo! Entonces, cuando airada le contesté que si volvía en 1816 lo invitaría a comer a mi casa con hijos y marido, se puso tan pálido que me dio lástima. Fue entonces cuando, sin pensarlo siquiera, nos echamos uno en brazos del otro ¡y nos besamos! Al recordarlo, me arde la cara y creo que no es solo de vergüenza.

Preferí no verlo partir porque tuve miedo de ponerme a llorar a mares. El abuelo había llevado a la Biblioteca el cajón (que era nomás la máquina del tiempo) y me quedé detrás de la puerta, escuchando como aquella primera vez en que Manuel me pescó espiondo cuando todavía no éramos amigos ni nada y me morí de vergüenza, y lo odié. De algún modo, yo debía esperar que el cajón no funcionara o que Manuel, que había engordado un poco desde que llegó, no cupiera dentro y no tuviera más remedio que quedarse, pero entonces escuché una especie de explosión y, segundos después, cuando se abrió la puerta, pude ver que ni el cajón ni Manuel estaban ya en la Biblioteca.

Mi abuelo vino hacia mí y, aunque trataba de disimular, me di cuenta de que él tenía los ojos húmedos. Entonces, lo abracé muy fuerte.

—Lo vamos a extrañar —me susurró, mientras me acariciaba la cabeza.

Inmediatamente después de la partida y, tal vez para deshacer el clima melancólico que nos envolvía, el abuelo me invitó a salir con él a recorrer casas de amigos para conocer los últimos acontecimientos. La propuesta me hizo tan feliz que, ante su mirada azorada, me puse a bailar desenfadadamente como se lo había visto hacer a Manuel.

Por suerte, ya no llovía y, aunque debíamos evitar los enormes charcos, era más grato caminar por la calle.

Ya en casa de los Vieytes, supimos que, a primera hora de la mañana, la junta había pasado una circular a los tribunales, y a las autoridades religiosas, civiles y militares para que, a las tres de la tarde, concurrieran al Cabildo a jurar obediencia al nuevo gobierno.

Los dueños de casa nos agasajaron con un loco delicioso que seguramente Manuel habría festejado y, de postre, arroz con leche. En estos días, la alegría de la gente de Buenos Aires por la formación del nuevo gobierno se expresa principalmente a través del estómago.

Por la tarde, la familia Vieytes en pleno, el abuelo y yo, partimos a la plaza, que estaba tan

colmada de gente que apenas pudimos encontrar un lugar. Ya habían jurado los representantes del Cabildo y la Audiencia. Según supimos después, el alcalde Lezica había insistido en que no creía tener obligación de jurar sino ante el Rey. Y por su parte, don Antonio Caspe y Rodríguez, el fiscal que representaba a la Real Audiencia, si bien juró, no solo dejó expresado que únicamente debía obediencia a Fernando VII, sino que, de manera insultante y para mostrar su desprecio hacia las nuevas autoridades, estuvo en la sala capitular del Cabildo, donde se tomaban los juramentos, escarbándose ostensiblemente los dientes con un palito.

—¡Con qué gusto se los habría bajado de un golpe! —dijo Rodríguez Peña mientras cenábamos en su casa comentando los sucesos del día.

Pero volvamos a la plaza. Allí estaban formadas las tropas de infantería, caballería y artillería, y después de que terminaron los juramentos en el Cabildo, el presidente Saavedra se asomó y les dirigió una arenga. Todas juraron obediencia a la Junta Provisoria, representante del rey Fernando VII. Para terminar el solemne acto, hubo descargas de fruslería y artillería. También los buques ingleses se sumaron a la celebración haciendo oír desde el puerto una salva de cañones.



Eran tan intensas la alegría y la emoción de la gente que, de pronto, los hombres empezaron a abrazarse, y las mujeres hicimos lo mismo. Y yo durante todo ese tiempo, pude olvidarme de que también estaba triste.

Luego, los festejos siguieron en casa de Rodríguez Peña con una opípara cena. Los comensales éramos toda la familia Vieytes, el abuelo, yo y los dueños de casa. Entre todos dimos cuenta de un succulento asado, un riquísimo matambre, y de postre, natillas. Al sentir en la boca el dulce sabor, volví a pensar en Manuel y en lo que se estaba perdiendo. Entonces, recordé el beso que nos habíamos dado y me puse colorada como si los demás pudieran ver mis pensamientos.

Al comentar los sucesos del día, se habló del entusiasmo con que los comerciantes ingleses estaban acompañando al nuevo gobierno.

—Es comprensible —dijo el abuelo—. El 19 de mayo se les había vencido el plazo dado por Cisneros para que se fueran.

—En cambio, ahora, en una reunión que hubo en el Cabildo, Juan Larrea les prometió a los comerciantes ingleses no hacer diferencia entre ellos y los españoles —agregó Rodríguez Peña.

También se habló sobre ciertos rumores que habían corrido y que aseguraban que Cisneros había enviado a una persona de su confianza a Córdoba para pedir la ayuda de Liniers contra los que lo habían quitado del poder.

—El Sordo no se resigna a perder su lugar —dijo Hipólito Vieytes.

—Va a perder algo más que su lugar, si sigue conspirando —amenazó el abuelo.

La jornada, larga, colmada de sucesos y emociones, terminó muy tarde y regresamos a casa a eso de las once de la noche. Remigia nos estaba esperando preocupada por nuestra tardanza. Y, aunque no lo dijo, preocupada también por la tristeza que me causó la partida de Manuel.

—¿Mi niña quiere uno de esos tecitos que alivian el alma? —me preguntó dulcemente.

Le dije que sí y también le pedí que les preguntara a sus dioses si Manuel y yo volveríamos a encontrarnos alguna vez.

Y mientras me envolvía en su calor de brasero, ella me prometió que lo haría.

◀ DONDE TERMINA EL REGISTRO ▶
DE EMANUEL

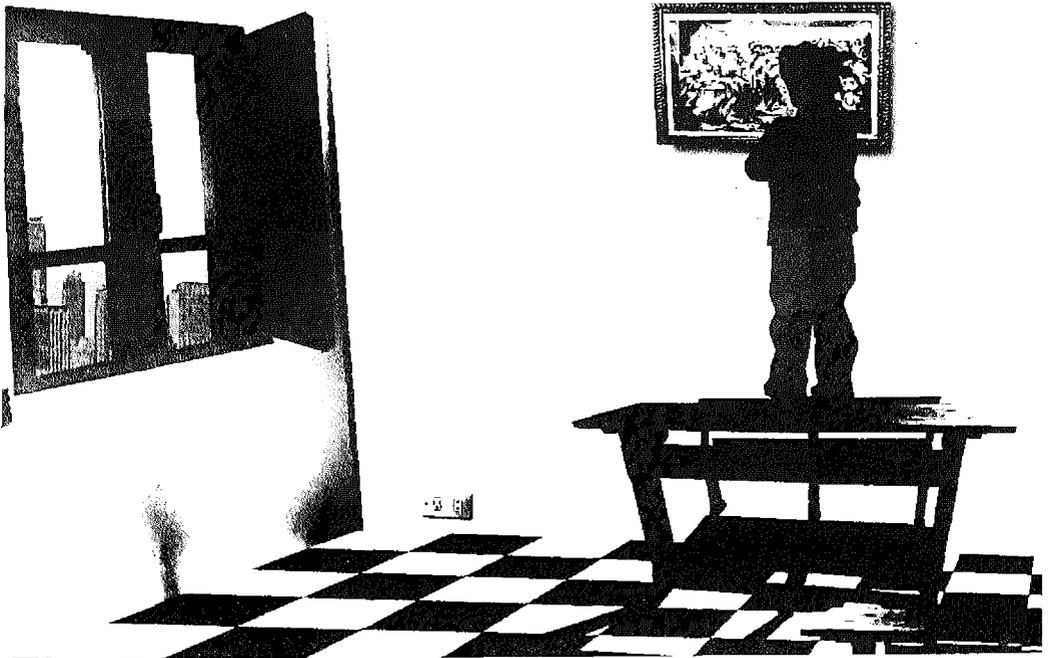
Esto de registrar ya no tiene sentido. En todo caso, si me pasa algo que valga la pena, empezaré otra vez. Solamente quiero dejar grabadas algunas cosas muy especiales que me pasaron estos días.

Estoy yendo otra vez a la escuela, y mi vida se normalizó. Las fotos y las grabaciones que traje de mi viaje salieron perfectas y con Francis no nos cansamos de mirarlas. El problema es cómo vamos a hacer para convencer a otras personas de que fueron tomadas en 1810. Ya lo intentamos con alguna gente, (Francis con sus amigos y yo con los míos), pero no hay nada que hacer. Todos dicen lo mismo: “Uau, qué bueno el vestuario. ¿Esta peli ya la estrenaron?”.

Ayer se me ocurrió mirar de cerca el cuadro de 1810 que está colgado en la pared de mi grado y que tanto me llamaba la atención antes de irme.

Lo miré de cerca, a ver si me parecía bien cómo estaba vestida la gente, según lo que yo había visto y las fotos que traía. Y sí, estaba muy aceptable, se ve que el pintor se había informado.

Entonces ví algo que no me esperaba y que me sorprendió muchísimo. Era una cabecita pelirroja que asomaba entre la multitud. Me paré en un banco para acercarme más y verlo mejor, pero estaba un poco borroso. No podría asegurar que los rasgos de esa cara sean los míos. Tampoco me acuerdo exactamente si la cabecita pelirroja estuvo en el cuadro desde siempre. Ojalá le hubiera sacado una foto antes de irme.



ANA MARÍA SHUA



Nació en Buenos Aires. Es profesora de Letras egresada de la Universidad de Buenos Aires, guionista y escritora de novelas y cuentos infantiles, juveniles y para adultos. Ha recibido, entre otras distinciones, la beca Guggenheim, en 1993. En Alfaguara y Santillana se encuentran algunos de sus libros: *Las cosas que odio y otras exageraciones*, *El valiente y la bella*, *Los monstruos del Riachuelo*, *Vidas perpendiculares* y *Cuentos con magia*.

LUCÍA LARAGIONE



Nació y creció en Buenos Aires en una casa de Parque Patricios donde los libros eran importantes y estaban a mano. Desde chica descubrió el placer de leer y conoció personalmente a algunos escritores que admiraba y que eran amigos de su padre, también escritor.

Ahora escribe cuentos, novelas y teatro. Algunos de esos cuentos y novelas están publicados en esta misma serie Azul; como por ejemplo, *Amores que matan*, *El mar en la piedra*, *Tratado universal de monstruos* y *El loco de Praga*. Y las obras de teatro se han estrenado en Buenos Aires, Grenoble, Lisboa y Madrid.

ÍNDICE

■ Último día en el siglo XXI	7
! 21 de abril de 1810	13
■ 22 de abril de 1910	19
! 23 de abril de 1810	23
■ 25 de abril de 1810	31
! 26 de abril de 1810	37
■ 1 de mayo de 1810	41
! 3 de mayo de 1810	47
■ 5 de mayo de 1810	53
! 9 de mayo de 1810	61
■ 11 de mayo de 1810	69
! 14 de mayo de 1810	83

■ 15 de mayo de 1810.	93
! 16 de mayo	101
■ 17 de mayo	109
! 18 de mayo	117
■ 19 de mayo de 1810.	125
! 19 de mayo de 1810	131
■ 21 de mayo de 1810.	139
! 22 de mayo, por la mañana.	147
■ 22 de mañana de 1810.	158
! 22 de mayo al atardecer	165
■ 23 de mayo de 1810.	175
! 24 de mayo	183
■ 25 de mayo al mediodía.	193
! 25 de mayo por la noche.	201
■ De vuelta en el siglo XXI	213
! 26 de mayo, por la noche	219
■ Donde termina el registro de Emanuel	227

Biografía de la autora

Ana María Shua 229

Biografía de la autora

Lucía Laragione 231